

RELATOS DEL MÁS ACÁ

José Dos Santos

21



Pablo de la Torriente
Editorial

© 2004 José Dos Santos
© 2004 Pablo de la Torre, Editorial
Unión de Periodistas de Cuba
Calle 11 no. 160 e/ K y L, Vedado, La Habana
Edición: Fermín Romero Alfau
Diseño: Tony Gómez
Diagramación: Gladys Armas Sánchez
Corrección: Yamira Rangel y Samuel Paz Zaldívar

Una tarde ajetreada aquella del otoño de 1966. Llegaban los primeros participantes en la XVI Olimpiada de Ajedrez, gran acontecimiento masivo que convertiría a La Habana en capital mundial del juego ciencia, al menos de forma temporal.

Entre el ir y venir de dirigentes, funcionarios y empleados deportivos, aduanales y de inmigración, se movía como pez en el agua un moreno de mediana estatura, con traje azul y corbata discreta, que tomaba notas al pasar, tras breves preguntas.

En algún momento de su serpentear por los grupos de recién llegados se detenía un poco más, inquiría suavemente, pero con agudeza en busca de mayores elementos, y continuaba camino de inmediato a la caza de los renombrados ajedrecistas visitantes.

Así, en plena actividad, conocí al primer periodista en carne y hueso. No era el Clark Kent de los comics de mi infancia, que en una cabina telefónica se transformaba en el mítico Superman; pero... para mí resultó con el tiempo una figura similar: un hombre que cobijaba tras una apariencia casi ingenua a un superhéroe de lo cotidiano.

No pensé en aquella atareada jornada en la que recibí al equipo de ajedrez de Nicaragua, que mi breve contacto con aquel preguntón amable sería el preludio lejano de una amistad nacida del respeto y la admiración por un profesional cuya historia es digna de ser contada.

Tampoco podía imaginar que unos pocos años después los vericuetos de la vida me condujeran como auxiliar de redacción a la misma agencia de noticias para las que Félix Olivera Pedroso trabajaba como reportero, y que con el tiempo, el mundo del periodismo representaría una fantasía permanente por la que trabajar y vivir.

A ese FOP de sonrisa grande y mirada afable le debo mi interés primero por una profesión a la que le entregó más de lo que se imaginara: su ejemplo.

A él va dedicado este puñado de relatos.

PRÓLOGO

Leyéndolo empecé a conocerlo. No en libros, sino frente a un teletipo. Mi función de jefe de Información Internacional del diario Granma me creó el vicio o el hábito, para decirlo más apropiadamente, de pararme varias veces en cada jornada frente a esa máquina vomitadora de cables. Recuerdo que entre las informaciones y crónicas que disfrutaba estaban las que venían de Alemania por el hilo de Prensa Latina bajo la firma de José Dos Santos. A la sazón, desconocía cualquier otro detalle sobre él. Afortunadamente tiempo después, en más de una ocasión, coincidí con él en la cobertura de distintos acontecimientos internacionales: Cumbre del Movimiento No Alineado en Belgrado o toma de posesión de Rodrigo Borjas en Ecuador, por ejemplo. Y en tales escenarios nació una amistad que se fortaleció a partir de 1993, cuando ambos integramos el equipo de dirección de la UPEC nacional.

Libre de esa amistad hubiese preferido hacer algunos juicios y reflexiones sobre el libro RELATOS DEL MÁS ACÁ, pero ello es ya imposible. De igual modo, es impensable que no lo haga con toda la honestidad, sinceridad y ética que en señal de respeto merecen, en primer lugar, los potenciales lectores de esta obra y el autor.

Apartándose de caminos trillados, Dos Santos ha logrado ensamblar un libro bien interesante donde cabalgan los distintos géneros periodísticos, la amenidad, lo instructivo, la intencionalidad y el lenguaje claro y directo. Estas páginas son periodismo del bueno. Diría más: periodismo integral, de ese que es hoy una exigencia mayor.

Las experiencias y recuerdos de este corresponsal de la agencia noticiosa Prensa Latina en su paso por Francia, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumania, Nicaragua, Suiza, Vietnam, Kampuchea, Panamá, España, Alemania, Ecuador, Venezuela, Albania, Yugoslavia, Perú, Brasil, Argentina, Colombia y México constituyen la materia prima de esta obra, aunque no es, como podría suponerse, un libro de viajes al estilo clásico. Se trata de un empeño mucho más abarcador en que gentes, lugares, costumbres y culturas de esos países están imbricados –y fusionados muchas veces– con acontecimientos políticos, económicos y sociales del mundo en las tres décadas finales del siglo XX.

A diferencia de un reportero o enviado especial de un diario o una revista, el periodista de una agencia noticiosa no tiene, como regla, garantizado un espacio en ese tipo de publicación. Sus informaciones o crónicas pueden perderse en el gigantesco volumen de cables del cash diario, quizás únicamente leídas por los jefes de páginas o por algún redactor. No

ven, pues, la luz pública. Las razones y justificaciones para ello pasan por la falta de espacio, la llegada tardía en relación con el horario de cierre del periódico o las prioridades informativas de los medios que obligan a no utilizar muchas veces notas interesantes. Algunos de los materiales que se recogen en este libro corrieron la triste suerte de que no vieron la luz en un periódico o revista, al menos en los de Cuba que, dicho sea de paso, son los que más publican el servicio cablegráfico de Prensa Latina. Por fortuna, Dos Santos conservó esas notas.

El libro, además, recoge relatos inéditos. Recomiendo especialmente el que trata de un modesto hombre que se empeñó en conservar su cubanía sin haber pisado jamás el suelo de su patria. Lo encontró en un pueblo de Alemania Federal ya a punto de jubilarse y aún mantenía el sueño de viajar a Cuba. Otra crónica que atrapó mi atención y disfruté fue la titulada «Cobra picante», relato sobre experiencias vividas en Vietnam. La descripción que Dos Santos hace de la cocina tradicional y vietnamita es algo para disfrutar. Estuve en Vietnam varias veces durante la guerra y esa crónica me hizo recordar una cena que me ofreció Hoang Tung, entonces director del periódico Nhan Dan, donde por vez primera en mi vida comí «ratón frito» que fueron colocados en una bandeja en el centro de la mesa sin desfiguración de sus anatomías. «Viven en los arrozales y su alimentación es bien sana», me dijo Hoang Tung. «Pruébelos... son deliciosos», y, efectivamente, lo eran.

Una sorpresa también nos depara este libro. La versatilidad del corresponsal para tratar diferentes temas. «Nada me era ajeno», confiesa el autor. De comidas y bebidas, de ruinas y museos, de política y economía, de violencia y sexo, de miserias y opulencia, de música y deportes... en fin, todo aquello que constituyese noticia o información periodística o le estremeciera el corazón fue llevado al papel. Debió incluso dar cobertura a unos Juegos Olímpicos, los de Barcelona, sin ser cronista deportivo. Y a juzgar por los relatos que nos entrega sobre aquel acontecimiento, es merecedor de subir al podio a recibir una medalla. Leer la crónica sobre el comportamiento de dream team norteamericano en esa Olimpiada, o la titulada «Dinero, dinero, más dinero», referida al mercantilismo y el profesionalismo en el deporte, son suficientes para merecer un oro, plata o bronce. El color lo decidirá, por supuesto, el lector.

Me quedan otras dos cuestiones.

Dos Santos no es de los que actúa con fe ciega. Estudia, hurga, medita y profundiza antes de sacar sus propias conclusiones. En capítulos diferentes aborda una situación bien compleja y difícil: el derrumbe del socialismo en Alemania y en la Unión Soviética.

Su última imagen es de 1989, una semana después de la caída del Muro. Traza contrastes entre las realidades de la RFA y la RDA como resultado de los años en que estuvo de corresponsal en una y otra parte de la actual Alemania. Expresa la confusión, el asombro y la frustración que experimentó al producirse la absorción de la parte oriental, donde «la historia parece haber dado una vuelta sobre sí misma». Y llega a esta conclusión: «El fracaso de lo que fue más socialismo formal que real no invalida el proyecto en sus líneas esenciales...». Aún no se ha dicho la última palabra. No podemos dictar sentencia.

La Unión Soviética, Mijail Gorbachov y la perestroika ocupan varias páginas dentro del capítulo «De viaje con Fidel/Mirar la historia». En unas pocas páginas hay argumentos bien serios para pensar que, efectivamente, el engaño estuvo presente en el derrumbe del socialismo soviético. Como conclusión, Dos Santos apunta: «No me tocaba ni podría

dilucidar después la disyuntiva de si Gorbi engañó o fue solo una pieza ingenua de un monstruoso engranaje de engaño. Lo cierto es que desencadenó un fenómeno aún insuficientemente estudiado y que constituye una de las más dramáticas lecciones de la historia de la humanidad, en la que fueron demolidos cimientos ideológicos, políticos, económicos, sociales y ético-morales edificados en siete décadas de una experiencia pionera en el mundo». Y remata esta conclusión con una coletilla al final del capítulo: «A punto de entregar esta obra a la editorial [...] leo que Gorbachov acaba de admitir que su objetivo, desde un inicio, fue destruir el socialismo no solo en la URSS sino en toda Europa oriental...».

No podía tener mejor cierre RELATOS DEL MÁS ACÁ: la presencia de Fidel Castro en Ecuador, Venezuela, Brasil, Argentina y España. Acontecimientos disímiles en esos países, en años diferentes, a los que asistió el líder revolucionario cubano, ocuparon al corresponsal de Prensa Latina. Al leer el original de este libro me tropecé con gratos recuerdos: el día que en casa de Guayasamín, en las alturas Quito, celebramos el 13 de agosto de 1988 el 62 cumpleaños de Fidel Castro, quien entonces pasó «uno de los días más felices» de su vida. Gracias a Dos Santos por esas vivencias inolvidables. Estoy convencido de que todo aquel que lea esta obra también lo va a agradecer mucho.

El autor nos depara otra sorpresa: muestra, finalmente, una faceta poética. Nos entrega unos versos escritos en Gander, camino hacia la patria, que titula «Ensueños y realidad». Confieso que de esto sabemos poco. Dejó, pues, el tema para los especialistas en el arte poético.

JUAN MARRERO

PROPÓSITOS

Como existen ojos que jamás se marchitan y corazones cuyos latidos perduran en la historia, hay privilegios que no se compensan nunca.

Aunque sin ser poeta que inmortaliza una mirada ni héroe que abre caminos al futuro, llegar a alguien de esta forma representa compromiso y acicate, un intento de saldar una deuda infinita con la posibilidad que he tenido, por revolución y profesión, de conocer gentes, lugares, situaciones y otras cosas interesantes que me formaron como ser humano, y aún lo hacen.

Muchos han sido los momentos, ideas e imágenes que quedaron en el tintero de mi mente o fueron reflejados breve, parcial o tangencialmente, como periodista, en tres décadas de contactos directos con otras realidades. Algunas de ellas merecen una reflexión para sacarme del alma algo de la tinta de mis recuerdos y opiniones.

Abordar estos pasajes puede contribuir al conocimiento más preciso y a dar mejor dimensión a lo vivido sin las presiones de premura, coyuntura y contexto al que como periodista de agencia de noticias siempre estuve condicionado. Los criterios e impresiones pueden ser hoy mejor avalados o refutados gracias al tiempo y la distancia. Al concluir este ramillete de relatos finaliza el siglo XX.

En ellos no siempre habrá moralejas ni lecciones, como la propia vida tampoco es solo secuencia de hitos. Quizás su principal mérito sea el de tratar de llevar a otros, con ojos aún azorados y ansiosos de eterno principiante, lo palpado y sentido en distantes escenarios, para así, compartiendo experiencias, hacerlas más útiles.

Me ha parecido siempre que un libro de viajes, después de haber existido un Marco Polo, es un ejercicio de gran pedantería.

Por eso aspiro a que esta amalgama de notas renovadas, ángulos recreados e historias inéditas de salteados episodios, solo sea asumida como invitación a ampliar horizontes, a mirar conmigo lo que vi y ayudó a nutrirme como profesional revolucionario, en facetas a veces poco difundidas.

Lo trágico y lo simpático, lo común y lo inusual son reflejos de la realidad e interpretación de algunas de sus vertientes que se combinan en estos textos sin hilo conductor evidente, no encasillable aunque le digan testimonio, sin aspiraciones a obra literaria ni menos a documento histórico.

El factor humano que muchas veces queda solapado en la fría descripción cablegráfica de los hechos cobra aquí mayor dimensión.

Pienso que se demuestra cuántas cosas útiles quedan pendientes en las experiencias que vive un profesional de la palabra y que, bien conservadas y meditadas, pueden tener vida propia más adelante.

Asimismo, siento que con esta secuencia básicamente cronológica se confirma un axioma de la dialéctica marxista: la acumulación de elementos cuantitativos produce un salto cualitativo.

Lo que dicho en otras palabras significa que en la vida, no solo la profesional, los conocimientos y habilidades que se van adquiriendo, de forma natural y muchas veces sin percatarnos, llevan a un nivel superior de comprensión y realización del ser humano. En el caso del periodismo sustenta una cada vez mayor profesionalidad, que lejos de lo que muchos pueden pensar, nos debe hacer más sensibles a las realidades y sus perspectivas, y a nuestros compromisos éticos.

Estos relatos también pueden contribuir a una enseñanza que adquirí fuera de los libros: ver las palabras y los hechos más allá de lo aparente e inmediato. Especial significación tuvo y tiene mi período de trabajo –cuatro años– en la República Democrática Alemana. Por ello me he extendido en mis etapas alemanas, porque fueron las únicas en mi vida que asumí como corresponsal permanente y, además, en suelo germano se sucedieron después fenómenos sumamente complejos e insólitos que merecen, aunque fuera una pizca, elementos para un análisis futuro que harán otros.

Mayor espacio les dediqué también a mis experiencias en España, por la variedad de acontecimientos y momentos en los que me vi involucrado, y en el ámbito deportivo, en los que mis colegas del sector podrán detectar ciertos deseos reprimidos de formar parte de sus filas.

Claro que como corresponsal –no importa que sea en un municipio o en otro país– nada humano o divino le puede ser ajeno a quien quiera cumplir cabalmente con la misión asignada de «tirarle a todo». Por eso reporté desde viajes espaciales a funciones de ballet, de manifestaciones antibelicistas a combates en la selva. Al pensar en todo ello, me da cierta envidia del yo que fui.

Y mis experiencias cimeras cierran este libro: las de haber estado en el lugar o acompañar en misión periodística al Comandante en Jefe en diversas ocasiones. No adelantaré reflexiones que encontrará en su momento, si usted tiene la paciencia de llegar allá. Solo apuntaré que ellas fueron las pruebas de fuego decisivas y trascendentes para lo que hoy siento que soy: periodista y revolucionario.

Si los relatos de vivencias múltiples y mensajes diversos logran despertar interés y trasladar algo del calor humano que animan a veces breves reportes noticiosos, entonces el objetivo de esta obra ha sido cumplido.

Mi mayor aspiración será que luego de ser leídas, usted vuelva a estas páginas para repasar anécdotas, reírse nuevamente con algunas y discrepar o coincidir con otras. Si eso sucede, las leerá con nueva luz, como ahora las tienen para mí.

De esta forma trato de rendir homenaje efectivo a quienes nos indujeron a tratar de ser cada vez mejores observadores de la realidad para describirla, y de esa forma, en los casos que corresponde, ayudar a transformarla, perfeccionándola.

Debo aclarar que me he circunscrito en esta obra a mi experiencia fuera de las fronteras cubanas porque –paradójicamente– por allí comencé mi vida como periodista. No fue

colofón lógico de un desarrollo iniciado en lides nacionales, sino eslabón primero de una cadena que ya lleva más de treinta años de continua forja.

El reto que me queda es abordar la otra gran cara de esta moneda, mis episodios nacionales, hasta donde sea capaz de recordar y reflexionar. El hábito de conservar los textos más significativos de lo escrito podrá ayudarme a ese futuro empeño; porque a la memoria y a los sentimientos no se les puede confiar en exclusiva ser testimoniantes de la existencia.

De ahí la importancia para la historia de la presencia de una buena prensa escrita... Bueno, me detengo aquí porque si me animo, el otro libro comienza a salirse por los dedos.

PARÍS

MUNDO EXTRAÑO

En el lugar menos esperado, una lección de solidaridad, comprensión y estímulo. La llegada de un bisoño al ruedo de las mil experiencias nunca me será indiferente. Como en el sexo, la primera vez significa mucho en el periodismo internacional. Mi estreno representó también un compromiso futuro con los demás.

Un trepidante cuatrimotor de hélice constituyó el primer eslabón de aquella aventura inaugural, en 1970, que me llevaría a una conferencia internacional sobre colaboración fotográfica, en el exótico Karlovy Vary, siempre y cuando lograra llegar a tiempo a través de Madrid, París y Praga.

Aunque décadas me separan de ese viaje, son imborrables lo que para un novicio era inquietante ronroneo del viejo Britania, la imprevista parada en Pointe-à-Pitre por una tormenta atlántica y el angustioso acercamiento al mar antes de tocar tierra –justo al nacer la costa– en Las Azores.

Mi única moneda era la inocencia. Sin un centavo viajé porque me habían dicho que no saldría del madrileño aeropuerto de Barajas, y un colega me ayudaría en París a seguir hasta Praga, donde me esperarían los organizadores de la reunión. Parecía que no había margen para lo imprevisto en aquel itinerario de gitano loco.

Sin más explicaciones me habían dejado a las puertas de Inmigración, en el José Martí de Rancho Boyeros. Por la buena voluntad de las líneas aéreas y amigos, con una pizca de despliegue de inteligencia propia, debía llegar sin muchos tropiezos a mi destino. Después comprendí que había «pagado una novatada» a la que no se expondrían nunca quienes así me habían enviado a viajar.

En las pocas e interminables jornadas hasta el balneario checoslovaco, con tantas escalas como paradas tiene un tren lechero, conté con la simpatía de aventajados compañeros de camino, quienes sin pretenderlo me impartieron lecciones inolvidables de solidaridad.

Así fue en Pointe-à-Pitre, donde el avión tuvo que hacer escala imprevista por un mal tiempo que desaconsejaba cruzar el Atlántico. También en Las Azores, islas que parecían una especie de Atlántida de nuevo tipo, salidas de las profundidades del océano para impedir que nuestro aparato amarizara a último momento.

O en Madrid, donde la gentileza de un ex compañero de estudios en misión a Europa occidental me proporcionó unas cuantas pesetas para apoyar cualquier eventual necesidad.

O en pleno vuelo hacia la Ciudad de las Luces, cuando un dirigente de la Academia de Ciencias me advirtió no consumir otro líquido que una gaseosa, porque los demás los cobraban, como les sucedió a los también bisonños viajeros que iban a Francia en busca de embarcaciones compradas por Cuba.

Fue en París, sin embargo, donde una actitud se convirtió en ejemplo indeleble. Casi dos decenas de cubanos arribamos en aquel vuelo de Air France a un deslumbrante y ajetreado Orly, al borde de la medianoche de aquel domingo de mayo.

Allí una nueva experiencia se sumó al interminable catálogo de calamidades que prefiero no enumerar en detalle: nadie más que mi colega Aroldo Wall se encontraba esperando a los viajeros. Con naturalidad pasmosa se hizo cargo de la carga de cubanos que arribamos con distintos objetivos y destinos.

La sabiduría cosmopolita y el fogueo de mil batallas, concentrados en ese inmenso brasileño de poco más de cinco pies, salvaron el conato de crisis.

Sin aspavientos de ningún tipo, con más flema que un británico y decisiones cuya precisión envidiaría cualquier mariscal de campo, logró que sorteáramos el increíble escollo que representan los franceses con apuro –quienes asaltaban los taxis violando la fila de espera que disciplinadamente hacíamos los recién llegados– y que llegáramos en cinco vehículos rentados a la embajada parisina de Cuba.

Depositados mis compañeros de viaje en la adormilada sede, desde la cual comenzarían a despertar a quienes debían de haberlos esperado y no lo hicieron, llegamos pasadas las dos de la madrugada a la casa-oficina de aquel «hado padrino», quien seguía sin dar importancia a un gesto que para los beneficiados representó como oasis en el desierto.

Tras someterme a intenso interrogatorio en busca de actualizarse sobre el acontecer de la distante Central –que yo también reclamaría años después, en otros lugares, a todos los recién llegados–, vino el momento del reposo.

Sin embargo, la larga jornada de aterrizajes, despegues, esperas y vuelos, lejos de obligarme a descansar, me lo impedía. Había que sumar que faltaban pocas horas para continuar camino y, en mi caso, no se podían desperdiciar en tener los ojos cerrados.

Cargué la cámara Pentax del durmiente y me dediqué a la fotografía desde las ventanas, hasta que, poco a poco, me animé a arriesgar una imagen de lunático madrugador al sacar medio cuerpo por ellas para plasmar la arquitectura del desierto entorno.

El temprano amanecer europeo de la época facilitó el testimonio gráfico que atesoré entonces y me animó a interrumpir el breve sueño de mi anfitrión, con el riesgo de provocar un disgusto en vez de un corto paseo.

Para mi admiración –y nueva enseñanza–, lejos de enojo recibí comprensión. En vez de un gruñón, tiré de la cama a un dispuesto a facilitarme la aventura de una caminata por el París que se despierta.

Gracias a su buena disposición y deseos de ayuda –proverbiales características mantenidas a lo largo de su vida– crujió en mi boca los mejores *croissants* recién horneados, conocí unos Campos Elíseos desiertos y llegué desde el Arco de Triunfo y la Avenida de la Ópera hasta el Barrio Latino, las Tullerías y la catedral de Notre Dame.

El torbellino de escenas capturadas desde un auto de alquiler o apresurada caminata me ha acompañado a lo largo de los tiempos.

Más allá del recuerdo anecdótico, aquellas horas en un mundo extraño me dejaron una herencia de estímulo y apoyo, la cual me comprometió para siempre con los que empiezan, como yo lo hice un día.

CODA

Casi un cuarto de siglo después de lo aquí descrito, fallecía Aroldo. La noticia nos sorprendió a los periodistas que festejábamos el Día de la Prensa Nacional, en 1994, con una quincena de trabajo agrícola en Batabanó.

Solo unos pocos de los inclinados sobre el surco conocíamos al sabio y discreto colega que, entre papeles siempre, marcaba con su olfato profesional el rumbo de la nave periodística que era Prensa Latina.

Yo estaba ya en otras funciones y no disfrutaba del contacto diario con ese *canga-ceiro* que parecía eterno, que siempre estaba donde hiciera falta y quien, casi susurrando, apuntaba al centro de las cosas.

Habíamos estado juntos en coberturas muy complejas como la visita de Fidel a Brasil, y me había apoyado como una especie de Oráculo de Delfos cotidiano en la conducción informativa de la agencia durante los últimos años de mi trabajo allí.

Y de pronto, dejaba de estar. Para mí –lo confieso ahora y aquí– dejó un vacío solo posible de compensar siguiendo su ejemplo de entrega, desinterés y profesionalidad, para siempre.

KARLOVY VARY

TRAGO DE DIOSES

Galante en el recuerdo, con olor a bosques y aguas sulfurosas, representó la capilla de iniciación de un novicio caribeño.

Los interminables campos de lúpulo nos acompañaron al comenzar el camino. Luego las sinuosidades dieron paso a una exuberante vegetación en medio de la cual, como valle paradisiaco, desembocamos en el tesoro lanzado a la fama por el rey de Bohemia Carlos IV.

Concluía mayo de 1970 y el aroma de la pujante primavera combinado con las aguas medicinales restablecían saludes quebrantadas. Yo llegué por razones ajenas, pero me sentí animado por el entorno como uno de los tantos octogenarios que se revitalizaban a orillas del río Tepla.

Antes de llegar allí, vía múltiples aeropuertos de escalas y tránsitos, había podido darle una fugaz mirada a Praga, la de Kafka, y la plaza con el reloj de los apóstoles, la de la Mala Strana, el Teatro de la Linterna Mágica y los aún cercanos disturbios contrarrevolucionarios de 1968.

Nada me podía hacer pensar que, a partir de esa década, la visitaría en más de una ocasión, y que incluso colaboraría en la cobertura de uno de los gigantescos congresos de la Federación Sindical Mundial, cuando radiqué en la bastante cercana Berlín.

Llegué a recorrerla al volante de un viejo Skoda casi sin luces ni indicador de la gasolina. En esas condiciones me arriesgué una noche a llegar hasta un pobladito más allá de la legendaria Lídice, cuya silenciosa pradera con túmulos y otros sencillos monumentos recordaban el genocidio cometido por los nazis.

Cuando me pude expresar en un alemán rudimentario, años después, siempre encontré la indicación precisa para llegar a cualquier lugar. Nunca supe si la amabilidad innata del praguense era apoyada –amén del conocimiento– por cierto respeto al idioma de los vecinos del norte que habían pisoteado su soberanía unos lustros antes.

La primera región que pude apreciar, la más occidental de la actual República Checa, me aparece ahora en la memoria como una extensión de la Baviera germana.

No me extiendo porque solo quiero referir esa primera experiencia, la de mi debut internacional, sin ser bailarín de amplia perspectiva ni deportista con marcas sobresa-

lientes. En ese punto de la geografía europea representé a Prensa Latina, como observador, en una conferencia de dirigentes de departamentos gráficos de las agencias de noticias de los países socialistas.

Era un estreno por partida triple, ya que además de viajar al extranjero y hacerlo a nombre de mi agencia, también era la primera vez que un cubano era invitado a colaborar en aquel contexto. Más adelante, vietnamitas, mongoles y laosianos, entre otros, recorrerían ese camino... pero nosotros lo abrimos.

El apoyo del experimentado Manuel Ribot –corresponsal en Praga– y la inclinación generalizada a lograr un contacto fotográfico estable, en especial por sistema de radiofotos, facilitaron las cosas. A partir de la fecha, hasta su disolución junto con el campo socialista, logramos un enriquecedor intercambio multilateral.

Más allá del resultado de aquel episodio quedaron en la memoria esas pequeñas cosas que hacen de una experiencia corriente algo inolvidable, máxime si se trata de la iniciación en lides internacionales, por modestas que ellas sean.

Lo singular comenzó con el alojamiento, en un hotel en fase de terminación, cuyo nombre evocaba para mí más al juego de azar que al descanso: Sans Souci.

Allí detecté una realidad que tenía que ver con la colaboración –la empresa que construía el moderno inmueble era yugoslava–, pero que luego vería proyectada en el occidente europeo de distinta forma. Los trabajadores de esa nación mediterránea constituían mano de obra barata y calificada. Junto con el proyecto se contrataba también a los obreros que lo realizarían.

La mayoría de las impresiones no tuvieron facetas políticas. Viví días gratos por el buen servicio, amabilidad y eficiencia que caracterizaban a la sociedad checoslovaca, y esa impresión no la borran los acontecimientos de la década del noventa. Porque una cosa es la insatisfacción por mejorar y otra es la de negar lo alcanzado para torcer el rumbo de la historia.

El dulce-amargo de la *becherovka*, bebida típica del lugar, emanaba de grandes toneles en su fábrica matriz. El incisivo aroma nunca ha abandonado mi memoria olfativa, lo que atenta contra las normas del buen invitado: jamás me he sobrepuesto a la repugnancia empalagosa con la que concluí aquella memorable visita al manantial número 13 de Karlovy Vary.

El Paseo de las Columnas, los surtidores en las fuentes públicas de las que se sirven los transeúntes, los aficionados a la pesca en el riachuelo que atraviesa una ciudad de muñecas, la plaza del mercado y los senderos que comunican las edificaciones en las faldas de las colinas quedaron en mi memoria como imágenes imperecederas.

A DONDE FUERAS...

Lo idílico del panorama de mis recuerdos solo fue empañado por la imprudencia del desconocimiento y la doctrina de hacer lo que veas a los demás, sin meditar lo suficiente.

Sucedió en el almuerzo de inauguración de la conferencia, para cuyo comienzo esperábamos a Deba Wieland, la directora general de la agencia ADN, de la República Democrática Alemana, principal inspiradora de nuestra presencia allí y una amiga constante a lo largo de muchos años.

El preludio se demoraba más de lo previsto y, con el estómago casi en ayunas, seguí a mis colegas de reunión en brindis anticipados por el éxito de la reunión.

Ese fue mi día de estreno también con el vodka –que tiempo después desplazó a ron, cognac y whisky en mi preferencia–, cuyo movimiento helado por mi interior aportó, súbitamente, un extraño y asfixiante calor.

Llegado ese instante, aparecieron los dirigentes principales y con ellos nuevos brindis –entonces oficiales– que complicaron más mis incipientes males estomacales.

De la secuencia posterior de entrantes, sopas y platos fuertes no guardo recuerdo alguno. Soporté hasta los postres la pugna entre lo que quería salir y lo que debía entrar, hasta que lo primero estaba a punto de ganar la pelea.

Disculpas musitadas apuradamente, salida precipitada del salón y el alivio de un vacío casi absoluto después de visitar el baño de mi habitación sin poder contener más el volcán que pugnaba por estallar, fueron cosas de pocos minutos, por lo que me pude reincorporar a la animada apertura –aún algo pálido– sin que muchos se percataran.

Mi inexperiencia me hacía pensar que lo peor había pasado. Todo se vino abajo cuando, como digestivo, nos sirvieron el elixir de los dioses checos, el Becher bitter (amargo), una variante aún más «fuerte» que la ya conocida por mí.

Allí, en el iluminado salón, rodeado sin escapatoria, inicié lo que después ha sido larga práctica cuando los modales impiden rechazar un nuevo trago: aparentar tomarlo y, sin embargo, dejarlo íntegro en la copa, cubriéndola con la palma de la mano hasta lograr verter su contenido, con mucho disimulo, en otro lugar que no fuese mi boca.

BULGARIA

HORA DE DEFINICIONES

¿Serviré o no serviré? Con esa simple y angustiante pregunta de dos filos emprendí mi primera misión internacional como periodista. Llevaba cinco años de bregar en redacciones y en tareas de dirección, e incluso ya sabía algo de aeropuertos, tratos con extranjeros y de sentirme extrañamente solo rodeado de un gentío al que no le entendía nada o casi nada de lo que hablaban.

Pero en la misión de remplazar temporalmente a un corresponsal, que tomaría sus vacaciones en su casa habanera, era un total novicio. Incluso como reportero no había pasado de informar sobre la visita del premier sueco Olof Palme a Santiago de Cuba.

Lo mío había sido desentrañar verdades entre la multitud de papeles que afluían a mi puesto, en un salón habanero, acompañado de otros redactores, orientado por un jefe y supervisado por un editor. A partir de esos despachos elaboraba la versión propia de Prensa Latina. A ese «arte virtual» le llamamos *refritar* en la jerga del oficio.

El primer paso siempre es el más difícil, pero más aún cuando a un largo etcétera de características extremas (nadie con quien consultar, temperaturas bajo cero, nada de idioma local...) debía asumir la tarea que desarrollaba un profesional veterano, quien en la lejana Central había sido uno de mis jefes.

Aún siento el escozor en las manos y el nudo en la garganta con los que enfrenté mi primer día en Sofía, la bella y apacible capital búlgara, en pleno diciembre de 1974.

Resbalando a cada paso, con calzado tropical inapropiado y una rodilla nunca recuperada del todo de operaciones provocadas por lesiones deportivas, me asomé a una vasta avenida, a dos cuadras de la casa-oficina donde radicaba el corresponsal. Y entonces sucedió...

VITOSHA

Miré hacia los dos extremos de la vía, la caminé en ambas direcciones, tomé fotos y me di cuenta que allí había información que procesar y transmitir.

Las nubes bajas impedían ver la montaña que le daba nombre, pero ahí estaba. El movimiento de vehículos y peatones había disminuido porque era mediada la mañana.

La mezquita Jamia, del siglo XV, seguía brindando el testimonio de la dominación turca, aunque se hallara en un parque-homenaje al fundador del primer estado socialista del mundo, cuyo monumento dominaba el centro de la explanada. Desde allí parecía contemplar la iglesia de Santo Domingo, donde la avenida Vitosha se convertía en Plaza Lenin.

Aquel primer trabajo graficado, «Por las calles de Sofía», publicado poco después por la revista *Verde Olivo*, me demostraba que además de mirar las cosas y los asuntos, podía verlos para que otros los conocieran. Recién entonces supe que podía llamarme *periodista*.

EL TÍO

Ese episodio profesional inicial tuvo un colofón aleccionador que relataré en honor a alguien que cariñosa y respetuosamente llamábamos El Tío.

Ese veterano del periodismo cubano había asumido la corresponsalía de Prensa Latina (PL) en Bulgaria cuando pasaba de las seis décadas de vida, y aunque dominaba los temas y su elaboración, un factor atentaba contra una mayor presencia suya en las actividades públicas: el frío. En mi condición de novato pleno de energías, dispuesto a demostrarme sobre el terreno si esa era mi profesión, no reparé en temperaturas ni condiciones climatológicas ni en el hecho de que no sabía conducir el auto asignado, para estar presente en lo que me invitaban y en lo que no.

Tampoco tenía mucha conciencia de los peligros que podían representar 15° bajo cero, con el estómago vacío, hasta que en una ocasión la noche me sorprendió en la calle bajo esas condiciones. Una enérgica caminata de más de tres kilómetros –incapaz de esperar al aire libre un trolebús– fue la única solución ante los temblores incontrolables de cuanto músculo sostenía mi entumecida osamenta.

Cuánto comprendí a mi exigente profesor de la Central en aquella jornada que solo logré sobrepasar tomando sin respirar, como si fuera el elixir de la vida eterna, una botella de vino tinto aldeano (no elaborado industrialmente) que me hizo volver el calor al cuerpo como si me hubieran encendido una fogata en el fondo de mis entrañas. El mareo que me proporcionó aquella solución fue mucho más grato que el frío que vuelvo a sentir mientras recuerdo la escena.

Lo cierto es que, aprendiendo todos los días algo nuevo, desaté energías productivas insospechadas. No he repasado ahora mis materiales de entonces, pero calculo que debí escribir muchas intrascendencias, a la luz de mis ojos actuales; pero sin duda aquel manantial de sensaciones que me nacía y se volcaba en despachos, notas y especiales representaba el nacimiento del río profesional al que he dedicado el resto de mi vida.

Pero lo aleccionador del asunto no radica en lo dicho hasta ahora. Casi a punto de regresar el titular, luego de disfrutar sus vacaciones, me di cuenta que había roto el ritmo y volumen del trabajo informativo habitual de esa plaza, y que cualquiera podía pensar que lo había hecho para ganar puntos o simpatía. Incluso hubo alguna idea en la embajada cubana de solicitarme como corresponsal permanente, lo que podía crearme un conflicto o al menos una situación embarazosa con el titular de la plaza. Al esperarlo en

el aeropuerto de Sofía buscaba la forma de recibirlo con la más franca autocrítica, por haber pecado de entusiasmo desmedido, aunque sin otros propósitos que el de probarme. Para mi sorpresa –demostración de que no lo conocía tan bien como suponía– el recién llegado, desde el primer abrazo, me felicitó por mi trabajo, que a su juicio confirmaba que siempre había cosas que aprender, aunque se llevara más de treinta años en el oficio y otros comenzaran. Pocos días más tarde, camino a Berlín, donde asumiría similar rol en la oficina en la RDA, recordaba una escena definitoria, producida horas después de aquel recibimiento: él saboreaba un ron y yo un vaso de vino tinto (al coctel de ambas bebidas lo llamé Superman), cuando le dije de mis preocupaciones.

Su risa franca y espontánea, burlándose de mis suspicacias, fue la última y quizás más importante lección que recibí de Leoncio Fernández, de las que siempre se recuerdan a la hora de juzgar a los demás.

BUCAREST

ANGUSTIAS EN TRANSILVANIA

Mi primera visita, fugaz y sin objetivos periodísticos, me había dejado preocupado. Las siguientes y la propia vida me darían la razón.

Desde Sofía, en febrero de 1975, había viajado por tierra a Bucarest en un auto diplomático cubano y no pasé por vicisitud alguna; sin embargo, al aguardar la llegada de un importante compatriota en el aeropuerto capitalino, me llamó la atención el patrullar de soldados con armas largas por los pasillos de la instalación.

En la entrada del modesto inmueble, riguroso control de paquetes y rumanos (a los cubanos nos exceptuaron, quizás por ir con personal de la embajada). En los bordes de la pista y otros puntos externos permanecían en alerta baterías de antiaéreas.

Algo inquieto, pregunté con discreción a quienes acompañaba, porque no tenía conocimiento sobre problemas en el país ni antecedentes de algo similar en Europa socialista. No pasaba nada fuera de lo común, me dijeron. Así eran las cosas en Rumania.

SEGUNDA VISITA

Poco después, en abril, regresé en uno de esos viajes que solo el espíritu de aventura explica. Había concluido mi trabajo en la RDA y faltaban cinco días para el retorno. En la distante capital rumana, mis colegas Oscar y Elba me tenían lo que constituía mi primera grabadora, una Philips monoaural comprada en la vecina Austria a través de una irregular pero común compra de *schillings* de ese país con levas búlgaras.

Mi impaciencia por no irme del viejo continente sin aquel equipito tan deseado tuvo un comprensivo aliado: Elmer Rodríguez, el titular de la corresponsalía, y quien sería uno de mis mejores maestros-amigos, hasta cuando fui su jefe, años después.

Con su aparente calma –porque era un sanguíneo de envergadura– me dijo que si quería ir hasta Rumania a buscar la grabadora, él me ayudaba con el pasaje en tren –segunda clase, por supuesto, en un «lechero» que llegaba hasta Bulgaria– y me daría tiempo de ir y volver antes de la salida del avión de Cubana. Serían treinta y seis horas de viaje... hasta Bucarest.

No lo pensé mucho. Tomé tres de los *best sellers* que Elmer siempre tenía a mano, un par de mudas de ropas y me fui al Ostbahnhof, de donde salió la serpiente de coches hacia el sur de Europa.

Nada parecía complicado, solo la monotonía y el crucigrama de idiomas a los que me tenía que enfrentar con el inglés aprendido durante mi infancia y parte de mi adolescencia.

A la salida de la RDA, un primer y ligero contratiempo no pareció ser de muchas consecuencias: al estamparme el cuño correspondiente, el rudo funcionario alemán me desprendió una hoja del pasaporte. Con un seco *enchuldigun* (disculpe) me lo devolvió y se marchó. A partir de ahí comenzaría un rosario de explicaciones cada vez que llegaba a un punto fronterizo.

El checo que lo recibió a la entrada y el que lo acuñó al otro extremo, así como los húngaros en el norte y el sur no le dieron mayor importancia a la hojita suelta, y pusieron los suyos.

Cuando el tren entró en territorio rumano, ya estaba tan acostumbrado a la comprensión oficial que me tomó por sorpresa la reacción de un guardia que me ladraba y echaba chispas por los ojos ante mi documento de identidad.

Traté de explicarle que no entendía su idioma y que buscara a alguien que hablara inglés, pero nada... ni yo a él ni él a mí. La barrera era infranqueable.

Se marchó sin devolverme el pasaporte, y al rato apareció un individuo medio siniestro, con sobretodo de cuero negro que recordaba a la tristemente célebre Gestapo nazi, y se sentó frente a mí. Este hablaba hasta español, pero nada tenía que ver con Inmigración. Me explicó que todo extranjero que viajaba a su país debía cambiar por ley, la moneda nacional, un número de dólares –que no recuerdo ahora– por día de estancia.

Una nueva complicación. Le dije que solo llevaba marcos. Con profesionalidad me respondió que era lo mismo. Cuando le mostré mis billetes de la RDA, su rostro cambió, pensó que yo bromeaba y me pidió marcos germanoccidentales.

Le razoné: yo procedía de un país socialista (RDA), era ciudadano de otro (Cuba) y pensaba que entraba a uno similar, por lo que no entendía la exigencia de las divisas, máxime en una visita de trabajo de dos días. Sin responderme, se levantó y tomó por el pasillo en dirección hacia donde se había marchado el otro oficial.

A los pocos minutos este regresó, aún más alterado que como se había ido. Yo le hablaba desde mi asiento, justo al lado del pasillo, en un cubículo lleno de divertidos jóvenes búlgaros que se pasaron todo el viaje jugando cartas y riéndose por cualquier cosa.

De pronto, sin aviso previo, el rumano me tomó de la muñeca y tiró hacia él, tratando de obligarme a ponerme de pie. Lo que logró fue, con el impulso que tomé, que mi empujón le hiciera dar con la espalda en la pared del vagón. Hasta allí llegaba mi paciencia, y no sé que hubiera pasado si el sujeto, sorprendido por mi reacción, no se hubiera marchado maldiciendo en el idioma de Drácula, con mi pasaporte en la mano...

Aún agitado y con el sobresalto de sentir cómo el tren avanzaba y avanzaba camino a mi destino, y yo permanecía indocumentado, no lograba encontrarle explicación a lo que había sucedido. Mis eventuales compañeros de viaje me respaldaban –suponía yo. Las muestras de simpatía que me expresaban en su tampoco comprensible idioma no aplacaban mi intranquilidad.

Casi a la media hora del incidente aparecieron varios uniformados, entre ellos el del «halón». Los encabezaba un oficial con muchas estrellas en hombros y gorra, varias barras de distinciones y autoridad a borbotones que, con amabilidad, me saludó en inglés.

Ocupó el asiento frente a mí, con el causante del altercado parado en posición de firmes a la entrada de la sección, y me pidió que le explicara lo sucedido. Yo le di mi versión con una fluidez sorprendente, porque hacía mucho tiempo que no apelaba a la lengua de Shakespeare y no dominaba un gran vocabulario.

Los baches idiomáticos los salvé a tal velocidad que mi interlocutor debía de dudar de su dominio del inglés si no comprendió algo de lo dicho. Recuerdo que en mi atropello apelé a *push* (empujar) para narrar la acción provocadora de todo ese lío. No me salía *pull* (halar) ni otros términos más ajustados a la realidad, pero las ideas no dejaban de fluir.

En una ocasión mi antagonista trató de terciar en lo que yo decía, pero una ríspida orden le silenció de inmediato. Me sentí entonces que tenía ganada la pelea. Años después, cuando alguien me dijo que si me dejaran hablar convencía hasta el propio diablo de las bondades del paraíso, recordé aquel episodio en la moderna Transilvania.

Claro que exageré y hasta mentí un poquito para darle un brillo más favorable a mi extraña excursión. A la pregunta de a qué iba a Rumania, ¿podía decir la verdad? En vez de llegar a la casa de mis amigos hubiera terminado, quizás, en un manicomio bucarestino.

Apoyado en las múltiples entradas y salidas a otros países que aparecían en el documento oficial que sostenía entre sus manos, incluido al que volvía entonces, dije que era un «inspector de oficinas de prensa» que evaluaba el trabajo de corresponsales internacionales.

Le recordé que entre los países socialistas existía un acuerdo de exención de visado –otra de las reclamaciones que me hacía el iracundo promotor del desaguisado–, y añadí que en Bucarest me esperaban autoridades diplomáticas de Cuba.

No sé si me creyó del todo o parcialmente, o no quería meterse en líos que podían trascenderle. Lo real fue que aquel jefe indicó se me dieran dos jornadas de estancia libre de impuestos.

Así lo consignó en mi pasaporte quien antes había pretendido bajarme del tren (¿en marcha?), y tras devolvérmelo con el ritual del saludo militar me dejaron en paz.

¡Qué alivio! Tan fuerte era esa sensación que al bajarme en el andén bucarestino, no sé cuánto tiempo después, mis colegas pensaron que me había pasado de tragos durante aquel maratónico viaje.

Al contarles lo sucedido, entre risas y caras serias que se alternaban, supusieron que aquellos guardafronteras nunca habían tropezado con un cubano trashumante. Y que les costaría tiempo sobreponerse al trauma.

Luego de intensas veinticuatro horas de paseos –incluido mi primer ascenso en silla de esquiador a un puesto de montaña nevada– regresé justo a tiempo, con la Philips bajo el brazo, para tomar el aparato que me incorporó al caluroso invierno antillano que tanto extrañaba.

TERCERA Y ÚLTIMA

Tres años después de lo narrado volví a Bucarest. Desde mi plaza permanente en la RDA, me trasladé para cubrir la XXXII Sesión del Consejo de Ayuda Mutua Económi-

ca (CAME). Por Cuba asistiría nuestro vicepresidente Carlos Rafael Rodríguez, encargado por la dirección del país de los asuntos económicos internacionales.

En esa ocasión, aunque solo durante una semana, pude conocer un poco más de la idiosincrasia de ese pueblo. No se me olvida un sepelio por la capital, con una comitiva a pie acompañando a un difunto en féretro y carruaje destapado, costumbre de pueblo campesino que se resistía a desaparecer en la ciudad.

Como esa y no tan inusuales, muchas otras características diferenciaban a aquellos balcánicos de sus alejados vecinos del norte, incluyendo la latinidad de un carácter mucho más abierto y –por qué no decirlo– simpático; sin embargo, ya casi olvidadas las angustias de mi incursión anterior, volví a confrontar dificultades con ciertos aires represivos que por momentos se respiraban en diversas esferas y actividades.

Me sucedió durante los tres días de sesiones que tenían lugar en el Palacio Victoria, sede de la cancillería, el cual circundaba una de las vastas explanadas que salpican el centro bucarestino.

Luego de tomar fotos en la Sala de Mármol, con total libertad de movimientos y acceso a los delegados, se me ocurrió redondear la visión de lo que allí sucedía con algunas tomas exteriores del inmueble.

Salí por la puerta principal, ubiqué la posición del astro rey y me encaminé hacia unos árboles que quedaban a la izquierda para buscar lo que los fotógrafos llaman *marco natural*, ese que ocupa las esquinas de una foto con follaje u otro elemento y permite resaltar, en el centro, lo que se desea.

Me acompañaba, algo nerviosa, la traductora habitual de la oficina de Prensa Latina, cuyo jefe se encontraba de vacaciones en La Habana. Su experiencia profesional y como ciudadana le indicaban que podía haber problemas. No escuché sus advertencias y me encaminé a concluir la secuencia gráfica iniciada junto a los dirigentes del CAME.

Al encontrar la ubicación requerida, comencé a enfocar mi modesta *Praktica* hacia la mole –distante unos ochenta metros–, cuando de la nada aparecieron tres civiles con cara de guardias pretorianos que se interpusieron a mi objetivo y con expresiones innecesarias de traducir me mandaron a tomar fotos a otro lado.

La chica temblaba y no atinaba a castellanizar lo que decían los agentes. Yo trataba más de tranquilizarla a ella que de polemizar con los que me impedían alcanzar mi meta. Para lograrlo la puse a explicar quién era yo, cuál era mi función y –añadiendo goticas de importancia a mi labor– que esas fotos eran destinadas al mismísimo Fidel.

Nada. Los tipos oían, pero no entendían, o no querían, o no podían entender. Tenían órdenes y había que cumplirlas. Cero fotografías. Traté de que comprendieran: si sus máximos jefes se habían dejado retratar por mí, cómo un simple edificio se me iba a negar por su mediación. Ni gota ni jota.

Me fue llegando poco a poco la herencia gallega. Me imagino que comencé a tomar color Belcebú, subí la voz y me les enfrenté, sin esperar ya una traducción que comprometía a la propia intérprete. Ya eran cinco o seis los que se agrupaban a mi alrededor. De nada servía mi pasaporte oficial ni la credencial del CAME. Tenía que irme.

Y así lo hice, pero tomando fotos, claro sin mucho encuadre ni con la medida requerida. Aumenté la velocidad y abrí el lente de la cámara, y en la medida en que me retiraba les decía «¿No puedo disparar? Pues ahí tienen», y oprimía el obturador. Así hice cuatro o cinco tomas, camino a la puerta por donde había salido, la que ellos no podían franquear.

Con el paso del tiempo comprendí mejor la escena; pero por ello no dejaba de inquietarme que situaciones tan paradójicas jalonaran la vida de cualquier periodista.

Varios años más tarde la cruenta debacle del régimen de Nicolae Ceacescu podía tener explicaciones en esos episodios aislados que he contado. No traté de reinterpretarlos ante la extirpación del socialismo en Rumania. Pero algo apuntaban de una sociedad enferma que de aplaudir a un líder, cuyas actividades aparecían a diario en la esquina derecha superior de la primera plana de *Scinteia*, aceptaron casi sin chistar su fusilamiento.

NICARAGUA

ETIQUETA DE COLOSOS

Una muestra de los baluartes del sueño emancipador, los mártires y héroes de nuestra América. Sobre su fondo dorado, las firmas. Algunas de colegas de profesión, otras de titanes anónimos. En aquel entonces, con el peligro rondando, todos se sumaron al recuerdo de una velada única, quizás la última para quienes al otro día volverían a enfrentar la agresión y la muerte.

Acababa casi de comenzar 1983 y la ya violenta frontera nicaragüense-hondureña aún era virgen del contacto con los periodistas extranjeros, hasta que aparecimos nosotros. Los primeros fuimos cinco cubanos.

El afecto y la fraternidad de los anfitriones –el Ejército Popular Sandinista (EPS)–, se mezclaban con la preocupación de velar por la seguridad de aquellos ansiosos en conocer directamente la realidad de historias de combates contra las bandas antisandinistas organizadas en Fuerzas de Tarea.

Habíamos llegado casi por sorpresa a la norteña Nueva Segovia, en el borde fronterizo donde la «contra» usaba armamento entregado por Washington en una guerra sucia, de incursionar, atacar y huir a territorio hondureño, la cual se escalaría después, pero que ya dejaba destrucción y luto entre civiles indefensos.

Las noches de Jalapa, la cabecera departamental, fueron solo breve respiro en el andar por lugares a los cuales los «compas» se resistían a llevarnos, porque el golpe artero podía estar agazapado en las cercanas montañas ajenas.

A regañadientes y burlando instrucciones expresas, conocimos La Cantina, El Porvenir –un valle nica asfixiado por elevaciones hostiles– y Teotecacinte, cuyos alrededores aún humeaban por el fuego dejado en un reciente enfrentamiento.

EL LIMÓN

Así fue cómo alcanzamos a ser testigos de una victoria frente a la agresión. El escenario se llamaba El Limón, pequeño poblado del borde fronterizo.

Allí llegamos cuando aún los disparos perseguían al diezmado grupo de un sujeto llamado El Cáncer, cuya concubina había sido herida levemente y apresada cuando también incursionaba ametrallando al pacífico caserío.

Cinco cadáveres fueron constancia de la derrota de los asaltantes. Uno de ellos, sin masa encefálica, mostraba el efecto de una bala explosiva: cráneo ahuecado y sanguinolento.

Para fotografiar la escena requerí de un gran acopio de voluntad; pero era necesario porque rompía un mito propalado por la propia «contra» de que eran inmunes a las balas. Al insertar esa gráfica, a un cuarto de primera página en el periódico *Nuevo Diario*, se demostraba que el plomo también entraba en ellos. Verla publicada y conocer sus fines recompensó con creces la trágica escena.

De otros agresores liquidados en aquella jornada solo quedaron fragmentos esparcidos en el camino de huida hacia la guarida hondureña. La táctica de no reconocer bajas para impedir el desplome de la moral asesina, llevaba a tratar de no dejar sus muertos atrás, aunque tuvieran que llevárselos arrastrados por sus bestias. En las rocas y arbustos se apreciaban las macabras huellas de aquella práctica. Ese día narré por teléfono a Managua:

Cinco muertos y un prisionero dejó hoy la contrarrevolución en este poblado del norte nicaragüense, a ocho kilómetros de Honduras, al intentar tomarlo un grupo de 60 hombres. Nueve guardafronteras y milicianos resistieron durante una hora la agresión hasta que recibieron refuerzos del EPS, que ahora, tras cuatro horas de combate, persiguen a los ex guardias somocistas en su retirada con rumbo al vecino país.

MI MEJOR OBSEQUIO

Para los visitantes, la significación del momento la multiplicó el jefe militar de la zona, al explicar que la acción decisiva para repeler el ataque fue posible por un regalo mío, realizado un par de días antes.

Todo comenzó durante un recorrido por la Escuela de Cachorros de Sandino radicada en una antigua mansión de campo de los Somoza, cuando, ante la carencia de medios técnicos de la tropa regalé unos pequeños pero potentes binoculares como contribución a la lucha.

Lo que había adquirido en la lejana RDA para apreciar jugadas de béisbol o espectáculos artísticos, en manos de los refuerzos sandinistas, en aquel brumoso amanecer de abril, permitió establecer la identidad de los enemigos, que usaban uniformes parecidos a los sandinistas, y concentrar el fuego de la tropa que llegaba a toda marcha desde la cercana escuela-campamento.

El combate se decidió en ese momento, exclamaba eufórico el hasta entonces más bien parco capitán a quien le había dado el instrumento. Me sacudía por los hombros y abrazaba, con lo que aumentó mi emoción. De su cuello pendía la óptica alemana, que volvió a guardar celosamente entre piel y camisa, muda heroína de aquel combate.

La población desfiló en un silencio saturado de indignación ante el lugar donde fueron agrupados los cadáveres de los «contras» y el armamento ocupado. Relacioné en la crónica:

Tres fusiles FAL, un AK chino y otro soviético, estos últimos forman parte de las armas tomadas por los israelíes en su agresión al sur libanés.

También vimos granadas de fabricación portuguesa y otras para ser lanzadas por fusiles M-19 norteamericanos, así como un lanzacohetes RPG-7 de fabricación china.

Uno de los muertos, según conocimos, era un asesino de la ex guardia somocista, Tino Herrera, quien en diciembre pasado degolló a tres campesinas en un lugar conocido por La Estancia, cercano a este poblado.

Desde enero último se han producido con esta 93 incursiones en el área de Jalapa, a unos trescientos kilómetros al norte de Managua.

En ese período se han reportado 142 secuestros de habitantes de la zona, de los cuales solo 41 han podido regresar a sus hogares, y 18 violaciones del espacio aéreo por aviones militares hondureños.

La actitud combativa y firme que observamos en los humildes pobladores de este remoto paraje, agricultores todos, nos dio la dimensión real de la consigna con que nos despidieron: «Patria libre o morir».

EL CURA

El bautismo de aventura y drama, de peligro y triunfo, se festejó durante la noche en el modesto y rústico hospedaje donde los ronquidos caribeños de Gallo Pinto Aguilera y El Mandril Castellanos opacaban el croar de las ranas.

Varios de aquellos mocetones, guerreros de piel tostada por la raza y la intemperie, hicieron hermanos de su proeza a los reporteros al compartir el ron Flor de Caña de su tierra.

A la velada jalapeña se unió el cura del pueblo, cuyo pensamiento y actuación – subrayados en aquel período de Semana Santa– daban fe de su opción por los pobres, predicada por la teología de la liberación, y confirmaba la posibilidad de simbiosis entre revolución y religión.

Español de nacionalidad y con vasta experiencia en comunidades eclesiales de base en Brasil, a pesar de su relativa juventud, aquel sacerdote que se nos presentó en pantalón vaquero y camisa a cuadros era el mismo que nos había despertado ese día, llamando a misa, en la oscuridad anterior al amanecer.

Con un altavoz ubicado en un vehículo, el párroco recorría esa semana las aún dormidas y pedregosas callejuelas convocando a los servicios religiosos a quienes no tuvieran guardia u otra actividad vinculada a la defensa, la cual para él constituía el primer deber de todo cristiano honesto del lugar.

Sus feligreses resultaban encarnación de la masa de creyentes que observé, un mes antes, cuando le pedían paz a Juan Pablo II durante una misa-manifestación sin precedentes, en la Plaza 19 de Julio, de Managua, alternando el reclamo con coros que afirmaban: «No pasarán».

La liturgia papal en aquella visita difirió de una parodia de credo que, en esa noche de abril, en Jalapa, nos declamó el cura-miliciano: «Creo en el rifle, el AK, la BZ y el cañón, que no son para matar sino para defender a la revolución».

A esa combinación inigualable de religión y patriotismo dediqué un artículo (Un nuevo testamento), en el que recogí entre otros momentos de las andanzas por Nicaragua, el testimonio de esa plegaria que se mantiene en mi memoria:

*Creo en el pueblo de Nicaragua,
concebido mediante el trabajo
y la gracia del espíritu sandinista;
que sufrió bajo Poncio Somoza,
fue torturado, masacrado, crucificado y quemado,
descendió al infierno somocista
y de allí emergió en la guerrilla
para alcanzar la victoria final.*

EL REGRESO

El ron Oro, «genuinamente envejecido» del ingenio San Antonio, tuvo poco que ver con el entusiasmo de aquel comando mixto que festejaba la victoria.

Los combatientes de las armas y las palabras narraron y escucharon, respectivamente, muchos parecidos relatos de una lucha provocada desde más al norte de Centroamérica, cuyos peores momentos estaban por venir en Nicaragua.

La pequeña escuadra reporteril aún viviría sobresaltos mayores, tras presenciar desde la comandancia de Santa Clara un fiero combate en los alrededores de la Loma de la Cuchara, donde la banda del ex guardia Benito Bravo era hostigada por las fuerzas de un gigante de la inteligencia y el coraje, el pequeño y rubio capitán conocido por el Chele Marcos.

El azaroso regreso a la capital en dos yipis, con solo las armas automáticas de sus conductores, nos hizo atravesar caminos salpicados con metralla y amenazas de incursión de la agrupación «contra» cercada. El riesgo fue tal que, al llegar a Ocotol, nos percatamos que una esquirla perdida había ponchado una de las gomas de nuestro vehículo.

En una mochila llevaba mis «trofeos de guerra», entre ellos una diminuta Biblia de los Gedeones Internacionales, de un agresor muerto durante una incursión, y balas de fusil ocupadas en El Limón.

Junto a esos recuerdos bajó también de la frontera una botellita, como testimonio de fraternidad eterna, vacía de su elixir, pero plena de historia y esperanza en un futuro no empañado por eventuales reveses, en la cual las firmas de aquellos colosos combatientes honran para siempre su etiqueta.

NICARAGUA II

GLOBALIZAR LA REVOLUCIÓN

Pasaron años desde que reporté la agresión contra Nicaragua a través de Honduras. En marzo de 2000 escribí:

Héctor se dejó caer en el banco suavemente, casi como si aún soñara su más reciente pesadilla. Era un nicaragüense cercano a la veintena de años que ya reflejaba el cansancio de generaciones de desengañados. Miraba sin ver a su alrededor y comenzó a hablar solo.

Yo esperaba a un amigo en el exterior de una heladería en Managua, a la vera de la carretera que conduce a Masaya, en uno de los lujosos barrios residenciales de altas tapias, cercas coronadas por alambradas y lujosos vehículos de cristales oscuros que transitaban ajenos al sordo dolor de ese muchacho.

Él acababa de ser despedido sin posibilidad de reclamación, por no acatar las caprichosas órdenes del todopoderoso gerente de un cercano complejo habitacional. Llevaba casi año y medio trabajando de planchador, a su juicio sin problemas con nadie, cuando el día anterior el capataz con alma de negrero le había hecho limpiar el estacionamiento de autos y luego utilizar en sustitución del jardinero.

La resistencia a cumplir la nueva encomienda fuera de su actividad bastó para que lo sumaran al ejército de más del 50% de desempleados que integran la población económicamente activa de Nicaragua. Y él no entendía aún por qué. Había apelado a la dueña, pero esa mañana el déspota ratificó su decisión.

Al monólogo de Héctor, solo apoyado con ligeras observaciones mías, se sumó un joven de su edad, que regaba el breve césped de aquel minúsculo parque, y que al parecer lo conocía. También sabía lo que significa ser botado de un empleo tras otro, al vaivén de la voluntad de los dueños o de la contracción económica.

Hablaban con extraña calma, como si no fuera propia la tragedia de no tener a quién recurrir, de la ausencia de algo que defendiera sus derechos, de tener que salir a buscar nuevamente el sustento...

Para mí fue el colofón de sensaciones encontradas luego de más de tres lustros de no visitar a Nicaragua. Los heroicos y difíciles días de principios de la década del ochenta poco tenían que ver en su proyección con la realidad actual de los nicas.

Y por sobre muchas cosas, la desigualdad me resultaba hiriente, más aún porque parecía ser asumida como una fatalidad ineluctable del destino. Héctor y su amigo así lo reflejaban.

Mientras que en mi país la lucha por la libertad de un inocente de seis años movilizaba, estremecía y consolidaba la voluntad nacional, muchos niños literalmente se jugaban la vida a diario en las intersecciones de Managua en busca de la moneda por el parabrisas limpio, o la venta de cualquier cosa, incluidas bolsitas de un «agua helada» nada recomendable por el grado de impurezas que contiene.

Yo me alejé de Héctor tan lentamente como él había aparecido. No se percató, creo, porque tenía un nuevo interlocutor, que no dejaba de manejar la manguera mientras aportaba su cuota de consejos y experiencia. Así evitaba correr el mismo destino del infortunado que sufría una tragedia cotidiana en muchos de los pueblos subdesarrollados, no solo de nuestro continente.

Más tarde, cuando conversaba con el poeta Ernesto Cardenal, me llegó con más fuerza que nunca antes su reflexión sobre cuál es la situación y el destino de países como el suyo. En una expresión de sabiduría muy contemporánea me sintetizó la clave para combatir y resolver problemas como el de Héctor y los niños de la calle en Nicaragua y otros países: «Globalizar la revolución».

GINEBRA

LA COMBINACIÓN PERFECTA

Tan estimulante como la bebida homónima, la primera visita a la sobria ciudad suiza permitió la aventura de hurgar en un diálogo que dejaba de ser entre sordos.

Ni temperaturas polares, precios cósmicos y mutismo oficial impidieron que la Ciudad de los Congresos cumpliera con su misión.

Era el primer encuentro entre cancilleres de las dos superpotencias nucleares tras el despliegue de los misiles norteamericanos de alcance medio en Europa occidental. En enero de 1985 se presentaba una oportunidad única de frenar el creciente deterioro de la seguridad planetaria.

El veteranísimo Andrei Gromiko –luego promovido a presidente soviético para, poco después, eclipsarse con el orgullo intacto– y el mañoso George Shultz fueron los personajes centrales del episodio que produjo cauto optimismo en quienes, de corazón o palabra, repudiaban el armamentismo y disfrutaban una aventura reporteril singular.

Se acentuaba entonces la amenaza de llevar al cosmos una disputa que en la tierra causaba desde zozobra hasta pánico: los Pershing II ya apuntaban sus hocicos nucleares hacia el oriente desde sus reductos eurooccidentales, nadie se acordaba de los acuerdos Salt y las armas químicas, bacteriológicas y hasta de neutrones se habían convertido en charla obligada de sobremesa.

En Ginebra, como tradicional producto suizo, el reloj del desarme comenzó a marcar la hora cero después de trece meses de distanciamiento, tras el inicio del despliegue coheteril *made in USA*, el cual viví desde la Alemania Federal a partir de finales de 1983.

El nuevo paso, en esa ocasión en la dirección adecuada, fue objeto de una intensa y compleja cobertura de la que no estuvimos ajenos un par de caribeños.

Trasladados de nuestras sedes permanentes –París y Bonn–, Alfredo y yo teníamos la misión de unir esfuerzos para llevar información propia a un ámbito distante, América Latina, pero no por ello menos interesado en lo que comenzaba a gestarse entre los dos grandes de la época.

Un alojamiento modesto cerca de la terminal ferroviaria ginebrina (los principales hoteles costaban salarios de príncipes) fue refugio para las horas de sueño que nos dejaron disponibles las pocas pero intensas jornadas de contactos soviético-yanquis.

Vivimos como guerrilleros palestinos en territorio ocupado por Israel y no precisamente por hostigamiento, afanes anexionistas ni odios circunstanciales.

Al parecer, las de Ginebra se encuentran entre las conferencias hechas para ser seguidas solo por los medios de prensa con grandes recursos económicos, que arriendan vehículos cuyos alquileres por día son similares a su valor de fábrica, reservan pisos completos en hoteles multiestrellas y disponen de dispositivos de comunicación portátil al nivel de los mejores equipos de seguridad personal.

Habituados a enfrentar esas desventajas, los factores adversos que se nos unían al ser novicios en aquella gélida ciudad eran sobre todo los escasos contactos para lograr información de fondo anticipada y equilibrada (nunca podremos agradecer suficientemente la ayuda de un compatriota diplomático) y el silencio oficial sobre la marcha de los encuentros.

En esas coyunturas inusuales es cuando se decide la permanente disyuntiva del «ser o no ser» de esa profesión de profesiones llamada *periodismo*. Y como no fuimos a solazarnos con el impresionante paisaje del Jura ni con la fascinante vista de un lago legendario, nos decidimos a seguir siendo *feddayines* de la información.

Como tales tuvimos que operar en campo minado por la prepotencia de los «bien enterados», de los grandes medios occidentales, cuyos integrantes formaron un *pool* –al que sumaron a algún soviético para darle toque plural–, el cual difundía entre los demás lo que estaba pasando en la Cumbre de Cancilleres.

La obtención de algún dato seguro, al margen de lo que se colocaba en un mural del centro que los estadounidenses instalaron en el supercontrolado Hotel Intercontinental, nos obligaba a recurrir al enmascaramiento de nuestra identidad y pasar por alemán y francés, respectivamente, para unirnos a corrillos cuyos miembros muchas veces se nutrían solo de sus propias especulaciones.

La paciencia, austeridad y otras dotes de supervivencia que se requieren para la lucha del desierto, que incluía prolongados ayunos, tuvieron que ser adaptadas al gélido lujo ginebrino donde se libraba el combate por la noticia...

La inventiva para no alejarnos del pelotón principal de informadores nos llevó a transformar nuestros hábitos y horarios alimenticios: desayunábamos todo lo que caía ante nosotros. Lo reforzábamos con vituallas ligeras compradas en los expendios automáticos de la estación ferroviaria; entreteníamos el estómago durante la larga jornada en el aristocrático hotel con sorbos de agua conseguidos al aparentar lavarnos la cara (eludiendo los precios de la morada provisional de Shultz) y nos desquitábamos en un modesto McDonald de la hambruna del día, casi siempre al borde de la medianoche.

De las argucias empleadas para sobreponernos al poder económico y técnico que nos rodeaba, la decisiva fue una que los comandantes de la guerra irregular definirían quizás como «ocupación táctica de áreas clave», a partir de una estrecha sincronización de nuestro efímero comando.

Tras la lucha diplomática, los breves partes y filtraciones no siempre casuales, la hora de las definiciones tendría lugar en el propio Inter, en un vasto salón del Centro USA, donde casi un millar de periodistas, camarógrafos y fotógrafos nos apiñaríamos para oír la versión Shultz de lo que había hablado con Gromiko.

(Una vez más los soviéticos se dejaban tomar la delantera propagandística al ser su contrapartida la primera en decir, y hacerlo su máximo representante. Cuatro horas

después del secretario de Estado, a punto de comenzar un nuevo día, un vocero de Moscú se enfrentaría a un mermado y poco entusiasta auditorio).

Ante las *minicomputers*, los teléfonos directos, la transmisión inmediata por satélites y el debut de los entonces novedosos *fax* para escrituras complejas como el japonés y el árabe, la única alternativa que nos quedó fue acaparar desde temprano uno de los tres equipos de télex instalados por los poderosos anfitriones (hasta las medidas de seguridad interna estaban a su cargo) y mantenerlo ocupado a toda costa.

Alfredo se convirtió en el más laborioso de los periodistas jamás visto. Para ganar tiempo, copió notas inexistentes, redactó informaciones imaginarias, aparentó comunicar con lugares siempre ocupados y luchó contra todos los que pretendieron levantarlo, hasta que yo, con el *thanks* final del moderador aún en los oídos, casi me le siento encima con los datos de lo dicho saliéndoseme por los dedos.

Violamos los consejos de no redactar directo a la cinta de perforar. Disgustamos a otros que requerían también de las hoy obsoletas virtudes del télex y causamos diversos entuertos de los cuales no nos percatamos; pero logramos colocar nuestra nota en la Central antes que muchos lo hicieran en las suyas.

No por gusto después, desquitándonos de las penurias gástricas ante sendas pizzas en forma de canoa que desbordaban un gran plato, sentiríamos la satisfacción de pensar que la combinación perfecta de Ginebra, a pesar de los avances en materia de desarme, había sido antillana y no soviético-norteamericana.

CIUDAD HO CHI MINH

COBRA PICANTE

La visión de la realidad sobrepasó lo preconcebido. En el sur de aquel heroico país pugnaba una nueva voluntad con los rastros y escombros heredados como neocolonia yanqui. Nota imborrable: una exótica cocina.

Más de treinta horas de vuelo y un horario de cabeza –con medio mundo de diferencia– atentaron contra el entusiasmo y la expectación, pero no lograron vencerlos.

Llegar a la antigua Saigón, aunque Ho Chi Minh fuera el nombre que la identificaba ahora, representaba volver mentalmente a la guerra de la cual fueron pivote sus títeres gobernantes y sus arrogantes patrones.

A pesar de la visión social diferente del Vietnam unificado, los vestigios de la presencia extranjera dominante durante décadas se encontraban a cada instante.

Aquella había sido una gran ciudad de casi cuatro millones de habitantes llena de miserias de todo tipo. Junto a medio millón de desempleados existieron cientos de miles de prostitutas, drogadictos y maleantes; unos doscientos mil huérfanos llegaron a rondar las calles y doscientas cincuenta mil viudas intentaron sobrevivir a cualquier precio.

En aquel otoño de 1986 la animación se mostraba tanto entre rostros sonrientes como atareados. Dos lustros habían transcurrido de la liberación, y poco a poco se habían estado rehabilitando la industria y el comercio.

La amable atención al visitante distaba de la genuflexión lacaya o temerosa. Nada tenía que ver con la semiservidumbre impuesta por los conquistadores de boina verde y ojos claros, aunque muchas huellas de ellos aún se apreciaban.

Deambular por calles cercanas al río Saigón podía deparar sorpresas de diversos tipos. La única alarmante fue cuando, como transeúnte inexperto, nos sorprendió una ola de ciclistas en el centro de una amplia avenida.

Los paseantes atrapados fuimos rebasados por centenares –¿o miles?– de pedalis-
tas sin tener que lamentar ni el más ligero roce. Sin premeditarlo utilizamos la única

táctica posible en semejantes casos: permanecer quietos y que del resto se ocupara la destreza ajena.

Otras sensaciones y recuerdos de aquellas exóticas jornadas se entremezclan como caleidoscopio de vivencias inolvidables, en las que el dulce y triste rostro de una muchacha ocupa un lugar trágicamente especial.

Caminábamos entre vendedores ambulantes que atiborraban las aceras, al pie de comercios de todo tipo y categorías, cuando nos llamó la atención una joven que extendía la mano, con el gesto habitual de quien solicita limosna.

Ya habíamos visto a los monjes budistas arrastrar sus sandalias por mercados, plazas y otros lugares públicos con escudilla y vara de peregrinos pedigüeños. También habíamos sido impresionados por pequeñuelos que se pegaban a pantalones y faldas en busca de una moneda, algunos de ellos liderados por mugrosos adultos que permanecían semiocultos.

Entre aquellos vestigios de la sociedad que fue la saigonesa –aún muy difíciles de eliminar por las autoridades vietnamitas– la opaca mirada de aquella adolescente de mis recuerdos tenía mensajes adicionales.

Su vestimenta no denunciaba sus hábitos de mendiga. Se acercaba a los extranjeros con una mezcla de pena y sobresalto, y añadía a su súplica alguna palabra en inglés.

Y lo más curioso de todo: sus rasgos y tez orientales estaban tan atenuados que no parecía vietnamita... Y efectivamente, no lo era, o mejor dicho, solo lo era a medias.

La explicación nos produjo una nueva causa de odio contra los antihéroes de Son My y Mi Lai, los conquistadores de nuevo cuño que se amparan en poderío económico y tecnológico para sentirse amos de sus semejantes.

Aquella era una de las decenas de miles de los peyorativamente llamados *amerasian*, criaturas nacidas del dolor y la prepotencia, la indiferencia y el hambre, la angustia y el sexo sin amor, que sembraron los cientos de miles de uniformados yanquis que hicieron de Vietnam del Sur un escenario de atrocidades, incluidas las de burdel.

Sobre aquella pobre mestiza –quizás sin familiar alguno a quien recurrir– caía el desprecio sin premeditación de casi todos los que la rodeaban. Recordaba mucho al invasor esa piel clara y ojos menos oblicuos que lo habitual.

Otros que vimos allí no podían ocultar los labios anchos y el pelo encrespado heredados de padres afronorteamericanos anónimos y distantes, para quienes engendrarlos quizás representaba anécdotas por contar a los amigos en algún bar.

Con singulares complejidades sociales sumándose a los estragos económicos de la guerra de exterminio, el sur de Vietnam que entreví tenía que enfrentar desafíos sin calificativos, tareas de gigante que acometían con proverbiales modestia, tenacidad e ingenio.

DELEITES Y SORPRESAS

La realidad que nos sorprendía a cada instante no siempre estaba impregnada de matices dramáticos, aunque en ocasiones producía situaciones tragicómicas. Con la gastronomía hubo posibilidades para constatarlo.

Ser novato ante la mesa asiática obliga a estar preparado a deleites novedosos y sorpresas no siempre asimilables por todos.

Pato en salsa espesa servido en un coco, o que este fuera el recipiente en el que se pudiera saborear una sopa de codorniz, entraban entre las exquisiteces a las que un estómago latino no se resiste ni se resiente.

Así podía suceder con el cangrejo molido y prensado en torno a un canuto de caña pelado, los camaroncitos resecos, el langostino de río, o los huevos de codorniz empanados.

Múltiples frutas apoyaban la carne de búfalo al pincho, o el vodka de soja y la cerveza local ayudaban a bajar fragmentos de carne de origen desconocido, que servían en los restaurantes a los que fuimos invitados.

Lo exótico comenzaba a quitar el apetito común cuando aparecía, como una noche sucedió, pollo relleno con arroz, dentro del cual, casi como adorno, brotaba la cabeza de la sacrificada ave.

O en velada como la que nos ofrecieron de amable despedida nuestros anfitriones en un lugar en las afueras de la ciudad, la cual seguro aún ocupa un lugar singular en la memoria de los agasajados.

Éramos unos pocos (dos europeos, un africano y cuatro latinos) los que nos enfrentamos a aquella prueba de hospitalidad y tradiciones, reservadas para huéspedes distinguidos y amigos muy cercanos.

La iniciación en la verdadera comida vietnamita tuvo lugar en una especie de rancho campestre pobremente iluminado, al borde de un estanque, y de construcción rústica.

El brindis de apertura fue el más complejo que recuerdo. Comenzó con un peligroso juego entre un empleado y una cobra. Los comensales hicimos coro en torno al hábil especialista, quien obligaba al reptil a enfrentársele tomándolo por la cola, molestándolo y no dejándole irse entre nuestras temblorosas piernas.

El ejercicio-suplicio duró unos cinco minutos (para mi colega angolano parapetado tras de mí fue casi un siglo). Luego de mostrar varias veces su engrifada cabeza, irguiéndose medio metro, el objeto de la ceremonia la perdió casi sin darse cuenta bajo un cuchillo salido de la nada.

Y ahí comenzaron los preparativos públicos de la cena. Ante los aún sobresaltados visitantes, el singular domador comenzó a verter la sangre de la cobra –que salía por donde antes tuvo la cabeza– en un recipiente con un líquido blanco –luego supimos que era aguardiente–, y a continuación, abriendo en canal a su víctima, extrajo de su interior una vesícula cuyo contenido rojo-negro también incluyó en el brebaje.

Vueltos a la mesa tras el inusual espectáculo, de observadores nos convertimos en estrellas: nos trajeron la bebida recién preparada, el «vino de serpiente», para que con ella hiciéramos el brindis inicial.

Nunca más que en ese momento agradecí no ser el principal invitado de la noche, ya que a él le correspondía el honor de ingerir en su copa el corazón de la cobra, como ofrenda de nuevo tipo.

El detalle fue pasado por alto y todos hicimos votos de salud, amistad y felicidad con el culebreante licor, del cual algún amigo de lo insólito repitió.

El entrante fue «sopa de hierbas», como la calificara el buen Fausto Suárez –el que más sufría los hábitos gastronómicos de la tierra visitada–, seguido de crustáceos de río y un nuevo e increíble caldo.

Para este plato se realizó otro ceremonial: en una gran olla de barro humeante se removían unas abultadas pelotas carnosas, acompañadas por especias y otros aderezos. Las grandes porciones de aquella proteína sin identificar fueron segmentadas ante nuestros ojos, vueltas a introducir en la sopa y servidas con gran ritual.

Mirándonos de soslayo comprendimos antes de comenzar a masticar que deglutíamos testículos de chivo, por suerte sin el olor que muchos dicen los caracterizan.

La capacidad de sorprendernos no estaba aún agotada porque a continuación nos presentaron al martirizado animalito del principio de la cena convertido en rodajas que nos dejaron el paladar en llamas, no atenuadas con la sopa del mismo origen que ingerimos después.

La papaya al natural que tuvimos de postre nos hizo volver a los placeres rutinarios de la dieta del Caribe, con lo que se amortiguó el impacto de aquella cena histórica.

Al retirarnos, ya acostumbrados a la penumbra del lugar, nos percatamos que en honor a nuestra falta de hábitos la «cobra picante» fue el clímax del agasajo, porque de no haber sido así, algunos de los tiernos monitos que nos miraban desde sus jaulas nos habrían acompañado a la mesa como manjares de lujo.

KAMPUCHEA

SIN REGRESO A LA HORDA

Contacto con un pueblo renacido. Fantasía y realidad en la morada del dios Vishnu.

Avanzada la década del ochenta aún se llamaba Kampuchea y se recuperaba lentamente de un trauma genocida sin paralelo, que hizo tristemente célebre a ese pueblo indochino en la década del setenta.

En unos pocos días conocí una nación que fusionaba el tesón asiático, la imaginación indostánica y la madurez de milenios de luchas contra una apasionada naturaleza y, más reciente, contra deformaciones de su principal producto: el hombre.

La sencilla bienvenida, con agua de coco en su recipiente natural, se hizo imborrable por la cordialidad del trato, el afecto de la típica reverencia y la mirada franca en aquellos ojos optimistas que tanto desastre habían visto.

Desde el aeropuerto de Pochentong a las amplias vías urbanas de Pnom Phen, constaté cómo la vida volvía a correr por las arterias kampucheanas.

El desolado paisaje que observé en fotos ubicadas en el Museo del Genocidio Tuol Sleng, con calles abandonadas a la basura y las ratas, signo del régimen que aniquiló a más de tres millones de personas, había sido superado por la animación de quienes trataban de recobrar su carácter y modo de vivir, desgarrados y destrozados, pero imposibles de aniquilar por Pol Pot y su camarilla.

Aún se notaban edificios dañados por el abandono forzoso y la destrucción irracional ejecutada por los polpotianos, en un sistemático intento por hacer retroceder en el tiempo a esa nación, y forzar una colectivización primitiva y aberrante cuyo estudio correspondería más a siquiátras que a historiadores.

En ese país, algo tan elemental como poseer educación llegó a ser ignominia que se pagaba con la muerte. Una muestra de ello era aquel museo del horror, en la propia capital, que dejó de ser una escuela secundaria y se convirtió en un centro de exterminio.

En menos de cuatro años, nos explicó nuestra guía-traductora, fueron aniquilados en todo el país el 75% de los maestros, el 96% de los estudiantes universitarios y el 70%

de los alumnos de nivel primario y secundario. Fueron destruidas casi seis mil escuelas con la misma saña que se arrasó con unos ochocientos hospitales y dos mil pagodas.

La chica, que trataba de ser precisa en su español recién aprendido, se mostraba extrañamente distante al relatarnos pasajes de la odisea que encerraban gráficas, cuartos e instrumentos de tortura, y minúsculas celdas de la instalación devenida infierno.

La explicación la encontramos, de repente, ante una de las paredes tapizadas con pequeñas fotos de los que allí perecieron. Con voz temblorosa y los ojos rebosando lágrimas, nos señaló un rostro firme a pesar de las torturas, y solo pronunció dos palabras: mi papá.

RENACER

Para otros países, las cifras que llenaban de optimismo al kampucheano de entonces podrían parecer insignificantes; pero sí se conoce, por ejemplo, que las imprentas de ese pequeño país fueron dinamitadas y que la posesión de un texto era herejía que se pagaba con el desplazamiento forzoso, en el mejor de los casos. Cobran nueva dimensión los 21 títulos editados en 1985 y la tirada de más de cien mil ejemplares que tuvieron.

A la altura de 1986 había sido creado un sistema asistencial primario de 31 hospitales y 1 500 puestos sanitarios, cuando estaban frescas en la memoria las ejecuciones de 594 doctores en medicina, farmacéuticos y estomatólogos.

Mi colega en aquella región, Félix Capote, me aportó datos adicionales de la recuperación, ya que, partiendo de cero en 1979, ocho años después se tenían sembradas casi dos millones de hectáreas de arroz y 150 000 de frutos menores, se disponían de dos millones de cabezas de bovinos, más de un millón de cerdos y siete millones de aves, y ya había 60 fábricas en funcionamiento.

En el viaje por avión a Siem Reap, la tierra del legendario conjunto funerario de Angkor Vat, se constataban los resultados del trabajo en las grandes planicies arroceras, delimitadas por bosques milenarios, cuyas riquezas estaban aún por explotar a plenitud, pese a que ya producían 190 000 m³ de madera.

EN EL REINO DE VISHNU

Unos kilómetros al norte del lago Toule Sop se encuentra uno de los monumentos funerarios más fastuosos de nuestro planeta. Aunque ya no ofrece los servicios para los que fue concebido en el siglo XII, para el rey Suryavarman II, Angkor Vat sobrecoge al visitante por su majestuosidad y los milenios de historia que albergan sus recintos.

No es difícil que la fantasía se mezcle con la realidad al recorrer galerías, patios y cúpulas. Me sentí traspasar el pórtico del tiempo cuando avancé por la interminable calzada de bloques que le da acceso, salvando fosos y praderas con lujuriosa vegetación, bajo la pétrea mirada de grandes esculturas.

Las murallas protegían de intrusos y elementos las maravillas talladas en la piedra de columnas y paredes. Las leyendas y mitología del reino Khmer me hacían olvidar por unos instantes la palpitante actualidad que quedaba afuera.

La culminación de ese Palacio del Silencio son sus cinco hermosísimos templos en forma de pirámides, a cuyas cimas solo se llega tras una escalada no apta para hipertensos.

Las obras de arte que cubrían cada pulgada de su kilómetro cuadrado de edificaciones eran de inspiración y simbología hindú, aunque la mano khmer estaba presente en cada detalle.

Imposible de describir las sensaciones dejadas por aquel deambular por la historia remota de un pueblo de gran talento. Aún hoy –pasados casi tres lustros de aquella jornada– me despierta respeto y admiración recordar el colosal templo de Bayon, flanqueado por gigantescos rostros humanos, cuya réplica supervisa mis palabras desde lo alto de un librero en mi hogar.

SOLO UNA CONCLUSIÓN

De los múltiples problemas vigentes durante mi visita, a finales de 1986, el más grave continuaba siendo el hostigamiento basado en territorio tailandés, y que en forma de bandas armadas impedían la paz necesaria para la total reconstrucción kampuchea. La zona de Seim Reap era una de las más asediadas.

Las tropas vietnamitas aún servían de contén a las apetencias de retorno de una amplia gama de opositores a la opción socialista. El tiempo, negociaciones y la búsqueda de puntos comunes con los menos recalcitrantes viabilizaron alternativas de solución.

Algunas cosas, sin embargo, quedaban claras, ya que las secuelas de aquel agravio genocida a la humanidad que fue Kampuchea bajo el binomio Pol Pot-Ieng Sary subsistirían durante muchas generaciones.

Incluso los que hemos visto los campos de concentración nazis convertidos en mudos museos del horror sentimos multiplicado el asco y el desprecio hacia quienes pretendieron en aquel rincón indochino erradicar la familia, los sentimientos y la conciencia de su propio pueblo.

El análisis de los derroteros políticos posteriores trasciende el objetivo de esta pincelada. Una sola conclusión parece insuperable por los avatares actuales y venideros: allí no volverán jamás a tener cabida las mentes enajenadas que concibieron, en pleno siglo XX, el brutal regreso a la edad de las hordas.

PANAMÁ

MIGAJA AMARGA

Aún faltaba algún tiempo para utilizar la fuerza militar, pero la invasión norteamericana era ya realidad más que subjetiva. La impresionante vía acuática constituía una muestra palpable.

No fue mucho lo que pude apreciar de aquella espumante nación tan cercana a nuestra idiosincrasia y geografía, pero lo que vi y conocí en 1988 me bastó para constatar y explicar muchas de las cosas conocidas de lejos.

Aunque estuve allí solo un par de días, fueron suficientes para advertir que la importancia estratégica del complejo mecanismo llamado Canal Transoceánico y la omnipresencia norteamericana justificaban las serias dudas sobre el futuro de Panamá.

Muchos coincidían en lo improbable que Estados Unidos cumpliera sin trabas el tratado de 1977, que les arrancara Omar Torrijos. Faltaba todavía más de una década para ello, y una jugada –política, diplomática o militar– podría variar a su favor aquel histórico acuerdo.

Nunca antes Washington se había marchado por las buenas de algún lugar que les interesara, aunque un Vietnam canalero era muy improbable habida cuenta de muchas cosas, entre ellas correlación de fuerzas, cercanía y poder de manipulación.

Cómo escribir ahora de premoniciones y el exitoso paso del canal a la soberanía panameña obviando que la peor de las alternativas evaluadas hasta finales de 1989 se consumó con un alto costo de vidas y bienes, impunidad internacional vergonzosa y consecuencias impredecibles para la soberanía, no solo panameña.

Sin embargo, aun cuando mi paso por el istmo ocurrió dieciocho meses antes de la invasión yanqui, su presencia tenía claras marcas y sellos de hegemonismo inconfundible, prepotencia solo mermada un poco, luego, por una resistencia más heroica y desesperada que organizada y las bajas que les ocasionó a las tropas agresoras.

En el *canal zone* me recreé con el lente en busca del testimonio gráfico. El auxilio de mi anfitrión, Raimundo, fue decisivo para palpar las esclusas de Miraflores –con su nombre en inglés–, otear a la distancia las de Pedro Miguel y el corte Gaillard, y comple-

tar el tránsito de un buque japonés hasta pasar por debajo del majestuoso Puente de las Américas.

Aunque no conocí el puerto de Cristóbal ni la bahía de Limón, accesos a las compuertas atlánticas de Gatún, fue suficiente haberme sentado en el mirador para visitantes de Miraflores –la puerta al Pacífico– para captar un ambiente peculiar.

A pesar de haberse iniciado lo que en el país llamaban el *revertimiento* de la vía interoceánica (entregar paulatinamente la instalación a las autoridades panameñas), la mentalidad imperante, incluso la expresión oral entre los nacionales, era anglosajona.

Desde los operadores de los «caballos de hierro» o «mulas», indispensables para conducir las naves por los pasos, hasta el guardián que atendía a los curiosos, todos se comunicaban entre sí en el idioma del amo, aunque este se encontrara en aparente retirada. Esto sucedía incluso cuando salían rumbo a sus hogares, fuera de las instalaciones.

La presencia del neocolonizador era visible no solo en sus bases y cuarteles, soldados y turistas. La arquitectura de muchas edificaciones –más allá de las relacionadas con el canal–; los anuncios comerciales e incluso el dinero circulante en billetes tenían procedencia nortea. La presencia del neocolonizador era visible no solo en sus bases y cuarteles, soldados y turistas. La arquitectura de muchas edificaciones –más allá de las relacionadas con el canal–; los anuncios comerciales e incluso el dinero circulante en billetes tenían procedencia nortea.

Una emisora de televisión propia y varias de radio –*made in USA*– daban un enfoque caprichosamente intencionado al acontecimiento local, y luego servirían para desinformar, manipular y avasallar psicológicamente durante y después de la invasión.

En el caso del canal, la propaganda de su oficina de información lo exaltaba como una de las grandes hazañas pacíficas del hombre (que en ese texto era sinónimo de estadounidense), en aras del progreso mundial, al parecer sin mediar intereses geopolíticos ni económicos de sus gestores.

Más claro lo señalaba cuando exponía: «La empresa contó con el ingenio y el apoyo del pueblo de Estados Unidos, sin los cuales, como dijo el presidente Teodoro Roosevelt, el canal jamás hubiese sido construido».

Pleno de detalles (80 km de largo, tres sistemas de compuertas que elevan y bajan las naves y otros datos para turistas), había que buscar entrelíneas algunos elementos para la reflexión.

Por un lado, concluida en diez años (1903-1913), la obra costó 387 millones de dólares. Fueron invertidos posteriormente, según sus dueños unos tres mil millones más, de los cuales –decían en 1985– ya se habían recuperado dos terceras partes.

Por otro, en ese año, 12 766 barcos que lo transitaron pagaron más de treinta millones de dólares de peaje. Una simple operación aritmética, si las cifras eran de fiar, indicaba que las ganancias netas que dejaba la vía resarcirían ampliamente la inversión, de cumplirse la transferencia el 31 de diciembre de 1999.

Pero el asunto, más que radicar en beneficios monetarios, ha tenido que ver sobre todo con el dominio estratégico-militar de la puerta de comunicación rápida entre los dos grandes océanos, algo que ha determinado en la mentalidad belicista de sus ejecutores, no obstante los tiempos podían ser de relativa distensión a nivel mundial.

El menosprecio que sentían los ocupantes por los habitantes locales se ponía de manifiesto también cuando se visitaba la playa Veracruz. El camino más corto, y el habitual desde la capital, era atravesar la base Howard y el fuerte Kobbe, instalaciones militares extrañamente abiertas al tránsito de foráneos.

Aunque había visto de pasada y desde el exterior los fuertes Amador y Clayton, sin mucha vigilancia aparente en esa época, me sorprendió la forma tan natural, y sin detenernos, cómo pasamos en auto ante la garita del ejército estadounidense, en el límite de Howard, y nos desplazamos entre modernas barracas, villas de oficiales, locales de diversos tipos e incluso por el borde de una pista de aterrizaje.

Recordé mucho después aquel recorrido, cuando por ese enclave desembarcó el grueso de las tropas que hipotecarían la soberanía panameña durante el futuro cercano.

Lo que se podía interpretar como gesto de supuesta confraternidad y confianza hacia la población autóctona, me dejó un extraño sabor a migaja amarga, de las que se les tiran a los gorriones inocentes para que no huyan cuando, llegado el momento, se les desee cazar.

PANAMÁ II

UNA NUEVA MIRADA

Finalizando el siglo volví a tierra panameña. El último relato que he escrito para este libro contiene nuevas valoraciones de lo allí encontrado, un panorama aún más complejo que el anterior debido a espejismos y peligros latentes *made in USA*.

Patria Entera fue el nombre que le dio Rubén Blades al concierto con que saludó el rescate de la soberanía panameña sobre los 1 432 km² que dividieron la república desde su nacimiento, el enclave colonial más oprobioso del siglo. Pero con ese acto no todo había concluido...

Estados Unidos está presente aunque no lo proclame abiertamente. Se siente, por ejemplo, en la conversación en inglés entre los panameños del canal. A uno le pregunté, y su respuesta, algo titubeante, se refirió al interés en no perder el idioma extranjero. Quizás ni se daba cuenta que utilizaba la lengua del antiguo dueño, o que lo sentía aún en la estratégica vía acuática, ahora en manos nacionales.

Llegué a Panamá en vísperas de la X Cumbre Iberoamericana, a un nuevo encuentro de periodistas de esa curiosa región bicontinental.

No me referiré ni a la reunión propia ni a la cumbre y sus consecuencias, que estaban desarrollándose cuando concluyo esta nota. Solo quiero detenerme en el país anfitrión y complementar las impresiones de la primera visita ya narrada.

Por eso he dejado casi inalterado el relato escrito a principios de la década del noventa para que refleje las sensaciones, contradicciones y paradojas que percibí entonces, y hoy subyacen de diversas formas.

La voluntad mayoritaria de los panameños, el amor por su tierra y su bandera, están en las realidades que los estadounidenses tuvieron que enfrentar para, finalmente, dejarles el canal a Panamá.

Al comenzar el siglo XXI no han podido tener éxito en variantes y fórmulas propuestas para estar militar y públicamente presentes en el estratégico istmo, y así compensar el perdido control de la vía acuática. Pero no por ello todo está resuelto.

DENUNCIAS

Una amiga de las verdaderas, Normita Núñez, me ayudó a confirmar presunciones y a profundizar en la realidad real, no la virtual. Ella escribió que «la reversión del canal y sus áreas aledañas había sido tormentosa, traumática y a despecho de Estados Unidos».

«No se van», dijo un ex coronel panameño al asegurar que un número indeterminado de soldados norteamericanos, vestidos de civil, seguían en Panamá operando el complejo de comunicaciones satelital de Corozal, valorado en más de setenta millones de dólares.

Apunta Norma que en esa instalación, a la que no han tenido acceso los panameños, existe un banco de información de inteligencia, altamente clasificada, que para Washington es de seguridad nacional. Allí no se arrió la bandera de las barras y las estrellas el 31 de diciembre de 1999.

Además, la soberanía panameña en su conjunto ha sido limitada, como lo fue la independencia cubana por la Enmienda Platt. El Tratado de Neutralidad suscrito entre Estados Unidos y las autoridades del istmo permite, en la interpretación norteamericana, que ese país pueda intervenir en Panamá en caso de una amenaza exterior.

Para nadie allí fue un secreto que Washington presionó fuertemente para que fuera firmado, además, un acuerdo de intercambio de información. No les hizo falta, finalmente, porque la propia presidenta Mireya Moscoso se encargó de tranquilizarlos al decir en la ceremonia de traspaso: «Si hay algún peligro para el canal, lo diremos al mundo, muy especialmente a Estados Unidos».

Esa espada sobre el cuello panameño no tendría que esperar presuntas agresiones extracontinentales. Bajo el pretexto de operaciones de la guerrilla colombiana y amparados por el Plan Colombia, Estados Unidos empieza el siglo XXI queriendo meter sus garras armadas en la región.

TIERRA EXPLOSIVA

Otro aspecto de su presencia cobra vidas con dramática frecuencia. Se trata de las municiones sin explotar que hay en más de tres mil hectáreas contaminadas con explosivos militares que sus responsables se han negado a sanear con el argumento de que «son sitios de difícil acceso y no existe tecnología para efectuarlo».

Nos indicó Norma que entre los sectores contaminados figuran los sitios de defensa utilizados por Estados Unidos durante la segunda guerra mundial, donde se realizaron pruebas con armas químicas o se almacenaron elementos tóxicos, entre ellos el temible y letal gas sarín.

Los habitantes de ese «país de los polígonos» no pueden olvidar que hay 110 000 unidades de municiones vivas desperdigadas en su territorio. Con sustituir el *No trespassing* por *Prohibido permanentemente el acceso al público*, no se ha resuelto el problema.

Un técnico en municiones, retirado del ejército de Estados Unidos, denunció que su gobierno no ha entregado información a Panamá sobre los sitios, en las áreas revertidas, donde hay armas químicas enterradas.

Esa latente bomba múltiple y dispersa de pronto da muestras de su existencia. Así le costó la vida al adolescente Kelvin Pérez, que explotó en Río Hato, o a otro que voló por los aires mientras plantaba una parcela en una clase de agricultura, o –escribió Normita– «a Pedrito, quien sembrando una flor, cosechó una estrella, esparcido junto a ellas en el infinito».

ALBANIA

ATENTADO A LA SOBREVIVENCIA

La mirada curiosa se enfrentó a una nación desdibujada por la bruma de una masiva propaganda adversa. Ni paraíso ni infierno, una realidad peculiar en la que conocí un antiejempro, anticipo de una crisis.

Navegar contra la corriente requiere esfuerzo de colosos. Más compleja es la maniobra si se acomete sin apoyo, en dramática soledad solo soportada por una combinación de orgullo nacional, tradición guerrera y objetivos populares.

La descripción encaja en la Cuba de la década del noventa, y podía caracterizar a Albania hasta los albores de esa década. En aquel curioso islote al occidente de los Balcanes, frontera y corredor histórico de otomanos, itálicos y muchas otras etnias, se encontraban muestras de soberanía que hacían de aquel pueblo algo singular.

Llamaba la atención que entre aquellas soberbias montañas, fértiles valles, hermosas llanuras y playas mediterráneas, el pueblo albanés se hubiera forjado asimismo en el crisol de centenarios combates.

Como es habitual, durante una breve visita fue imposible encontrar la verdad a primera vista. Por ello solo me circunscribí a tomar nota de lo visible, un poco más allá de lo que presentaban unos solícitos anfitriones, por su parte plenos de curiosa amabilidad con una de las pocas delegaciones extranjeras que eran atendidas por aquellos días.

En el caso de la capital albanesa, Tirana, relaté poco después que «exenta de lujos y ornatos fastuosos, muestra sin vergüenza la modestia de un país austero pero independiente, acostumbrado a vivir en permanente alerta y a valerse por sí mismo».

No era de extrañar que allí descollara, por lo inusual, el poco movimiento de automóviles, ya que en el país no existían vehículos particulares, o que los escaparates de las tiendas ofertaran menos variedades de artículos que en otros países europeos.

El concepto *vida albanesa* que se nos mostraba aparentaba tener patrones que trascendían el culto al consumo, y que se expresaba en una existencia alejada de los criterios cosmopolitas occidentales.

En la capital, con un cuarto de millón de habitantes, predominaba el transporte colectivo y la bicicleta, lo que permitía al país autoabastecerse de combustible, porque lo destinaba a usos sociales, incluida la producción.

La población, a espaldas de la última moda de París o Nueva York, contaba con una habitación estable y adecuada para un clima que puede descender bajo cero centígrado en invierno.

Tuve la oportunidad de ver mucho en aquellos pocos días de finales de 1989, al coincidir y reportar la estancia del canciller cubano, Isidoro Malmierca.

Más que históricas fortalezas-museo o el sobrio mausoleo funerario del legendario héroe Gjergj Kastrioti-Skenderbeu, fue una singular boda en un castillo lo que más sentí que me acercaba a la raíz de toda nación: su pueblo.

Así narré la experiencia: «Curiosos, como buenos turistas, irrumpimos sorpresivamente en el gran salón del Castillo de Berati. Todos nos miraron extrañados, casi sorprendidos al sabernos extranjeros, pero la fiesta, la de bodas de una pareja albanesa, lejos de detenerse aumentó su algarabía».

Finalizábamos la jornada, ese domingo de noviembre, tras recorrer las pulcras y agradables calles de Berati, ciudad-museo del sur albanés a orillas de un riachuelo que, como buen río de montaña, el Osum, adquiriría plena dimensión en los deshielos de la primavera boreal.

Solo nos restaba admirar el paisaje intramontano de valles y cúspides cuando, sin advertirlo, desembocamos en una plazuela del castillo-centinela, una de las joyas arquitectónicas del medioevo, ambientada por la música de un grupo local.

Como Hamelín con su flauta, las contagiosas melodías nos atrajeron a una edificación de donde entraban y salían niños, jóvenes y viejos, igualados todos por los trajes de fiesta y la alegría en sus rostros.

Nuestra condición de forasteros la proclamaba la poca familiaridad con la que entramos en aquel recinto donde baile, risas y conversaciones dejaron de girar, de pronto, en torno a los felices recién casados.

Tras unos instantes de embarazo e intercambios de miradas, cuando nos disponíamos a retirarnos arrepentidos de haber interrumpido el jolgorio, con la magia que produce la hospitalidad, aparecieron espacios y sillas desocupadas en la mesa principal, platos de apetitosa comida y la imprescindible copa de raki, el aguardiente nacional: de extraños pasamos a ser huéspedes de honor.

Allí bailamos la música, desde la folclórica hasta la internacional más actualizada, brindamos con frecuencia aterradora por la felicidad de los cónyuges y practicamos múltiples formas de comunicación, incluidas las señas, para consolidar una identidad que trascendió la simpatía al solo hechizo de una breve palabra: Cuba.

Bajo las protestas de novios, familiares y amigos nos retiramos al poco rato para regresar a la capital, llevándonos la sensación de haber sido parte del pueblo albanés por un par de horas.

EL ANTIEJEMPLO

Las narraciones de aquellos años parecen superadas por vertiginosos acontecimientos posteriores, que transformaron incluso conceptos que se nos habían presentado como verdades eternas.

Sin embargo, como en muchos otros episodios de este libro, tras los fenómenos más recientes hay válidos hilos conductores que impiden la negación rotunda de lo vivido anteriormente, aunque no haya explicaciones sencillas ni pretendamos tampoco brindarlas aquí.

En el caso de esa nación balcánica, tuve la oportunidad de constatar una de esas contradicciones necesarias de estudiar cuando el paso del tiempo permita apreciar la dimensión real de los acontecimientos y sus causas.

El caso en el que pienso es el del más insigne escritor albanés contemporáneo, con quien compartí una cena y velada en la etapa de una sociedad socialista orgullosamente cerrada, la cual lo admitía, admiraba e incluso veneraba a pesar de permanecer la mayor parte de su tiempo y cosechar sus frutos económicos en Francia.

La paradoja de la situación era mayor al oír a ese intelectual, novelista de amplísima y multitraducida obra en el occidente político de entonces, cuando razonaba y fundamentaba con patriótica convicción la forma en que su país y gobierno monopartidista enfrentaban asedios, ataques e injerencias foráneas.

Pensé entonces en esa rara simbiosis político-intelectual como una muestra de las posibilidades humanas de aceptar y hacer suyos ideales, métodos y proyectos de una sociedad, mas allá de intereses individuales. Antes de concluir 1990 tuve que eliminar como ejemplo de ese razonamiento al personaje de mi reflexión.

También, en contradicción con lo normalmente esperable, los primeros atisbos de concesiones a fuerzas internas impugnadoras hicieron a Ismail Kadare saltar al extremo de los inconformistas y proclamar que se «refugiaba» en París, donde residía realmente desde hacía un par de décadas. Desde allí denunció presuntas intransigencias de Tirana en los precisos momentos en que esta dejaba de serlo. ¿Inconsecuencias, veleidades oportunistas, realización de ocultas ambiciones pequeñoburguesas...? Muchas podrían ser las etiquetas para el aleccionador antiejempro que conocí en aquella velada albanesa.

Cualquiera que sea la verdadera fórmula, el ingrediente de deshonestidad le da el mayor sabor, porque en algunos de los momentos de su trayectoria la hipocresía lo marcó. Si fue antes o ahora, es lo menos importante.

Este relato finaliza sin conclusiones ni moralejas. Quizás refleje la ansiosa confusión que ahora, y durante un buen trecho, acompañará el intento de explicarse fenómenos sin antecedentes. ¿Hasta dónde los líderes albaneses de entonces encarnaban, interpretaban y educaban a su pueblo? Esa, como muchas otras preguntas, tendrán que ser respondidas por las futuras generaciones de revolucionarios en ese país y actuar en consecuencia.

Estamos enfrentados, también en el caso albanés, a la maduración de una historia ahistórica que cobró cuerpo día a día, sin que uno comprometa la lógica del próximo.

Las enseñanzas de cada caso, como este, nutrirán la corriente principal del pensamiento progresista del siglo XXI. La del país de las águilas mostrará el valor del esfuerzo propio para la sobrevivencia de una pequeña nación aislada y los atentados que la pusieron en crisis.

BELGRADO

CUMBRITA

La novena cita cimera del movimiento más vasto y heterogéneo de nuestra época tuvo entretelones, anécdotas y episodios muchas veces no recogidos en su memoria oficial. Estos son solo algunos de ellos.

La sonrisa de agradecimiento de una hermosa niña nos recordará siempre los esfuerzos realizados en la cita belgradense de 1989 para que el Movimiento No Alineado consolidara su voz y voto en busca de un mundo de opciones iguales para todos.

En la misión de soportar un aluvión de casi diez mil visitantes simultáneos y albergar un maratón de reuniones sucesivas durante diez días, Belgrado salió triunfante.

La IX Cumbre comenzó para algunos nueve días antes de lo programado, cuando escribí que «organización y previsión se dan la mano en esta capital para lograr un inusual ambiente de tranquilidad antes de encuentros de categoría mundial».

La capital yugoslava vivía con normalidad sus últimos días de vacaciones. La población llenaba calles peatonales como la céntrica Skardalia, cuyos jardines y cafeterías al aire libre rebosaban de jóvenes hasta altas horas de la noche.

En el Sava Centar, colosal complejo de edificaciones en el bulevar Drugi y calle Popovica, límite del nuevo Belgrado, se pulía, limpiaba, ordenaba y reponía a toda hora, sin prisas pero sin olvidos.

Allí se puso a prueba, como en cada cita cimera del movimiento, la capacidad para enfrentar nuevas realidades sin perder su esencia ni la unidad en la diversidad, imprescindibles para consolidar su papel internacional. Los impulsos posteriores hacia el mundo unipolar harían más inestables y frágiles los avances allí logrados.

La atmósfera política estuvo precedida por un clima caprichoso. De cielo despejado y sol casi tropical, que obligaban a la vestimenta ligera e informal, se pasó al gris húmedo del otoño europeo, del cual muchos pensaron librarse.

Coincidió la presencia de torrenciales lluvias con la llegada de las credenciales, breves solapines con fotos en colores en los que más se destacaba por su tinte el término Polaroid que Beograd 89.

Una suma de experiencias disímiles comenzó a llenar la agenda de los recién llegados: desde el curioso sabor terroso del café preparado al estilo turco hasta las peripecias con la moneda local.

Para los acostumbrados a valores nominales pequeños en sus billetes, convertirse en millonarios al cambiar en dinares solo unos cuarenta dólares resultó sensación insólita en el continente europeo, únicamente compartida entonces con los italianos y sus liras.

Un gran quebradero de cabeza representaron las conversiones que tuvieron que hacer los amigos del café para apreciar si una taza por cinco mil dinares sabía peor porque resultaba más cara que en su país.

En aquellas operaciones monetarias aprendimos que no solo el cero a la izquierda carece de valor, si no que, en lugares como aquel, también casi pasaba lo mismo con cuatro a la derecha.

PREPARATIVOS

Una característica de los preliminares fue el amplio volumen de enmiendas que llevaban las avanzadillas de las delegaciones al más alto nivel, para que fueran tomadas en cuenta en los discretos y breves proyectos presentados por los anfitriones.

Un sobresalto de esa etapa lo sufrieron algunos colegas con las comunicaciones internacionales, que no estaban a punto a pocas horas del comienzo de las sesiones de expertos, en las cuales comenzarían a «cocinar», en la jerga habitual de cualquier gran conferencia, lo que sancionarían los titulares.

La organización local dejó para el final el montaje de diversas facilidades, que para los que ignorábamos su estilo, tardío pero seguro, nos hizo poner en duda incluso que las máquinas de escribir aparecieran para los periodistas. Aún las computadoras eran cosa de una aristocrática minoría.

Un ligero percance de un compatriota, afamado cineasta, dio la alarma en otro plano: había que contar con óptima salud durante toda la conferencia debido al costo de los servicios médicos.

Aunque el dinar se devaluaba continuamente, el día que daban 28 555 por dólar Santiago Álvarez tuvo que abonar 100 000 por una ligera cura nasal, tras un resbalón sin mayores consecuencias.

En la fecha, incorporé el incidente en una crónica: «Ni la gitana que lee el porvenir en las líneas de la mano, con ayuda de una computadora, en la peatonal Skardalia, pudiera haberle anticipado al conocido colega tan insólita bienvenida a la capital de la cumbre».

Cuando se desencadenó, con orden y precisión, el huracán de los preparativos tuve que recordar la fama de cronometrados de los germanos, ya que los anfitriones yugoslavos lograron en pocas horas darle sabor de sede mundial al Sava, como ya todos le decíamos al gigante a orillas del río homónimo.

Ya se anunciaban 172 delegaciones de países y organizaciones miembros, observadores e invitados, y se declaraba todo listo para que al día siguiente los expertos comenzaran sus trabajos.

Como colofón de esa víspera, los insólitos ladridos de canes amaestrados, resonando en paredes y techos de este coliseo de las palabras –desde donde escribía–, anunciaban que los últimos preparativos, los de la seguridad, estaban también por concluir.

APERTURA

Generalizar la conciencia de que los países subdesarrollados no sean solo espectadores, sino activos partícipes en las dinámicas decisiones de la sociedad contemporánea, era uno de los objetivos primordiales del encuentro belgradense.

Con ese criterio presente en numerosas delegaciones comenzó lo que debía ser un rutinario preludeo del encuentro de cancilleres, especie de asalto de estudio en el boxeo de la política internacional, y que devino agudo momento de definiciones y expectativas.

Entre ellas resaltaron la decisión panameña de retirar su objeción a que Venezuela ocupara un escaño como el miembro latinoamericano número 18, y que los grupos regionales, a los que se pensaba soslayar por supuestas propuestas modernizadoras, se reunieran desde el mismo comienzo.

Las fricciones latentes también se reflejaron al ser propuesto que el subcontinente americano contara con una vicepresidencia más, lo que promovió el primer gran cabildeo interregional, sesiones extraplenarias que habitualmente se desarrollan en pasillos, saloncitos y cafeterías durante este tipo de foro.

Las negociaciones, desde el principio, se avizoraron complejas e intensas, como en anteriores citas, lo que resultaba lógico por la multiplicidad de intereses que los No Alineados buscaban conjugar en función de principios esenciales.

Aunque aquella jornada fue lo suficientemente intensa como para que a varios se les olvidara almorzar, lo que venía bien a algunas siluetas poco estilizadas, el frío, la humedad y la lluvia, implacables durante todo el día, quitaban deseos de desafiar el exterior del centro de convenciones.

Así se llegó al 1 de septiembre, cuando la mitad de los cancilleres que lograron hablar en las dilatadas sesiones apuntaron limitaciones a la Declaración Final. Incluso hubo un representante africano que la demolió párrafo a párrafo.

Ya se avizoraba una IX Cumbre poco monótona, lo que se ratificó cuando aplausos salteados y un bosque de brazos en alto pidiendo nuevamente la palabra fueron las dispares reacciones a la pretensión de concluir abruptamente los debates de la segunda parte del capítulo ministerial.

La madrugada europea fue testigo de la prolongación de esta fase, la cual finalizó gracias a una fórmula típicamente no alineada: fue creada una comisión llamada Amigos del Presidente, que propondría una variante del proyecto posible de alcanzar el consenso, y así evitar que las discrepancias afloraran a nivel cimero.

Mientras tanto, entre las cosas que se comentaron sobre los nuevos sistemas de información y cómputo que disponían el complejo del Sava y el anexo Hotel Intercontinental, estuvo el incidente provocado por una computadora que se negó a cobrar una sopa.

En el restaurante del moderno Inter, los camareros hacían los pedidos a través de un supuestamente infalible ordenador portátil. Ese día, quizás mareado por los exquisi-

tos olores, el equipo no incorporó a la cuenta de un delegado latinoamericano el importe de un caldo ingerido en el almuerzo.

El honesto cliente, al querer pagar lo que le correspondía, obtuvo del confundido camarero la poco usual respuesta de «no podemos cobrárselo porque no está en la nota».

Un poco para tratar de salir del computarizado y engorroso asunto, al empleado solo se le ocurrió tranquilizar al usuario diciéndole: «No se preocupe, en la cocina hay más sopa».

MEDIO JUEGO

La efectividad del reducido y variado grupo llamado Amigos del Presidente logró una cuarta versión aceptable de la Declaración General, a escasas horas del inicio de la IX Cumbre. Con ella parecía no ser necesario forzar el consenso.

En los matices de cuáles serían las tareas futuras, sin embargo, había tantas diferencias como las observadas en el virtual desfile aeronáutico que se pudo presenciar en el aeropuerto belgradense, donde el avión especial del reino de Jordania, en negro y dorado con una gigantesca corona en la cola, se codeaba con otros más modestos de la Royal Nepal Airlines y Cubana de Aviación, y los *jumbo* de línea de la Pan Am.

El visitante que más expectación causó en aquella jornada de arribos fue el carismático y controvertido líder libio Muammar El-Kadhafi. Su conferencia de prensa se celebró, tras súbitas cancelaciones, en la gran tienda levantada en los jardines de la embajada de su país en la capital yugoslava, cerca de la cual pastaban las camellas llevadas expresamente para garantizar el desayuno del mandatario.

Otro hombre-noticia, a pesar de no asistir a la conferencia, fue el presidente de Cuba. Al respecto advertí que «tanto presente como ausente, el líder cubano, Fidel Castro, se mantiene hoy como noticia prominente en el ámbito del Movimiento No Alineado».

El primer vicepresidente, Raúl Castro, había explicado a su llegada que el mandatario cubano no asistía a la conferencia por «razones de trabajo y situaciones complicadas en nuestra área geográfica». Con ello mostró estar mejor informado sobre los planes contra Panamá que las propias autoridades de ese país, invadido tres meses después por tropas norteamericanas.

LA PROFESIÓN

Para los periodistas, la cumbre fue una fiesta de frenético y privilegiado trabajo, ya que en pocas ocasiones se tiene la oportunidad de reportar, con escasos minutos de diferencia, opiniones y sugerencias de hombres que dirigían naciones tan disímiles como Perú y Bangladesh, por poner solo un ejemplo.

Al margen de las ideas expuestas, como todo día de estreno, el nerviosismo y la tensión acumulada se reflejó en los pequeños detalles. Para comenzar la jornada logramos el récord negativo de avanzar unos setenta metros en treinta y cinco minutos para franquear la única puerta por la que 2 000 reporteros y similares debíamos ingresar en el Sava Centar.

La gruesa fila de tres o cuatro en fondo logró mantenerse disciplinada, a pesar de algún recién llegado que se pegaba a sus amigos sin colocarse al final, porque el clima se portó clemente y la lluvia de días anteriores no hizo acto de presencia.

Una colega describió como proeza de fortaleza física el empeño de fotógrafos y camarógrafos por intentar acceder al plenario, todos al mismo tiempo, durante los cinco minutos reglamentados. Era obvio que ninguno quería perderse la principal escena: la apertura de la conferencia.

Los que seguíamos las incidencias por el centenar de monitores que salpicaban salas, pasillos, cubículos y oficinas, pudimos apreciar sin empujones los abrazos del peruano Alan García con el tanzano Julius Nyerere, los coloquios preliminares de Yasser Arafat e incluso el impecable traje gris oscuro de Raúl Castro.

Sin embargo, nuestra alegría inicial se trocó en amargo correcorre cuando, por esos lapsos de los hombres que hacen inservibles los equipos más modernos, la traductora de la cabina al español no movió la llave requerida y nos dejó sin audio cuando hablaron el mandatario peruano y el argentino Carlos Saúl Menem.

Como polillas conocedoras de ese vasto laberinto desde donde reportábamos, ante los fallos de la técnica apelamos al rincón mágico: en una esquina de la cafetería anexa al centro de prensa, un ignorado televisor brindaba las sesiones con cámara fija y sonido directo de la plenaria.

Ahí el récord fue inverso al de la mañana. Alcanzamos en fracciones de minuto el tesoro menospreciado por los cotilleadores de bar, esquivando banquetas, olvidando puntiagudas esquinas y pidiendo disculpas a los que pacíficamente hablaban del deterioro del dinar ante el dólar, cuya cotización ya alcanzaba los 32 000 por uno.

Entrábamos así en el medio juego del ajedrez no alineado. En la última nota de aquel día concluí advirtiendo que «si logramos dar una buena información, solo lo dirán los jefes de planas y espacios; pero se puede asegurar que aunque nadie mañana nos lea, hoy nos divertimos, profesionalmente hablando, porque logramos ver y reportar, no obstante los inconvenientes, desde majestades hasta presidentes, en un maratón informativo que concluyó con el siguiente punto».

MÁS QUE SIMPLES DETALLES

Al día siguiente, Muammar El-Kadhafi pudo haber sido la noticia insólita de la cumbre si lo hubieran dejado llegar en su caballo blanco a la sede de la reunión.

Las normas de protocolo que al parecer le obligaron a trasladarse en auto al Centro de Convenciones no impidieron que acaparara la atención de la segunda jornada por diversos y hasta paradójicos motivos.

Aunque algunos insistieron en aspecto exóticos, los planteamientos del líder libio apuntaron a temas medulares de la actualidad internacional, incluida la necesidad de democratizar las Naciones Unidas.

Si la inusual presencia de una decena de guardianes personales junto al estrado, entre ellos tres bellas jóvenes, distrajeron inicialmente al auditorio, la oratoria ganó su atención con una singular combinación de sobriedad e ironía, reflejo de sabiduría y carácter que hasta sus detractores respetan.

Junto con los de El-Kadhafi, fue una jornada de fuertes y definitivos pronunciamientos, como los de Raúl Castro, Rajiv Ghandi, José Eduardo Dos Santos y Sam Nujoma.

La media del resto de los oradores fue reflexiva, pero no trascendió lugares comunes que se reflejaban en los proyectos de documentos, los cuales ya habían sufrido casi dos centenares de modificaciones.

Los discursos, por momentos rutinarios, los múltiples contactos informales, la recepción que ofrecería esa noche el presidente saliente del movimiento, Robert Mugabe, y otros acontecimientos habituales en esas maratónicas conferencias, diezmaron la plenaria desde la sesión de la tarde.

A través del circuito cerrado y, al día siguiente, por la agudeza de los fotógrafos de los diarios, se descubrían plácidos rostros en siesta vespertina, filas desiertas de delegados y lectores de periódicos, ajenos a lo que exponían los oradores de turno.

Lo curioso de todo es que nadie parecía molestarse por la falta de atención a altas horas de la noche. Exponían sus criterios con vehemencia o parsimonia, lo mismo en la sesión matutina, nutrida y atenta, como en la de medianoche, en la que solo los muy amigos y allegados resistían el sueño y el cansancio.

En la caza de detalles inadvertidos, los reporteros nos fijábamos a veces en lo intrascendente. Por ello no extrañó que un colega abortara un sesudo análisis entre periodistas latinos cuando preguntó cómo se las arreglarían los árabes para resolver necesidades urgentes cuando visten, como sucedía allí, sus abundantes prendas típicas. Trató de descubrirlo en una ocasión, según confesó, pero el sujeto de su indagatoria utilizó un privado y frustró sus afanes de fisgón.

A PUNTO DEL FINAL

El 6 de septiembre Iraq e Irán, y Afganistán y Paquistán, dieron sabor de boxeo verbal a la semifinal de la reunión cuando se criticaron y refutaron recíprocamente.

En los dos extremos del día, los delegados paquistaníes prolongaron la sesión anterior hasta avanzada la madrugada con su réplica al presidente afgano, Najibullah, mientras que los iraquíes e iraníes extendieron la sesión final reprochándose mutuamente faltas de todo tipo.

Los debates continuaron, sin embargo, en las comisiones política y económica, cuyos miembros no pudieron asistir esa noche a la gala de la ópera brindada a las delegaciones asistentes.

Supusimos que muchas majestades y excelencias hubieran preferido cambiar su butaca acolchada en el céntrico edificio cultural por un palco de pie en el principal estadio belgradense donde se disputaba, al mismo tiempo, un partido de fútbol entre Yugoslavia y Escocia.

La mayoría de los expertos económicos, cuya labor se reanudaba a la medianoche, disfrutaron frente a los monitores convertidos en simples televisores y, olvidando los hábitos diplomáticos, corearon y silbaron las buenas jugadas y las malas decisiones del partido.

La tensión aumentaba en las discusiones del grupo latinocaribeño sobre la inclusión de un párrafo sobre Panamá y la especulación acerca de los aspirantes a la inter-

cumbre ministerial de 1991. La conclusión la ofrecí en un último párrafo semideportivo: «Mañana sabremos la verdad sobre ese y otros asuntos: será la jornada final de la cumbre. Por ahora solo podemos afirmar que Yugoslavia está de fiesta. Acaba de ganarle a Escocia tres goles a uno».

FINAL Y EPÍLOGO

Lo que debía haber constituido el último capítulo, no lo fue, como se suponía. Al finalizar el día 7 quedaban aún algunas incógnitas, entre ellas el lugar donde se celebraría la próxima ministerial.

El Buró de la Conferencia, integrado por 25 miembros plenos, resumía en sesión cerrada los puntos candentes que no habían tenido solución.

Los debates no dejaban margen para nuevas dilaciones. Había que adoptar decisiones, ya que allí estaban, o habían estado, 63 mandatarios del movimiento y otras relevantes autoridades.

Una alta personalidad consultada dijo que si ellos no eran capaces de resolver diferendos de carácter técnico, cómo se les podría dejar a los cancilleres que los decidieran en una reunión, dos años después.

Una vez más, el litigio por las sedes estuvo presente y empañó cualquier modernización, si esta significa agilidad y clausuras tempranas de esas complejas conferencias.

En esos momentos relaté, al borde de una crisis de impaciencia, que «como suponía, esta crónica no podrá ser la última sobre la IX Cumbre. La hora en que terminará impide aguardar más...». Y puntualizaba: «Mientras se termina lo casi interminable (han pasado cuatro horas de la anunciada clausura y aún el plenario está vacío), la lluvia de documentos de la cita comienza a inundar mesas, pasillos, buroes y portafolios. De los 18 proyectos originales, además de la Declaración General, se marcha ahora por 29 de la Comisión Política y 18 de la Económica. Lo complejo de esto es explicarlo brevemente, porque mientras algunas resoluciones se multiplican, como la de Oriente Medio y Palestina –ahora analizada en cuatro textos independientes– hay algunas que no aparecen en estantes ni al alcance de delegados amigos».

A ellos habría que dedicarles párrafo aparte, porque gracias a su comprensión de la importancia que tiene nuestra labor, obviaban los trámites y prestaban su documentación, relataban incidencias y colaboraron con su opinión.

En nuestro caso, Latinoamérica completa se hizo cómplice del afán de brindar primero y más verazmente lo que a la región le interesaba. En el modesto cubículo que dispusimos, el funcionario de un país que llegaba podía cruzarse con el de otro que salía y que había dado una visión que el primero podía no compartir. Ambos eran fuentes, en el término periodístico, y a los dos se les respetaron sus aportes.

Incluso en alguna ocasión compartieron un fugaz brindis por el éxito de la cumbre, con un elixir que fue bautizado como *Duérmete, mi niño*, y que no pasaba de ser un aguardiente de cerezas montenegrinas.

LA CALMA TRAS LA TORMENTA

Aquel coliseo de los pensamientos parecía en la mañana del día 8 un campo de batalla tras el armisticio, o una playa tropical después del paso de una tormenta.

La hiperactividad que lo caracterizó hasta avanzada la madrugada dio paso al silencio en sus vastos salones. Los apresurados entonces no buscaban la noticia. Todo lo contrario. Desmantelaban a ritmo vertiginoso la infraestructura que posibilitó elaborarla y transmitirla al mundo.

Los que permanecíamos allí teníamos la sensación de haber participado en un gigantesco banquete ideológico y político, de los que deja un sopor inmediato, pero cuya digestión requiere tiempo.

Había sido un fabuloso maratón de ideas y pronunciamientos sobre todo lo que interesaba y preocupaba al ser humano, sin importar idioma, sexo, edad, filiación ni nacionalidad.

Aunque cada cual inclinaría el análisis hacia su óptica, había una certeza en todos: solo con esfuerzos mancomunados podría tener éxito el movimiento en sus aspiraciones por aportar soluciones a críticos problemas económicos, políticos y sociales.

La última emoción, en la noche de la despedida, nos la produjo la pequeña que formaba parte de la familia que con su apoyo permitió el éxito de aquella cobertura, y cuya casa nos sirvió de estado mayor, refugio y hogar.

Como recuerdo de aquellas jornadas de delirio, en las que ella con su alegría y simpatía resultó aliento decisivo, el colectivo de enviados especiales le obsequiamos un muñeco casi de su estatura, el cual, en homenaje al acontecimiento vivido, ella se encargó de bautizar, espontáneamente, con el mágico e inédito nombre de Cumbrita.

LIMA

CRISIS DE LA CRISIS

Tensión y violencia en actos tan comunes como caminar o conducir. La especulación, única industria floreciente.

El tiempo transcurrido puede haber variado los matices y cifras, pero no la esencia de una realidad asfixiante, plena de incertidumbre y carente de fácil solución futura. Parecería que solo un cataclismo social podría provocar una transformación verdadera.

Con la bandera de Cambio 90 en alto por la derrota de la derecha, arribó a Perú una avanzadilla de periodistas para el traspaso presidencial que ubicaría a un sobrio agrónomo, de padres japoneses, ante la increíble misión de lidiar y buscar soluciones a la pobreza, ira y frustración masivas.

El «fenómeno Fujimori» tenía múltiples explicaciones, todas válidas en un país tan «macondiano» como lo pueden ser la mayoría de los existentes en nuestra América.

Allí nadie sabía cómo se sobrevivía a los precios desbocados, los salarios de miseria, servicios sociales insuficientes y con un mercado informal tan vasto en el que todos vendían y muy pocos podían comprar.

No se puede aspirar a encontrar aquí análisis y conclusiones, y menos recomendaciones o vaticinios, en impresiones de corta vida y vivencias fugaces como las de un observador temporal, como yo lo fui.

Sin embargo, las apreciaciones y relatos de ese crucial momento, en el que las enseñanzas de los políticos tradicionales fueron arriadas por el voto popular a favor de una nueva fórmula-cara, pueden servir, aún hoy, como punto de partida para entender los escollos y limitaciones del experimento iniciado por Alberto Fujimori.

(Al revisar este relato, diez años después, veo un paralelo con la Venezuela que también rompió el poder de los partidos tradicionales, aunque no haya otros puntos comunes).

SI POR TITULARES FUERA

En los principales cintillos de los diarios limeños se apreciaba, en el momento del cambio presidencial, el poco alentador panorama que enfrentaba. Se le llamaba *gobierno fusible*, porque estaba destinado a «quemarse» ante la segura protesta por la política económica de choque que se avizoraba. A pesar de tibios desmentidos oficiales, casi un año después, con algunas pocas bajas, el gobierno seguía siendo el mismo.

El diario *Novedades*, en una edición de esa fecha, dedicaba toda su primera página a advertir tres características de Perú, cuarenta y ocho horas antes del cambio de mandatarios: hambre, terror y caos.

Lo primero se vaticinaba porque «se disparan los precios y nadie controla»; lo segundo por el ataque la noche anterior al Palacio Presidencial y otras acciones violentas, y el tercero debido a que había «agitación en la policía y se agrava la escasez de gasolina, kerosene y gas».

En el tabloide *El Popular*, su portada proclamaba en grandes letras amarillas «Otro día de sufrimiento pa'l pueblo», mientras que el más sobrio, *La República*, proclamaba: «Alan culpa a Hurtado (designado primer ministro) por alza del dólar» debido a que adelantó medidas económicas.

El rotativo de mayor circulación nacional certificada, *Expreso*, anunciaba que «terroristas del MRTA atacaron Yurimaguas», volaron torres y arrasaron puestos policiales.

También informaba que miles de empleados estatales se quedarían sin cobrar por falta de liquidez, por lo que durante dos días paralizarían sus labores en protesta.

El matutino *Hoy* indicaba que «los pasajes subirán en agosto en el transporte urbano» ante la segura subida del precio de la gasolina.

Quizás el único que podía traer un balance informativo más optimista hubiera sido *El Peruano*, el diario oficial, pero su edición de la fecha curiosamente aún no circulaba.

ENTORNO EN TRES CRÓNICAS

Había estado en otras ocasiones en la capital peruana, una de ellas durante una semana, hacía más de dos años. El panorama que palpé, acabada de comenzar la última década del siglo, me llevó a realizar tres notas sobre fenómenos muy visibles y lamentables: los «cambistas», los apagones y los rateros. Al comenzar el nuevo milenio tienen mucha vigencia como retrato de las sociedades subdesarrolladas asfixiadas por el neoliberalismo.

I. Incertidumbre en el enjambre

Apiñados como abejas a la entrada del panal, los «cambistas» limeños bloquean el paso de vehículos y transeúntes en busca de clientes para desarrollar, al parecer, la única actividad económica en auge en el Perú: la especulación monetaria.

Desbordados de sus tradicionales sectores de operación, en torno a los grandes hoteles de la Lima Cuadrada, los diligentes y tenaces operadores callejeros sortean el

alocado tráfico, calculadora en mano y un fajo de billetes en ristre, con el pregón permanente de «cambio» o «dólares».

En el área central capitalina, a solo cien metros del hotel Crillón, el cruce del Jirón Ocaña con su similar Camaná solo logra ser atravesado con paciencia, firmeza y agilidad ante el asalto del enjambre en pugna por cada eventual usuario de sus servicios.

La rivalidad no los lleva a variar de forma sustancial tarifas prefijadas por las «abejas reinas» de este comercio sin productos, quienes se mantienen en sus refrigeradas oficinas y residencias, siempre seguros de que al final del día volverán a obtener utilidades.

El cambio, que ayer conseguimos a 111 000 intis por dólar, gracias a la perseverante negociación de un colega, hoy estaba extrañamente en los 108 000, lo que no es indicador fiable de expectativa de recuperación económica alguna.

Los veteranos de esta plaza sacan cuentas, pero no conclusiones. Cualquier cosa puede suceder hasta la toma de posesión de Alberto Fujimori, y más aún después que dé a conocer su programa económico de gobierno, sobre el cual se especula mucho, pero poco se sabe con certeza.

Los peones del negocio monetario, ahora operando también en calles y avenidas de nuevas barriadas, son una especie de propagandistas involuntarios de la próxima administración de Cambio 90.

Su constante voceo de «cambio» nada tiene que ver con los seguidores del movimiento devenido partido triunfador en las pasadas elecciones.

Lo que quieren es comprar dólares, no importa que muchos procedan o vayan a bolsillos de narcotraficantes, lo que refleja la incertidumbre existente sobre la salud de la moneda local y, de paso, sobre el futuro económico de esta nación.

(Diez días después de esta nota, la divisa estadounidense se pagaba a 172 000 intis. Una semana más tarde llegó a los 350 000).

II. Penumbras del mediodía

La pálida iluminación diurna invernal, de largos meses sin ver cielo despejado ni sentir el sol sobre la piel, tiene ahora en Perú un nuevo componente, lejano al rutinario vaivén de la naturaleza: los apagones.

Para el recién llegado, Lima resulta más caprichosa que nunca. A la «garúa» o llovizna fina (que no moja por su poca intensidad, pero empapa por su prolongada persistencia), la permanente capa de nubes y un frío acuoso (12°C y 98% de humedad relativa), se suma la insuficiencia de la obra humana.

Los cortes eléctricos programados, en razón de dificultades energéticas, alcanzan a toda la población capitalina durante doce horas, en días alternos, salvo los domingos.

Los de más recursos enfrentan el problema con plantas eléctricas propias, que mueven la infraestructura básica en empresas pequeñas, oficinas y hogares.

Los demás –la gran mayoría– asumen los inconvenientes como pueden, calculando afectaciones y acomodándose a ellas.

Los «apagones imprevistos» son los fantasmas de oscuridad que pueden aparecer en cualquier momento, y aconsejan, entre otras medidas, limitar el uso de los ascensores a

lo indispensable, en previsión de un corte sin aviso que puede dejar a su usuario encerrado por varias horas.

Uno de los efectos más visibles de este panorama se observa en avenidas y calles, privadas en su gran mayoría del servicio de semáforos.

Solo una gran pericia, combinada con ánimos suicidas, impide grandes atascamientos en los cruces apagados. La policía ha tenido que multiplicarse para paliar la dificultad en una capital con gran densidad de automotores.

Como no es posible una autoridad en cada intersección importante en una ciudad con más de siete millones de habitantes, los conductores se las arreglan para imponer su propia lógica y voluntad.

La agilidad de los peatones para impedir atropellos y la tenacidad de los vendedores ambulantes para hacer fugaces negocios mientras que no se puede avanzar, resultan características superadas en las penumbras del mediodía sin electricidad por los cientos de miles de automovilistas empeñados en llegar rápido a su destino, a veces sin pensar en el de sus semejantes.

III. Rápidos y abundantes como hormigas

Los amigos de lo ajeno, que existen en cualquier lugar del mundo, tratan hoy de multiplicarse en Lima ante el aumento de visitantes con motivo del traspaso presidencial.

Junto con el deterioro del nivel de empleo –proceso iniciado hace años–, los marginales devenidos delincuentes fueron aumentando en número, modalidades y áreas de operación.

De los llamados barrios bajos y mercados centrales, los aquí conocidos como dedos finos, comenzaron a dejarse sentir en céntricas plazas como la 2 de Mayo y Unión, la avenida Tacna e incluso en áreas muy concurridas de comercio y paseo populares del casco histórico.

La congestión de aceras y calles peatonales colabora con los «cacos» en crearles un entorno favorable al tropezón y el roce, cuyo saldo por lo general es el robo de un costoso bolígrafo, la billetera o el reloj.

De la muñeca de Jorge, un conocido colega, desapareció, como por gesto mágico, un veterano y querido Seiko. Solo sintió un ligero contacto antes de percatarse de la inesperada ausencia. A su alrededor, a pesar de su incisiva mirada, los restantes transeúntes continuaron su marcha habitual.

Algunos amigos aconsejaron a los recién llegados que dejáramos a buen recaudo anillos y otras prendas atractivas. La propia víctima de tan irreverente bienvenida a la capital peruana había sido uno de los experimentados viajeros que había lanzado la advertencia.

Su episodio nos llevó a conocer otras anécdotas y métodos: un funcionario desvalijado en plena calle por ladrones disfrazados de mujeres, quienes distorsionaron así la imagen no peligrosa de los abundantes travestis que solo se dedican al sexo.

El segmento delictivo, tan ajeno a la hospitalidad característica del peruano, empaña la imagen de simpatía y natural amabilidad de este pueblo sudamericano.

CURIOSA NOMENCLATURA

Campos minados y bombas de tiempo eran términos comunes que se impusieron por aquella época en el habla económica peruana.

Esas expresiones eran aplicadas a una economía devastada por una guerra no declarada, a veces no tan silenciosa como se podría esperar en un país sin conflicto militar regular.

Para algunos economistas, el gobierno de Alan García le dejaba nueve «bombas de tiempo» al de Fujimori, problemas no resueltos que llevaron a una caída del per cápita del país en un 14%, equivalente al de 1961.

Al desnivel de precios y tarifas, gran deuda interna y gigantesca externa (20 000 millones de dólares) y otros descalabros comerciales, financieros y crediticios, se sumaba una sequía devastadora (afectaba a un 36% del área de siembra y la generación de energía eléctrica).

El economista Javier Iguiniz, de Izquierda Unida, consideraba que «nuestro país ha sido arrasado como si hubiéramos perdido una guerra». Solo dos de cada diez trabajadores ganaban más que el salario mínimo, unos treinta dólares al cambio de la fecha. Esa suma, para el costo de la vida peruano, era más que miserable.

Era un momento en que los mercados habituales se veían desabastecidos de artículos básicos, acaparados por los allí llamados *ambulantes* del comercio informal.

Aprecié cómo en el exclusivo Wong's, del barrio residencial de San Isidro, agitadas damas bien vestidas e impacientes señores de saco y corbata se apiñaban en una cola, en espera de recibir un kilo de azúcar por persona. Ese preciado producto se podía conseguir en establecimientos improvisados, sin dificultad alguna, solo que al doble del precio oficial del día.

Eran escalofriantes las cifras de la especulación. Un diario se lamentaba que el incremento del costo de la vida hacía que platos populares como la «patita con maní», el «cau cau» y la «chafainita» se convirtieran en potajes de lujo del menú familiar.

OPTIMISMO Y REALIDAD

En dos notas, de días sucesivos después del cambio presidencial, traté de mostrar contornos de la situación que se vivía. Parte de ellas tiene lamentable vigencia al finalizar el año 2000:

I. Cinco días sin grandes apagones

Noticia irrelevante en otros países, que se disfrute de cinco días consecutivos sin apagones es acontecimiento de primera línea en esta nación andina.

Tras el corte producido hace cinco noches debido a nuevas acciones dinamiteras que apagaron a medio Perú, la relativa estabilidad en el suministro energético a grandes áreas de la población comienza a despertar sonrisas de esperanzadora satisfacción.

Nada explica oficialmente la nueva situación, insegura porque no se conoce si es nacida en una tácita tregua de los grupos subversivos que realizaron 335 voladuras de torres conductoras en 1989.

«La oscura mano del terrorismo», como señala hoy un informe especial del diario La República, ocasionó pérdidas por 15 000 millones de dólares a Perú en los últimos diez años debido al millar de torres que derribó.

Por causas naturales, lo peor empezará en septiembre cuando la sequía será más aguda.

Si las acciones violentas disminuyen o cesan porque los grupos de opositores armados aceptan el diálogo ofrecido por el nuevo presidente, todavía quedará por resolver también la falta de recursos para mantener funcionando el sistema de generación de electricidad de este país.

A la luz de estos elementos, el «alubrón» que disfruta hoy parte de Lima, parece destinado a nuevas penumbras.

(Menos de 24 horas después, la advertencia final se hizo realidad)

II. La vida volvió a su anormalidad

El apagón generalizado, la declaración de guerra de Sendero Luminoso al nuevo gobierno y un nuevo récord en la inflación, devolvieron hoy a Perú a la anormalidad en la que vive desde hace, al menos, una década.

Los cortes de electricidad dieron irrespetuosos buenos días a barrios que hasta ayer habían logrado casi una semana de suministro regular.

Junto a esto, el grupo armado Sendero Luminoso anunció que continuará en guerra contra los nuevos gobernantes peruanos, obviando el ofrecimiento al diálogo hecho por el flamante mandatario.

A solo tres días de que Cambio 90 llegara al poder, se ensombreció aún más el panorama peruano al conocerse que el alza del costo de la vida rompió un récord en julio con un 93%.

La advertencia popular de «ajustarse los cinturones», como proclamara el matutino Expreso, lleva la vida en esta nación a su habitual anormalidad.

SIN MUCHAS ALTERNATIVAS

¿Fracaso o éxito? ¿Desengaños o realizaciones? ¿Voluntad real o demagogia coyuntural? Muchas interrogantes dejamos en el ambiente cuando concluí esa breve estancia peruana. Aunque había opiniones formadas con más elementos en el instante de escribir estas líneas, a principios de la década del noventa, mis respuestas no podían ser concluyentes.

Me parece significativo, en busca de algún apoyo a los criterios optimistas, tener en cuenta un capítulo poco analizado en su momento, a pesar de contar como testigos a centenares de periodistas de todo el mundo.

El presidente Fujimori, al día siguiente de asumir la jefatura del estado, mostró facetas poco conocidas de su pensamiento. Incluso llegó a justificar la rebeldía popular, aunque no el terrorismo.

Al manifestarse consciente de que Perú, como otros países de América Latina, padece de aguda pobreza, advirtió que en las zonas olvidadas de la región andina la miseria ha llegado a extremos «realmente inhumanos».

Ante la existencia de siete millones de peruanos en esas condiciones, estimó lógica la reacción violenta, porque «el pueblo tiene derecho a rebelarse. No ha hecho una revolución quizás más efectiva... ha faltado quizás un líder que canalice toda esa efervescencia» contra la injusticia.

No creía, según dijo, que el problema del terrorismo que existe en su país se resuelva solo con la bayoneta y el cañón, ya que «mientras haya esa pobreza, el pueblo se levantará con todo su derecho».

El abanico de catástrofes y problemas por enfrentar, incluidas el hambre, la injusticia y la indisciplina —«tarea abrumadora»—, constituía un desafío a la voluntad expresada en su lema electoral: *Honestidad, tecnología y trabajo*.

Presenció una etapa crucial, un reto a la sociedad peruana que ponía en peligro su propia existencia. Una situación terminal que definí, extremo de los extremos y sin vislumbrar el final del apocalíptico callejón, como crisis de la crisis.

CODA

Al preparar la salida definitiva de este relato, con Fujimori renunciando en su tercer mandato, siguen pendiente las conclusiones. En estos años he conocido a detractores y simpatizantes, argumentos críticos y favorables a su gestión. Y entre ambos hay personas honestas, justas y hasta revolucionarias. Por eso, y por no tener un dominio adecuado de la realidad peruana, me abstengo de tomar partido.

Solo llamo la atención sobre un aspecto: el descendiente del Imperio del Sol Naciente en la tierra de los incas no fue de los favoritos de Estados Unidos. Para mí, con eso basta para mirar sus desaciertos con una óptica especial.

FELAP: CINCO LETRAS DE DIAMANTE

Crecer en experiencias y alcances, conocer nuevas realidades y hasta tomar parte en ellas, componen el saldo de una etapa maravillosa.

Tras un pestañazo, como resultado del largo viaje en avión y la modorra que imponía el ronronear del ómnibus, pensé que soñaba y, de esa forma, me encontraba en la Selva Negra germana.

El bosque arropado en una tenue neblina, húmeda y fría como corresponde, dejaba ver claros edificadas con villas de techos de dos aguas y tejas rojas. ¿Sería posible... llegaba a Baviera u otra región del sudoccidente alemán sin haber cruzado el Atlántico?

De pronto recordé que me encontraba camino a Canela, en el estado brasileño de Río Grande do Sul, fronterizo con Argentina, y mi objetivo era asistir como delegado por Cuba al VI Congreso de la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP).

El entorno geográfico parecía afín a los que integraron una fuerte corriente migratoria llegada a esos remotos parajes sudamericanos hacía varias décadas. Luego me percaté que a las edificaciones correspondían también costumbres, vestimenta y hasta idioma de lejanos orígenes europeos.

Fue en esa ocasión, en 1991, mi primer contacto directo con una organización que ya tenía un expediente bien ganado en el periodismo socialmente comprometido de la región. Una historia que había nacido en México, casi cinco lustros atrás, y que a inicios de la década del noventa asumía los retos que implicaba una geografía ideológica alterada por cataclismos impensados.

No pretendo llenar de detalles este pasaje de actividad y acciones vinculadas a la FELAP porque merecerían un libro aparte. Pero siento necesario aprovechar esta combinación de anécdotas y mensajes para rendirle mi personal tributo a un movimiento que no se dejó arrastrar por la decepción, el derrotismo, la abulia ni el oportunismo que marcaron o destruyeron a otros en la época crítica posterior al derrumbe del socialismo soviético y europeo.

La presencia del periodismo progresista en las sociedades latinoamericanas constituía y sigue constituyendo una urgencia insoslayable en condiciones de mayor deterio-

ro real, y una superior ofensiva ideológica de los apologistas del minoritario pero poderoso sector dominante.

Como convocara a los colegas desde Canela el veterano líder de la FELAP, Luis Suárez, a quien me unen afectos que trascienden mi admiración por su persistente y sagaz periodismo, «los grandes recursos éticos de la conciencia profesional y cívica deben multiplicarse».

Una constante en la década de experiencias directas que tuve con esta organización, de la que fui tesorero y miembro de su comité ejecutivo durante poco más de un mandato, fueron las denuncias de marginalidad social, intolerancia política y la violencia que amenaza al profesional en ejercicio en América Latina.

Ante la acelerada concentración monopólica y la globalización de los medios de prensa como resultado de las políticas neoliberales, la presunta democratización que aspiran a imponer los dueños ha representado una herramienta de dominación, y convierten al hecho periodístico en un ejercicio de manipulación informativa.

Otro campo de denuncia permanente ha sido la desmitificación del llamado *libre flujo de información*, que significa en la práctica el predominio de los canales de comunicación en una sola dirección: del norte hacia el sur.

Y no por último menos dramática, incluso más trágica y perceptible, ha resaltado en la última década del siglo XX la lucha de la FELAP por la salvaguarda de la vida de los periodistas. Como muestra un dato: de 1994 a 1996, en el mundo, 182 reporteros fueron asesinados mientras ejercían su profesión; sin embargo, en 1998 la mayoría de los 19 muertos del sector murieron por revelar o investigar casos de corrupción o vínculos entre las autoridades y grupos mafiosos.

En 1999, fueron asesinados 36 periodistas, 446 arrestados y 653 atacados o amenazados. Por supuesto, ninguno era cubano.

Aquel período permanecerá en mi corazón, también, por los valiosos amigos que hice, además del ya mencionado, como Juan Carlos Camaño y una hermosa tropa de la Unión de Trabajadores de la Prensa de Buenos Aires (UTPBA): Nelson del Castillo, José Rafael Vargas, Vilma Sánchez, María Luisa Castellanos, Iván Miranda y otros tantos cuya sola mención haría interminable este texto.

PASAJES

La actividad de la FELAP trasladó la mía a la región de mis sueños: América Latina. Parecería que por mi aspecto anglosajón algún hado me había destinado a europeizar mi destino laboral. Fue desde la coyuntura de pertenecer a la directiva de esa organización que pude palpar algo de lo que solo sabía por lecturas y filmes, y descubrir muchas cosas más.

Porque al mítico *Caminito* de los tangos de mi infancia, en el Buenos Aires querido, llegué como paréntesis recreativo del VII Congreso organizado por la UTPBA.

Esos hermanos, de corazón y convicción, fueron los anfitriones de visitas y otras reuniones, como el Congreso Mundial de la Comunicación, en 1998. En ocasión de esas estancias admiré la firmeza de las Madres de la Plaza de Mayo, en su escenario natural; me escapé una madrugada a tocar el portón de entrada de Corrientes 348, aunque no

llegué al segundo piso anunciado en el famoso tango; disfruté de asados al aire libre –como deben ser– que me recordaron los de los «gaúchos» brasileños de Canela.

El caleidoscopio de vivencias en Argentina está impregnado de la cruda realidad de un país con uno de los costos de vida más elevados de la región, donde un café costaba dos dólares a mediados de la década del noventa, o un «lustrado» del calzado requería de tres en una zona céntrica, con una pobreza social creciente y evidente. Al finalizar el 2000, los despidos, privatizaciones, corrupción y otras tragedias mantenían en el filo de una navaja a la estabilidad social.

México fue otra posibilidad de conocer que me brindó la FELAP. Desde el vigésimo aniversario de su fundación hasta reuniones y seminarios diversos, la capital mexicana (no azteca, como dicen algunos, porque los aborígenes fueron exterminados por los colonizadores), el Estado de México (que la rodea) y en especial Cuernavaca –el hogar de Luis Suárez– quedarán para siempre en mi memoria afectiva.

TRAGEDIA

Como no pretendo hacer de este texto una autobiografía, me detengo en un episodio aterrador, entre tantos gratos que pasé en México. Se produjo el 9 de abril de 1996, tras concluir la sesión correspondiente del comité ejecutivo en el Salón La Garceza, del Hotel Holiday Inn. en el municipio de Metepec, próximo a Toluca, capital del Estado de México.

A la cena en esa instalación, donde nos alojábamos, concurrían Alfonso Camacho, coordinador de Comunicación Social del gobierno estadual, y dos cercanos colaboradores. Antes de comenzar, por sugerencia de don Luis, como afectuosamente llamo al veterano colega, fui en busca de tabacos para obsequiar a los amigos mexiquenses. Y casi en ese momento sobrevino la tragedia.

En la algo lejana habitación, a través de paredes y cortinas, sentí unos apagados sonidos que pudiera haber atribuido a escapes de un defectuoso automóvil si les hubiera prestado más atención.

Al salir al pasillo para regresar al restaurante, avanzaban, casi corriendo, mi compañero de habitación, Juan Carlos, con un Camacho de rostro pálido y algo convulso. «Están disparando», me dijo Camaño como explicación a la intempestiva aparición de ambos.

Cortinas corridas, penumbras, incertidumbre y la agitada respiración que prevalecían en el cuarto daban la impresión de reproducir una escena de alguna vieja película de gánsteres. Los recién llegados no sabían mucho, solo que en la puerta principal del salón donde se encontraban se habían producido varios disparos.

Ante la eventualidad de un atentado, mi amigo argentino reaccionó de inmediato ofreciéndole nuestro dormitorio al político de visita, el cual estaba situado en el ala posterior del achatado inmueble, en la misma planta baja del restaurante, a la que se llegaba por una salida lateral y opuesta al lugar de los hechos.

Tras unos minutos de espera, sin comunicación ni conocimiento de lo que realmente había sucedido, nos decidimos a regresar a donde estaban nuestros colegas.

El ambiente era aún de conmoción porque acababan de asesinar a uno de los entrenadores de un campeón profesional mexicano de boxeo, que allí se alojaba y entrenaba para una próxima pelea, y a uno de los dos colaboradores de Alfonso Camacho, quien anímicamente se desplomó. El muerto había sido un amigo entrañable desde la infancia y era uno de sus hombres de entera confianza.

Según la reconstrucción de los hechos, armada a retazos por quienes no vieron lo que sucedió, de un estacionamiento aledaño al pasillo central al que daba la puerta principal del local había entrado un individuo cuando el entrenador se disponía a volver a su mesa, de regreso de atender una anónima llamada telefónica que le hicieran a la carpeta del hotel.

Al parecer había aprovechado la salida para llevar a un hijo menor al baño. Cuando se percató de que iba a ser agredido, solo atinó a empujarlo al interior del restaurante cuando recibió un par de disparos en la espalda.

El colaborador de Camacho estaba en el pasillo también por causa de una llamada telefónica, ya que dentro del recinto no podía escuchar bien su celular. ¿Cayó antes o después de la otra víctima?

Unos apuntaban que el vinculado con el mundo de los puños había estado detenido por un asunto de drogas y que parecía había colaborado con la policía. Era un ajuste de cuentas en el que un testigo fortuito, el hombre del teléfono portátil, había sido silenciado.

Otros no descartaban que la acción hubiera sido dirigida sobre este último por rencillas o asuntos pendientes, y que el otro fue el indiscreto e inoportuno.

Por la rápida actuación y otros rasgos, la primera hipótesis parecía la más fuerte: un asesino a sueldo liquida a un soplón. Si se esclareció el misterio, hasta mis oídos nada ha llegado.

Al estar atando cabos, con la cena enfriándose sobre algunas mesas, bajo las cuales se habían guarecido hacía unos minutos la mayoría de los sorprendidos comensales, llegó una tropa antiasaltos, vestimenta negra y fusiles listos para disparar, que infundió mayor temor que el sufrido antes, porque nadie sabía si en el nerviosismo del momento a alguien podía írsele el tiro que generalizara una balacera sin adversarios.

Cuando en mayo de 1997, en ocasión de una reunión del comité ejecutivo en Bogotá, veíamos patrullas de cuatro y cinco soldados con armas largas por los pasillos externos del céntrico y moderno hotel Tequendama, nos volvía a la mente aquellos momentos de tensión, y nos parecía que no podíamos estar en mayor peligro que en aquella cena mexiquense que jamás se realizó.

Al menos en mi caso, nunca podré olvidar los cadáveres sobre un gran charco común de sangre que bloqueaban el acceso al ala del hotel donde originalmente yo había sido alojado.

Pensé entonces, y lo recuerdo cada vez que narro el episodio, que de no haberme cambiado de habitación para compartir la de mi amigo Juan Carlos, en el otro cuerpo del edificio, la acción de buscar los habanos hubiera podido representar que yo fuera la tercera víctima de aquel asesinato, y que las especulaciones quizás hubieran incorporado a la mafia de Miami.

Un segundo momento que merece lugar destacado en esta etapa fue la ocasión en la que los directivos de la FELAP nos unimos a los periodistas de Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, para reclamar el cese de los crímenes contra nuestros colegas de toda Latinoamérica.

Las jornadas en Caracas y en la también venezolana Isla Margarita, en República Dominicana o en la lusa Povoá de Varzim, cerca de Oporto, integrarían los recuerdos de unas memorias por escribir de la FELAP de fin de siglo XX. Pero en ningún otro caso sucedió lo vivido en tierras bolivianas: cumplir de inmediato la convocatoria de un encuentro internacional y salir «de las redacciones a la calle, junto a la sociedad».

Había sido una jornada vibrante, organizada por la filial santacruceña de la Federación de Trabajadores de la Prensa de Bolivia, en la que las denuncias fueron tajantes, entre ellas que «la fuerte concentración de la riqueza en pocas manos constituye hoy el factor fundamental de desigualdades aberrantes y de una violencia imparable».

Llegábamos a ella con el terrible impacto producido por el reciente asesinato en Colombia del abogado Eduardo Umaña, quien me había impresionado en la reunión bogotana del año anterior por su vertical actitud de denuncia de los abusos y en defensa de los periodistas.

Umaña era miembro de la Comisión de Investigación de Atentados a los Periodistas, creada por la FELAP, e incapaz de amedrentarse por las amenazas sucumbió ante los que imponen el silencio a cualquier costo.

La resolución del seminario convocando a la acción conjunta de los profesionales de la prensa con las instituciones de la sociedad para enfrentar con éxito los desafíos actuales motivó la iniciativa, y en pocas horas nos vimos desfilando alrededor de la Plaza Principal de Santa Cruz, con una alocución final frente a la alcaldía, en expresión práctica de lo que postulábamos.

En ese tiempo psicológico del que hablan los narradores, cuando en minutos o segundos pasa por la mente la vida misma, me sentí con el enorme orgullo de gritar en suelo boliviano: «Fusil, metralla, a la prensa no se calla». Era como una pequeña y humilde bala moral en un combate por el futuro, el mismo que un gigante universal y eterno nos dejara en esas tierras como herencia siempre vigente.

Con ese honor bastaría para que la FELAP represente para mí cinco letras de un diamante indestructible, como el que talla la conciencia de los seres humanos justos.

ESPAÑA

CERCA Y LEJOS

Desde una Cumbre Iberoamericana hasta unos Juegos Olímpicos, el climax de mis coberturas españolas en el siglo XX fue la visita de Fidel a la tierra de sus cercanos antepasados.

España resultaba familiar sin siquiera haber salido de su principal aeropuerto, durante el primero de mis viajes en 1970. Qué hijo o nieto de español podía ignorar costumbres y gustos, formas de decir y hacer, cultura y pensamiento de la cuna colonial, aún cuando era ya distante no solo en la geografía.

Diversos tránsitos hacia y desde Europa me permitieron, poco a poco, familiarizarme con la bella Madrid y algunos de sus atractivos. Con amistades entrañables, en especial la familia chilena San Martín, hasta pernocté en municipios de los suburbios como Leganés, y visité Toledo, Granada y otras localidades de Castilla-La Mancha.

Pero no fue hasta 1992 que el deber profesional hizo de España un objetivo priorizado. Un amplio recorrido por Galicia y labores reporteriles en Sevilla y en la capital del país fueron el preámbulo de una importante secuencia de coberturas, cuya conducción, lejos de impedir, me obligaba a estar en los principales frentes.

Adicionalmente, ver desde dentro la sociedad española me abrió nuevos horizontes a la percepción de realidades que, como alguien de paso, pasaban inadvertidas. Una de las notas que me provocó aquel acercamiento diferente a lo que allí sucedía fue...

El sexo telefónico *Frustraciones y ganancias*

Las facilidades que brinda la tecnología moderna propician que la libido aflore con nuevas modalidades y tonos en naciones cuyos desarrollos las ubican en el norte industrial y presuntamente más civilizado del planeta.

En esas sociedades el sexo por teléfono, aunque sus defensores lo exaltan como actividades sin riesgos en esta época de flagelos contagiantes, no dejaba de ser en la

década del noventa un jugoso negocio que explotaba secretas frustraciones o sueños irrealizados.

Muestra de ello se tenía en España, donde se puso de manifiesto la potencialidad de una empresa que se alejaba de sus orígenes, el de las llamadas de servicio, las cuales –en Estados Unidos y en su nueva versión– movieron en 1993 unos 1 600 millones de dólares.

El acontecimiento fue de tal magnitud en tierras ibéricas, que hubo un momento en que fueron suspendidos temporalmente los teléfonos eróticos hasta que, según dijo la compañía estatal telefónica, existiera una normativa que clarificara la puesta en marcha de esas líneas.

Muchas cosas subyacen en el fondo de esa explicación, entre ellas las protestas de decenas de miles que pagan por culpa de otros y el reclamo ético de adultos preocupados.

Algunos casos aparecieron en la prensa. Eran padres de lujuriosos adolescentes quienes, con acceso sin control a la centenaria invención de Bell, gastaban elevadas sumas en escuchar «las historias más calientes que puedas imaginar», como anunciaba El Mundo, a través de uno de esos números encabezados por el prefijo 903.

Como relatos de la mítica Sherezada, desde ingenuos y almas inquietas hasta aburridas amas de casa y gays reprimidos, apelaban a interminables charlas, quejidos, murmullos y otras fantasías orales para enfrentar anónimamente sus personales inquietudes, paliativo efímero y muy costoso.

Los defensores del consumidor en España exigieron que en los anuncios apareciera el precio por minuto, al tiempo que exponían la preocupación porque los menores de edad tuvieran libre acceso a esos servicios.

Curiosos adictos

La advertencia de «solo mayores de dieciocho años» se convertía en una atracción adicional para quienes, por su edad, tienen en la imaginación uno de sus más preciados tesoros.

¿Cómo no birlarle un par de horas al aparato familiar para oír «los relatos play-girl USA» o «señoritas jóvenes, sexo por primera vez»?

Los curiosos de esta especial clase, por su parte, tenían en un club telefónico «sin identificación» y «sin tarjeta de crédito» la posibilidad de informarse de todo en ocho categorías diferentes, desde el sexy girl o «fuerte» hasta el «ardiente» y el «lésbico».

Hay personajes que solo atendían un día a la semana, como Silvia, que entrevistaba «a tope» a mujeres y parejas «que lo cuentan todo sin tabú», y a cuyas conversaciones se tenía acceso luego mediante «la línea cómplice».

Entre las curiosidades estaban El Mirón, para homosexuales, con «cada llamada una historia diferente», o el porno party, que aseguraba conectar en vivo a ocho personas a la vez, «en directo y sin cintas», en una línea múltiple dedicada al sexo.

De discretas secciones iniciales a planas completas dedicadas a anunciarlos, la ola de reclamos eróticos envolvía a tal punto a la sociedad española en aquella época que la primera de esas líneas calculaba, en el verano de 1992, que recibía 20 000 llamadas diarias y ganaría en el año el equivalente a unos tres millones de dólares.

Estadísticas divulgadas entonces señalaban que más del 40% de los usuarios reclamaba el servicio de mujer a mujer, lo que, según un análisis periodístico, no significaba que el demandante fuera de ese sexo, ya que muchos hombres apelaban a este medio para conocer las fantasías femeninas.

El negocio para Telefónica, que facilitaba el soporte técnico a esas aventuras sin contacto físico, le aseguraba 40 de las 60 pesetas (unas cien por dólar al momento del análisis) por minuto de llamada diurna, y 18 de las 42 de las nocturnas y en días feriados.

Medios de prensa afirmaron que no era exagerada la afirmación de que el uso descontrolado de esos teléfonos puede llevar a algunas familias a la ruina.

Las empresas tradicionales también pueden verse amenazadas. Así lo explicaba un ejecutivo a Diario 16: «Algunas personas encuentran mucho morbo en estar escuchando una cinta grabada de estas características ante la mirada de su jefe, que no puede ni imaginarse lo que ocurre». Ni lo que le cuesta, cabría agregar.

Adicionalmente, ese periódico indicó que siquiátras y sicólogos advirtieron que los jóvenes, cuyas tendencias a los comportamientos adictivos se reflejan en el juego, el alcohol o la televisión, terminarán «abusando de estas líneas».

Organizaciones como la de Consumidores y Usuarios y la de Amas de Casa pidieron que solo los firmantes de un contrato de acceso a la línea multiusos (903) tuvieran posibilidades de conectarse con ella, lo que limitaría su utilización indiscriminada.

En el verano de 1991, en España había 17 empresas eróticas de esta clase y 45 más se prestaban a incorporarse al mercado, lo que representaba un incremento cinco veces superior al registrado en Gran Bretaña.

Aunque la situación en el país ibérico es la más relevante en el mundo de habla hispana, el caso no es único, ni quizás el peor en el hemisferio norte. Los demás, a lo sumo, lo enfrentan de forma menos pública.

Con el añadido de los dígitos 07 se puede llevar esta insólita aventura desde España a rincones tan distantes como Australia, Gibraltar, Hong Kong y Estados Unidos, y propiciar, con esa combinación de frustraciones, ganancias como las de la discreta telefónica suiza, que alcanzó los 20 millones de dólares en 1991.

LAS MIL Y UNA NOCHES ANDALUZAS

Como la mítica Sherezada, la Expo'92 podía crear todos los días un ensueño diferente en aquel inclemente verano andaluz que congregó al mundo en unos cuantos cientos de miles de metros cuadrados de estructuras y espacios destinados a conocerlos mejor.

A la Exposición Mundial de Sevilla le debí una crónica porque jamás había conocido tantas y diferentes cosas en tan poco tiempo. Quizás por eso mismo se me encasquilló el arma de la descripción, y solo es, al cabo de varios años, que logro superar la inhibición creativa que me produjo tanta creación ajena y otras muchas tareas informativas que debía asumir.

Allí solo unos metros separaban la desértica Arabia Saudita de la exuberante vegetación de Brasil, donde los ritmos cariocas y sus despampanantes mulatas casi se mez-

claban con las gaitas irlandesas, y los tacos mexicanos pugnaban por desplazar a los que hacían filas ante el restaurante cubano que ofertaba langostas con aroma de leyenda.

La imponente cascada de agua que se reciclaba continuamente en una fachada, a través de paneles de cristal, era una ayuda virtual para combatir la sofocación de más de 40°C al mediodía.

Por supuesto que la ilusión no habría servido de nada si no se hubieran previsto varias series de humidificadores en las alamedas entre las edificaciones. Eran como singulares pequeños árboles metálicos que esparcían continuamente una imperceptible y benefactora llovizna.

Impresionantes los pabellones de países desarrollados por un despliegue de tecnología abrumadora, aunque no siempre con buen gusto. Entre los mejores recordaré siempre el de Francia, que permitía caminar sobre maquetas de París. La holografía, la cibernética y otras técnicas de punta convertían en real maravilloso muchas muestras.

Pero no puedo dejar de mencionar en este rápido recuento dos realidades vinculadas a esa región española. Ambas tienen que ver con temperaturas, aunque de diferente carácter.

La primera es la calidez de su gente, esa misma que canta cuando está triste y que lo hace con mayor fuerza cuando la alegría le desborda. En sus bailes, su decir y hablar, su admiración por los que luchan, como los cubanos, su solidaridad en cada momento, hay una condición humana explícita, bella e imborrable para aquellos que los conocimos en aquel verano de 1992.

La otra experiencia tiene que ver con la confirmación de una expresión que conocía desde niño, la que reflejaba lo extremo de un calor que permitía «freír un huevo en la acera».

Sucedió al concluir la primera visita que hice a la Expo con mi colega Alfredo en su auto. Luego de dejarlo en un lugar sombreado estuvimos algunas horas en el ir y venir por aquel caleidoscopio fascinante de costumbres e idiomas, con larga parada en el muy ilustrado pabellón cubano.

Avanzada la tarde, al ir a abordar el vehículo, no me percaté que ya los arbustos que lo protegían en la mañana habían resultado inútiles desde hacía algún rato. La punzante quemada que recibí en la diestra me llegó hasta la siniestra. La manilla de la puerta, como todo el resto metálico del coche, como dicen en España, estaba casi al rojo.

Tuvimos que ingeniárnosla para abrir aquella parrilla hirviente sin tocarla directamente, bajar las ventanillas y desplegar periódicos sobre los asientos para poder marcharnos de allí. Solo ahora logro sonreír cuando recuerdo aquella novatada andaluza, que Sherezada nunca incorporó a los cuentos que la mantuvieron viva mil y una noches.

ASTURIAS

«Tesoros cantábricos» titulé un reportaje a uno de los eventuales territorios que visitaría Fidel cuando estuviera por tierras ibéricas. Allí conocí y entrevisté a Laura González, la presidenta del parlamento asturiano, una admirable y valerosa partidaria de las causas justas, incluida la cubana.

La actitud del gobierno de esa región hacia Cuba no era la de Laura, y el periplo del jefe de la revolución cubana no llegó a incluir Asturias, pero lo percibido en mi contacto previo quedó plasmado de la siguiente forma:

Minería, sidra y fabada corren peligro de convertirse en raras joyas arcaicas. Tierra que cobijó cultura propia desde hace más de ocho milenios, afronta la europeización del nuevo siglo.

Bordeábamos fronteras acompañados por el plácido río Eo, y los rojos tejados asturianos de su oriental ribera –en contraste con los de pizarra gallega de nuestra izquierda– anticipaban panoramas distintivos en la aparente uniformidad del paisaje cantábrico español.

El toque de color se multiplicó al llegar a Vegadeo y, a partir de allí, disfrutamos de los azules marinos negados a llamarse atlánticos, que nos escoltarían hasta Avilés, en nuestra búsqueda de la capital del principado, Oviedo.

En el gran valle central, con vértices en esas dos ciudades a las que se suma Gijón, las tres principales de esa comunidad autónoma, tomamos contacto con un pueblo multimilenario que ama su historia, y tanto muestra con orgullo sus tradiciones como lucha por su esperanza.

Desde las cuencas mineras hasta las planicies de Llanera, deteniéndose en castillos medievales con modernos autos en sus otrora caballerizas, notamos ángulos clave de una actualidad, como breves pinceladas para un cuadro de mayor empeño.

Se extingue la tradición

Camino al Entrego, en el cauce del Nalón, mi amigo y corresponsal de Prensa Latina en España, Alfredo García Pierrat, y yo, conocimos a anónimos testigos de una grave tragedia de inicios de la década del noventa: la paulatina desaparición de la minería hullera.

Así, oímos al recio anciano de encallecidas manos y pulmones agotados por las largas jornadas en los socavones de carbón, para quien los trabajos del duro pasado le parecen hoy más leves ante las perspectivas de desempleo que afecta en especial a los jóvenes, y la pérdida de una tradición ancestral en la región.

En la Malena –forma apocopada de Magdalena, que refleja los hábitos del habla del asturiano común– encontramos a Manolón, un forzudo también jubilado de los trajines en las entrañas de la tierra, a cuyos padecimientos físicos inconfesados se suma la tristeza de ver deshabitarse poco a poco su terruño natal.

El éxodo no solo se debe a la búsqueda de aparentes comodidades en las ciudades. Ante el cierre de las minas (a las compañías les resulta más barato comprar carbón sudafricano), poco hay que esperar en el rico territorio con tesoros aún sin extraer. La justificación la llaman reconversión industrial. Sobre esa cercana y sombría realidad nos hablaron en el Pozo Barredo, al que solo le quedaban unos meses de actividad.

En solo dos comarcas de la Cuenca del Caudal, Langreo y Mieres, según La Voz de Asturias, la mitad de los parados eran jóvenes que nunca habían trabajado, tendencia que no se lograba frenar a pesar de convenios logrados con la compañía Hunosa tras fuertes protestas.

Aunque el gobierno, según me explicaron, preveía destinar en un lustro unos dos mil millones de pesetas para cursos de formación en zonas mineras, había gran preocupación por el eventual incumplimiento de las promesas, ya que las nuevas generaciones quedarían varadas entre la tradición extractiva y la falta de horizontes.

Joyas aún vigentes

Como los tradicionales hórreos, graneros sobre pilares o «pegollos», en la campiña, o la abrupta belleza de los Picos de Europa, en su región oriental, Asturias posee aspectos insoslayables cuando se trata de tradiciones en las que Baco es señor de las festivas «espichas», y la gula deja de ser un pecado capital ante una humeante «fabada».

Si es aglutinante social o sus efectos diuréticos son parte de sus beneficios medicinales, es algo que se discute muy pocas veces entre «culín» y «culín» de sidra, la cual ameniza romerías en las que se desprecintan barricas o se consume en cualquier establecimiento en ambarinas botellas sin etiquetas, cuyo contenido es tan bueno como cualquiera de las afamadas, o quizás mejor.

La refrescante bebida nacida del mosto de la manzana constituye altar ante el que se confirman amistades, pactan negocios, o sencillamente se pasa un buen rato en cualquier rincón asturiano que se precie de serlo.

En un mesón en Posada de Llaneras iniciamos el aprendizaje de escanciar la sidra casera –la mejor, al decir de todos– con la técnica de lograr la efervescencia que la hace exquisita al paladar.

El procedimiento parece sencillo, pero requiere de práctica para no terminar con los pies bañados: el líquido debe proyectarse, desde una altura superior a la cabeza, de la botella a la pared de un amplio vaso sostenido a mitad de muslo. De ese recipiente tomábamos todos, rotativamente.

Si para el visitante es una curiosa diversión, para sus habituales resulta casi un acto litúrgico que no por reiterado deja de requerir concentración y buen pulso.

Junto a esa bebida «de tan buen merecer como de original paladar», que «es bien acogida por los sesos y no causa excesivo espanto a los hígados», la combinación maestra de las «fabadas» resulta insuperable para el gusto de quienes, al otro lado del Atlántico, tenemos en nuestra memoria genética la gastronomía de los padres emigrantes.

Las «fabas», en un original lugar llamado La Máquina, apoyadas con un arroz con leche como solo podría hacer «mijuela» –derivación de «mi abuela»–, fue punto culminante de ese contacto con la Asturias real, la que por mucho describir no logran reflejar en todos sus matices los folletos para turistas, y que la llamada modernidad de industrias enlatadoras y embotelladoras pudiera poner en peligro.

Fórmula pendiente

Muchas cosas aguardan otras oportunidades para salir a la memoria, entre ellas el dolor aún sentido ante la Fosa Común del cementerio de Oviedo, en la que yacen dos mil patriotas republicanos asesinados durante el franquismo.

Conocimos solo ligeramente empeños y críticas ante la creciente europeización de la economía asturiana, palpamos apenas retazos de una gran historia y presentimos más que vimos la potencialidad de una pujante nación.

La única conclusión posible en aquel fugaz vistazo, compromiso y deseos combinados, es que para adentrarnos en la raíz de las cúspides apreciadas solo en la distancia, y aquilatar más el sentimiento y proyección de sus gentes, tesoros eternos imposibles de devaluar, a Asturias habría que volver.

A los efectos de agrupar varios de los relatos por temáticas he dejado para más adelante otros momentos clave del colofón de esta secuencia ibérica, como los Juegos Olímpicos de Barcelona y la visita del Comandante en Jefe al terruño.

DEPORTES

PASIÓN DESDE LAS GRADAS

Amigo de los deportes desde mi temprana infancia de pelotero y luego como jugador de baloncesto, la peculiaridad del trabajo de periodista me posibilitó y obligó a participar desde las gradas en competencias que hubieran estado fuera de mi alcance como frustrada estrella del terreno.

Así fue que disfruté reportando certámenes de diversos niveles, incluidos los más cimeros. Momentos centrales de estas vivencias fuera de mi país estuvieron en un Campeonato Mundial de Natación, un torneo internacional de boxeo y unas olimpiadas.

En todos los casos, apreciar el despliegue de músculos, agilidad e inteligencia fue condicionado por el deber de informar sobre ello, lo que implicaba una actitud consciente, diferente al común disfrute despreocupado del espectáculo.

En una primera etapa de mi vida profesional desestimé la tentadora oferta de ser exclusivamente periodista deportivo porque, según supuse, convertir la afición en obligación le quitaría rango a su disfrute, aunque por aquellas fechas solo practicaba el más intelectual de todos: el ajedrez.

Las primeras tareas al frente de una oficina –Bulgaria, 1974– me hicieron comprender que a un corresponsal nada le puede ser ajeno, y que en el deporte, como en la cultura y otros campos de mi interés personal, hay terreno más que propicio para materiales periodísticos de gran interés humano.

Comencé a aprender entonces, además, que placer y profesión, lejos de ser excluyentes, son una combinación indispensable para una realización plena como individuo.

Como botones de muestra de esa vertiente de mis actividades periodísticas por el mundo, le presento anécdotas del III Campeonato Mundial de Natación, en Berlín Oeste, de 1978; la Intercopa de Boxeo de 1984, celebrada en la ciudad germanoccidental de Karlsruhe; y los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992.

POLO ACUÁTICO

NADAR FUERA DEL AGUA

Ese no ha sido mi fuerte: nadar, lo que se dice nadar, muy poco. Alguna tirada forzosa desde el muelle de una playa marianense para no quedar mal ante las chicas de mi grupo juvenil; buceo elemental con careta casi en la orilla (para dar pie en caso de emergencia) y ejercitar mis pulmones sosteniendo la respiración (eso sí, con la nariz bien apretada por mi mano).

A eso limitaba mi experiencia acuática hasta que tuve que aprender reglas, marcas, modalidades y otros pormenores de las competencias oficiales ante la cobertura de un mundial de deportes acuáticos en piscina olímpica.

Poco interés noticioso despertaba para los clientes de mi agencia aquel maratón acuoso que se desarrollaría en Berlín Oeste, la parte de la otrora capital del Reich alemán bajo la jurisdicción de los aliados occidentales. América Latina casi no tenía participación ni destaque ante las potencias de la natación mundial. Solo los clavadistas mexicanos ofrecían alguna esperanza de lograr algo.

En el polo acuático, sin embargo, Cuba asistiría con un equipo que comenzaba a alcanzar resultados internacionales, y a sus peripecias nos dedicamos casi por entero mi colega Félix Albisu y yo.

Nos hicimos habituales de entrenamientos y partidos, y logramos una buena cobertura, a pesar de tener que cruzar a diario desde nuestra sede berlinesa hasta el extremo oriental de esa ciudad ajena, enquistada en el territorio de la República Democrática Alemana.

A pesar de lo mucho que trabajamos hubo dos episodios nada deportivos que nos quedaron asociados a aquella faena. El primero fue haber visto, y casi no entender por su doblaje al idioma alemán, el escándalo cinematográfico de la época: *El último tango en París*.

A la invitación que nos hicieron una noche los directivos del polo acuático cubano para conocer aquella novedad fílmica de la que todos hablaban, mi colega y yo correspondimos con otra no menos curiosa y, para los cubanos, aún más inusual: visitar un FKK.

Por esas siglas eran identificadas en territorio germano las áreas destinadas al nudismo, sana y desprejuiciada costumbre que permite asimilar más plenamente las bondades de un sol que se oculta por largas temporadas en esas y otras más nortañas latitudes.

El hecho es que, concluida la fase competitiva, un mediodía de aquel efímero verano, trasladamos a federativos, entrenadores y un árbitro cubanos a una insignificante praderita que nacía, en declive descendente, justo al lado de una de las muchas avenidas de aquella parte de la ciudad donde el modo de vida tenía que adaptarse a las peculiaridades del entorno.

Era un lugar que habíamos descubierto casi por accidente en nuestras indagaciones periódicas, ayudados por un colaborador que «se las sabía todas y las que no, se las imaginaba».

Al final de aquella explanada de breve hierba, con una extensión menor que la mitad de una cancha de fútbol, un brevísimo charco de agua al que le llamaban *lago* y unos cuantos árboles, daban justificación al destape que se producía en el área cuando llegaba el sol.

Recuérdese que el carácter mediterráneo de Berlín Oeste hacía de una playa una quimera solo alcanzable salvando centenares de kilómetros de autopista.

Aunque aparentamos la mayor naturalidad al incorporarnos al ajeteo de cuerpos desnudos, el conservarnos vestidos, ser numerosos y del sexo masculino y hablar un idioma desconocido, nos convirtió en foco de atención; sin embargo, fuimos asimilados por los naturistas como intrusos no peligrosos.

Nos sentamos en el césped a conversar sobre el insólito panorama que variaba por minutos, porque era la hora del almuerzo y muchas, repito, muchas empleadas de los alrededores aprovechaban ese tiempo para degustar un emparedado sin las limitaciones que produce la ropa para masticar.

Incluso había sus excentricidades, como aquel señor pequeño y grueso que paseaba una deforme anatomía inferior, de testículos anormalmente gigantes, como si fuera un emperador romano.

La visita, que iba a ser breve, lo fue mucho más porque sucedió algo que me temí desde el momento en que uno del grupo, un musculoso que había sido polista destacado hasta hacía unos años, se le ocurrió dejar el torso al aire para broncear su ya morena piel.

A los pocos minutos, un esmirriado y casi albino concurrente, con una toalla al brazo como única vestimenta, pasó por nuestro lado, descendiendo hacia el vórtice del lugar, detuvo su paso al apreciar al ébano criollo que reía a carcajadas de un chiste cualquiera, y pidiéndole permiso –en alemán por supuesto– tendió su huesuda figura a poca distancia de donde estábamos.

La incomodidad que produjo ese acercamiento fue rebasada cuando, mirada lánguida por medio, comenzó a dirigirse a nuestro amigo, que como un resorte se puso de pie y con palabrotas irrepetibles en un texto serio, nos obligó a todos a dejar aquella excursión que ninguno volvería a repetir.

BOXEO

PUÑOS DE LEYENDA

La noticia me llegó con cierta envidia: en Karlsruhe, suroccidental localidad de la entonces Alemania Federal, un equipo cubano de lujo participaría en la IV Intercopa de Boxeo Aficionado, que se celebraría del 1 al 5 de mayo de 1984.

Desde mi oficina en Bonn podría dar los resultados gracias a diversos mecanismos, pero nada compensaría la ausencia del testimonio.

Éran épocas complejas, de protestas por la instalación en suelo germano de los cohetes estadounidenses de alcance medio, los Pershing II, y otros acontecimientos de interés, pero di rienda suelta a mi entusiasmo y propuse trasladarme para una cobertura en vivo de nuestros campeones. Y para mi sorpresa y alegría recibí el Ok.

Ese fue el desplazamiento periodístico de más largo alcance que pude realizar dentro de la República Federal Alemana, y el único en el que permanecí más de un par de días.

El obstáculo mayor –quizás el único– estribaba en encontrar un lugar donde pernoctar que estuviera al alcance de los modestos recursos económicos que disponía. La fórmula que apliqué es de las que conocen muchísimos enviados especiales cubanos al extranjero: la solidaridad.

A través de amigos me alojé en la casa de una pareja integrada por colombiano y yugoslava, quienes me atendieron como un familiar más, de los que se reciben con el corazón y la sonrisa, sin formalidades ni falsos entusiasmos.

El único inconveniente de ese hogar provisional era la distancia que lo separaba del lugar de las competencias. Para llegar al Europahalle de Karlsruhe tenía que vencer casi un centenar de kilómetros porque mis nuevas amistades vivían en Heidelberg.

La excelente autopista y mi poca recomendable característica de tener siempre prisa hacían breve ese recorrido matutino y madrugador, el de ida y vuelta entre las dos ciudades, lo que dejaba en la categoría de engorrosa monotonía un paisaje para ser disfrutado.

Los colosos

Compartir con aquella pléyade de grandes del boxeo cubano constituyó una de las mayores recompensas profesionales de mi labor en el exterior.

Encabezados por el tricampeón olímpico Teófilo Stevenson, la escuadra antillana contaba con otros nueve púgiles, entre ellos Rafael Saíenz, Pedro Orlando Reyes, Ramón Ledón, Carlos García, Candelario Duvergel y Ángel Espinosa. Entre los 132 peleadores de 16 países también estaba otro superfavorito cubano, Pablo Romero, quien finalmente no participó por encontrarse indispuesto.

Presencié derrotas sorprendentes como la del titular mundial de los 75, Bernardo Comas; del campeón panamericano de los 91, Aurelio Toyo, y del doble monarca olímpico Ángel Herrera.

Conquistar 26 triunfos con solo tres reveses –dos muy dudosos– ante los mejores púgiles de la República Federal Alemana, Hungría, Bulgaria, Italia, Rumania, Nigeria, Checoslovaquia, Estados Unidos y otras potencias del deporte de los puños, ratificaba la jerarquía del boxeo aficionado cubano.

Las firmas de nuestros muchachos, incluida la del entrenador principal, Alcides Sagarra, parecen ahora proclamar, desde la carátula del programa que conservé como recuerdo de aquellos momentos, la permanente disposición de victoria de los colosos, con la que mantienen a la escuela cubana como la mejor de comienzos del siglo XXI.

BARCELONA '92

REPORTES E IMPRESIONES

A aquella fiesta del músculo, la agilidad, la destreza y otras características físicas sobresalientes asistí como un reportero más. Dejé la dirección del colectivo a quien lo hacía en la lejana Central, y me sumé a la euforia de escribir, todo el tiempo, sobre los deportes y países asignados. Por supuesto que no me ceñí a lo indicado. Una muestra de ello fue «El modelo olímpico», una crónica muy especial, aún vigente cuando usted la lea:

Será el que salta y se golpea los nudillos con el aro o la chica que cae extenuada tras kilómetros de marcha forzada, pero voluntaria.

Estará en el que ríe por el oro o llora por dentro al sentir la vergüenza de representar algo ajeno a su historia.

Tendrá en la memoria intentos y fracasos anteriores, y la angustia de la incertidumbre ante el resultado presente, o recordará la euforia del último triunfo y tendrá la confianza que da una larga preparación.

Pensará en la familia, el hogar y la patria, o calculará fama, beneficios y perspectivas si conquista la victoria.

Sonreirá complacido por su éxito o se ufanará de él; asumirá el revés con dignidad o denostará de la suerte, de los árbitros o hasta de una mala digestión para justificarlo.

Bailará en las noches de Villa Olímpica sin medir energías, o las conservará, parapetado tras un libro, en espera de la hora de competir y liberarlas.

Será de esa mayoría que en grupos anima a sus compañeros, produce chistes y lanza o recibe piropos, o de los menos que se asilan en la meditación y desean pasar inadvertidos hasta que enfrentan su destino deportivo.

Medirá dos metros o no alcanzará la ropa de la taquilla sin ayuda de una banqueta; será esbelta para la gimnasia o un fornido del levantamiento de pesas; soñará aún con las maravillas de la adolescencia o meditará con la sensatez que dan los años.

Son hijos de las urbes y las praderas, de las calles, los mares, el desierto y la montaña. La piel como el arco iris de la humanidad, y los ojos de las diversas formas y colores que la evolución conformó.

En la disparidad de caracteres, fisonomías, propósitos sociales, singularidades étnicas y doctrinarias, ambiciones y aspiraciones individuales, con la polaridad de los sexos y la multiplicidad de orígenes, se encuentra el imperfecto modelo olímpico de hoy.

Lo visible y lo real

Las condiciones que garantizaron los anfitriones para el desarrollo de los XXV Juegos no se vieron empañadas. Quejarse hubiera resultado cosa de ingratos; pero más allá de lo evidente cabía preguntarse si la Ciudad Condal en tiempos normales era como se veía entonces, con avenidas y calles tranquilas, aunque atestadas de público; chicas y chicos sonrosados y sonrientes que a toda hora saludaban con un amable «hola».

Para muchos moradores aquello era una especie de espejismo olímpico, pasajero como los propios juegos. En las estaciones del metro, a diferencia de sus similares en Madrid, París o Londres, no había pedigüños ni artistas ambulantes. En los parques ni un solo ebrio trasnochado disfrutaba en el banco de sus sueños.

Solo en la lejana boca de la estación Clot, donde cada mañana algunos periodistas abordábamos el tren de la línea uno, había un hombre de mediana edad, que de rodillas y sin decir una palabra, solicitaba la dádiva del transeúnte con el sombrero en el piso.

Algo parecido vimos en solo una y fugaz ocasión a la salida de la Plaza de España, donde comenzaba el principal grupo de instalaciones de los juegos. Era una anciana, vestida de negro, quizás una gitana por los rasgos, que a la media hora ya no estaba por todo aquello.

El dispositivo policial parecía ser efectivo no solo en garantizar el orden, sino también en maquillar el entorno. Por algo los inmigrantes tercermundistas temían pisar la calle debido a las «identificaciones permanentes, cuando no detenciones y expulsión», como señalaba el diario *El País*.

El despliegue de los uniformados «actúa como elemento disuasor» entre esa comunidad marginada, cuya competencia diaria era por encontrar trabajo. Para ellos, Barcelona por aquellos días era una ciudad prohibida.

Fe y deportes

Mientras unos daban gracias a Jehová por las medallas alcanzadas, otros las trataban de alcanzar para el islam, y un tercero advertía que «el límite físico del atleta está en Dios».

Un reportaje del diario *La Vanguardia* reflejó a través de entrevistas con los responsables religiosos del centro Abraham, instalado en la villa olímpica, la relación entre fe y deporte desde la perspectiva de sus distintas doctrinas.

El coordinador católico, Salvador Pie, dijo en una homilía que el atleta «busca sus límites humanos en el horizonte de la sobrenaturalidad, allí donde el hombre más se asemeja a Dios».

En una misa ofrecida en varios idiomas, para ser comprensible desde mexicanos a kenianos asistentes, Pie dijo que «lo importante no es ganar o perder medallas, sino que la vida tenga sentido».

Quien dirigía las oraciones en la sinagoga, Michel Jalfon, señaló que en el centro interreligioso los judíos habían convivido con los musulmanes sin problema alguno, aunque eludió pronunciamientos políticos.

Mientras, el imán Abdullah Ibn Al Jabbaz (Nicolás Roser, profesor universitario en Málaga), afirmó que la práctica deportiva es consustancial al islam, y recordó la exigencia del profeta de enseñar a los hijos a nadar, montar a caballo y lanzar jabalinas.

En una *jutba* o sermón musulmán, el imán exhortó a los deportistas con su fe a «ganar para cumplir el mandato del profeta de sacar rendimiento a vuestras posibilidades físicas».

El pastor protestante Josep Cabedo, junto con pedir ayuda a Dios, dio recomendaciones prácticas para la concentración, lo que no necesitaban los estadounidenses porque traían un consejero espiritual en cada equipo.

El único con vestimenta no occidental, el budista Thubten Wangchen, afirmó que «si solo tenemos poder mental no ganamos, pero si solo tenemos músculos nuestra vida carece de sentido».

Subrayó que la positiva experiencia de coexistir cinco religiones aquí muestra que solo la gente ignorante, y por ello manipulable, ha podido hacer la guerra en nombre de Dios.

Todo bajo control, sin eufemismos

Saberse controlado y no incomodarse parece ser una insólita virtud que supieron extraer los organizadores de los juegos de la XXV Olimpiada, de los involucrados en esas complejas jornadas.

Todos allí estábamos con la intimidación computarizada. Por grandes y negras letras mayúsculas (solo una *E* para los reporteros) sobre fondo amarillo se sabía a qué actividad se dedica el portador de una credencial casi del tamaño de un babero de bebé.

La garantía de que el portador es quien debe, la daba una fotografía tomada en el mismo momento de hacer la identificación olímpica, la cual mediante la magia de la computación se confeccionaba en un minuto, plastificación incluida para evitar adulteraciones.

No obstante las precauciones, el acceso a todas las instalaciones se realizaba pasando por técnica de avanzada y no solo por el registro manual ni los arcos detectores de metales, habilitados como si de un aeropuerto se tratara.

Para ingresar incluso al centro principal de prensa no bastaba con parecernos al de la foto que llevamos sobre el pecho: una especie de pistola de láser, con pantalla de cristal líquido, era la encargada de leer el código de barras de la identificación, como productos de nuevo tipo que pasan por una caja contadora.

Si todo coincidía y era como debía ser, podíamos acceder a los lugares que nos correspondían, aunque a veces de cualquier lugar saliera un uniformado para pedir que arregláramos la curiosa pechera porque la cadena de la que colgaba se había torcido y nuestra imagen nos miraba el estómago.

Si estas eran las medidas visibles para los controlados participantes de esos juegos, había otras muchas que se sabían o suponían para el resto. Por eso Barcelona era también llamada la *capital de los sensores*.

Desde cuatro minisubmarinos buscabombas y redes que cerraban el acceso al puerto, hasta vallas, muros y personas dotadas de sensores y helicópteros con células y cámaras de televisión, la red de seguridad desplegada en torno a esa cita era también de categoría olímpica.

El gran espía, como le llamara un diario al sistema que cuenta con 1 500 planes operativos, mostró su efectividad, sin aparatosos despliegues ni hostilidad evidente, aunque pudiera haber resultado algo incómodo escribir con un señor a la distancia, que pasea y observa a todos con cara de aburrimiento como el que tenía muchas veces frente a mí.

Elitismo y olimpismo: ¿conceptos compatibles?

En los XXV Juegos algunos parecían pensar que si *olimpiada* deriva del concepto griego *Olimpo*, lugar inaccesible a los mortales donde moraban los dioses, ellos deben tener lugar aparte entre los que disputaban lauros.

El exponente más criticado en ese sentido fue el equipo de baloncesto masculino de Estados Unidos, los profesionales de la NBA –siglas en inglés de la liga para la que trabajan–, quienes se alojaron en un lujoso hotel de 900 dólares la noche.

El propio jefe de la misión norteamericana, Leroy Walker, los criticó, al igual que a adinerados deportistas de campo y pista y de tenis, por hacer tienda aparte y no compartir con el resto de la familia olímpica.

Walker, que entonces era el posible próximo presidente del Comité Olímpico Estadounidense, se opuso: «No me interesa quién tú eres. Si quieres vivir esta experiencia (la de una olimpiada) debes participar de ella y no ponerte por encima».

Esa es la impresión que dio, desde mucho antes de llegar a Barcelona, el afamado conjunto de la bandera multiestrellada. Las majaderías de algunos, desprecio de otros por sus rivales y una alta dosis de autosuficiencia en todo tipo de juicios, le fue restando esplendor a su aureola deportiva.

El *International Herald Tribune* indicó sobre la compleja situación que se presentaría con ese equipo en ocasión de la premiación olímpica, ya que algunos querían lucir en esa ocasión prendas de las firmas con las que tienen contratos y no la que patrocina su conjunto.

Uno de los más ensalzados deportistas de todos los tiempos, Michael Jordan, había amenazado con no subir al podio si «no le permiten hacerlo con ropa de la marca a la que le une un succulento contrato publicitario», indicó *Diario 16*.

Esas conductas de los nuevos dioses del Olimpo competitivo los distanciaban más del resto que sus propias habilidades y calidad deportivas.

Baloncesto

Me tocó –¿en suerte?– el espectáculo más promovido de los XXV Juegos: el baloncesto. Un poco pensé desquitarme tecleando la computadora del ejercicio frustrado por lesiones de mi deporte favorito; sin embargo, hubo sabor «agridulce» en ese torneo. En mis reportes así lo traté de indicar:

Con paseítos del balón en espera del pitazo final y la victoria de 117 a 85 sobre Croacia, los profesionales estadounidenses del baloncesto masculino concluyeron el espectáculo con más promoción de la XXV Olimpiada.

Ese fue el único deporte con atención preferencial de los medios españoles –la televisión transmitió en directo el partido final– en los que no descolló el país anfitrión.

Páginas y más páginas de diarios y revistas, vallas de ocho pisos de altura, reportes de dónde, cómo y con quién vivían, hasta especulaciones y chismes de toda clase, hicieron de la selección norteamericana el foco de atención de los juegos.

En contraste, y como ejemplo contrario, el flamante recordista del orbe en los 400 lisos, Quincy Watts, departió amigablemente con reporteros cubanos en un encuentro organizado por una firma deportiva, sin el asedio espectacular que acompañó a los jugadores de la NBA.

Las quejas de que no los dejan caminar tranquilos, ni pasear a sus hijos –todos estuvieron acompañados por sus respectivas familias– tuvieron sabor de falso lamento, porque contribuyeron a acrecentar su popularidad.

En el terreno se demostró la alta calidad de individualidades incorporadas a una maquinaria cuyo objetivo era rescatar el orgullo herido de los creadores del baloncesto, que ya no ganaban competencias de esta categoría con sus universitarios semiprofesionales.

Aunque para muchos jugar contra ellos significaba codearse con leyendas promovidas por una publicidad sin paralelo, el baloncesto como deporte tendrá que sacar sus propias conclusiones de lo sucedido en esta ciudad Condal.

En el estadio de Badalona, con croatas que no se amilanaron ante la calidad y la fama, algunos hacían paralelos de los flamantes campeones olímpicos con el espectáculo que, como circo ambulante, llevó por el mundo a otros magos de esta disciplina: los Globers Trotters.

En aquel caso, las presentaciones contra «equipos de trapo» dejaron, cuanto más, el recuerdo de grandes malabaristas, excéntricos que no inspiraban a los aficionados a imitarlos porque estaban fuera de su alcance.

Después del debut de un equipo pesadilla para sus rivales, habría que haber analizado si, además de revitalizar el ego maltrecho de sus promotores, cuál fue su saldo para el baloncesto mundial.

Año cero para el baloncesto olímpico masculino

«La distancia es abismal y no hay competencia posible», conclusiones sobre el certamen olímpico de baloncesto masculino reflejaban, muy a su pesar, desaliento y frustración más allá del espectáculo presenciado aquí.

En esta disciplina de los Juegos de la XXV Olimpiada no se disputó medalla de oro: ya estaba concedida de antemano a los profesionales estadounidenses, quienes fueron a divertirse jugando a jugar baloncesto, según dijeron y los demás admitieron.

Las diferencias entre dos mundos, el de los millonarios de ese deporte y el de los que aspiran a ganarse la vida con él, mostró con fuerza única que casi no hay cabida en ese tipo de olimpismo para los que se satisfacen solo con competir bajo los colores patrios.

La mayoría de las figuras sobresalientes de los restantes equipos estaban asociadas a clubes profesionales de Estados Unidos. Estrellas aisladas como Sabonis, Petrovic, Marchulonis, Volkov y Kukoc, no pudieron opacar el brillo de la constelación nortea.

Al mérito de ser los mejores por un largo trecho, en justicia debe añadirseles a los hombres de la NBA y a su instructor Chuck Daly haberse empleado con mesura equitativa.

Todos intervinieron y se distribuyeron las acciones, con breves dosis de la espectacularidad que todos le conocen gracias a la difusión mundial de la televisión estadounidense.

Por ello se explica que el mejor de sus anotadores, Charles Barkley (144), quedara en octavo puesto del certamen (líder Oscar Schmidt, de Brasil con 198) y que más rebotes capturara el venezolano Carl Herrera, el décimo en el torneo, que Pat Ewin o David Robinson.

Ninguna figura de Estados Unidos lideró ni en tapones, ni asistencias. Solo Michael Jordan fue el que más balones robó (37) a pesar de que se empleó tan a media máquina como el resto de sus correligionarios. Por ello también fueron los que menos faltas personales cometieron.

Los españoles, por solo los efímeros dos minutos iniciales, fueron los únicos en salir adelante en el marcador ante ellos. Hubo algunos partidos que el aro parecía sellado para sus rivales, como en la semifinal, cuando los lituanos vinieron a anotar el primer punto cuando ya tenían 17 en contra.

Los únicos que hicieron una resistencia digna fueron los croatas comandados por Drazen Petrovic, quienes en la final aplicaron la misma medicina usada por sus rivales: velocidad, genialidad y acierto, para lograr un 25-23 a los diez minutos.

La resistencia balcánica a ceder provocó el único momento de gran arte en el torneo, con un constantemente renovado quinteto estadounidense desplegando imaginación ofensiva y empuje defensivo para sofocar la rebelión en el primer parcial (56-42) y dominar sin libertades en el segundo, y así concluir 117-85.

La expectación creada por Jordan, Ervin «Magic» Johnson y sus restantes compinches fue alimentada sin cesar por la prensa, y encontró un entorno fértil en una afición española que, decepcionada por la actuación de su equipo, casi sintió como suyo al foráneo, cuyas figuras ve a diario en transmisiones de la NBA.

Tanta fue la atención centrada y monopolizada en ese equipo fuera de serie —«de otra galaxia», «reina en otro mundo» y «ensueño», entre los piropos que le atribuyeron— que en lo demás poco se interesaron.

Uno de los que más análisis le dedicaban al baloncesto masculino, el diario ABC, resumió el saldo restante con «muy limitado el de Lituania, serio el de la Comunidad de Estados Independientes, que ahora deberá desgajarse y perderá fuerza».

Sobre los restantes lugares sintetiza: «Discretos Brasil y Australia, vulgar Alemania, irregular Puerto Rico; deslumbrante, por su novedad, Angola; fatal Venezuela, y sin progresar China».

Al «equipo pesadilla», el español, solo se le atribuyeron reproches, en especial a su director técnico, Díaz Miguel, y se pidió —clamor unánime— de que «se barra la casa para volver a empezar».

Habría que introducir en los criterios la variable del desconcierto que, a juicio de algunos, representó enfrentar a las leyendas vivas que buscaron restablecer el honor que ya los casi profesionales universitarios habían perdido desde Munich.

Más allá de análisis apasionados, que siempre abundan en medio de torneos o de crisis —que para este caso es lo mismo—, lo sucedido en Barcelona '92 debería motivar una reflexión perspectiva para que, más allá de un país, sea el deporte el que gane.

La inclusión de una selección de estrellas profesionales se entronizó desde entonces como costumbre en esas lides, como ya lo era en el tenis de campo. Desde entonces se tuvo que hablar de los XXV Juegos como los del año cero del baloncesto olímpico, el inicio de una era en la que muy pocos contarán.

Dinero, dinero, más dinero

A ese poderoso atleta sin patria dediqué más de una nota. Para este libro hice una selección que ilustra también el presente y alerta sobre el futuro:

Como resultado deportivo sobresaliente, se escuchaba hablar en Barcelona de un componente cada vez más decisivo y discriminador en el mundo contemporáneo: el dinero.

Costos, inversiones, derechos y beneficios estaban en la jerga deportiva casi tanto como los términos marcas, victorias, reveses y competencia, aunque este último es común a ambas vertientes.

Al hablar de los «juegos superlativos», la revista Barcelona Olímpica comenzaba su descripción de la fiesta cimera número 25 con cuánto y dónde se gastó para hacerla posible (unos ocho mil millones de dólares).

Los ingresos que recibieron los organizadores por concepto de derechos de radio y televisión (unos setecientos millones en total) reflejaban la tendencia de estas citas. Solo la NBC estadounidense desembolsó más de cuatrocientos millones cuando en Seúl fueron trescientos, Los Ángeles doscientos veinticinco, Moscú ochenta y siete y Montreal veinticinco.

Más que en ningún momento, el imperio del dinero se dejaba sentir en una actividad que nació con otros objetivos. Al menos así se interpretó el mensaje del barón de Coubertain durante la mayor parte del siglo XX.

Más alto, más rápido y más fuerte eran ya las pugnas, a veces no tan soterradas, por ser «promotores olímpicos», una categoría que combina economía y deporte y que

parecía proclamar que, en nuestra época, sin el primero no hay posibilidad para el segundo.

El llamado equipo sueño del baloncesto de Estados Unidos era la cúspide de un tómpano constante y sonante que cada vez afloraba más en el mundo deportivo. Cuarenta millones de dólares ganaban en una temporada sus profesionales, sin contar con otras colosales sumas por concepto de publicidad.

De ella vivía Carl Lewis como nuevo Dimas, que en vez de manos utiliza los pies para convertir en oro todo lo que pisa. Sus fotos en colores, incluso en las paradas de ómnibus, lo mismo anunciaban zapatillas (usa unas desechables de 200 dólares) que equipos de video.

La fuerza del oro convertido en papel hizo que la propia revista catalana dedicada a la olimpiada destinara el reverso de su portada a un anuncio que nada tiene que ver con España, de la firma que hacía los uniformes de los baloncestistas nortños.

Desde ese punto de vista, la XXV Olimpiada parecía más estadounidense que española. A la propaganda tradicional se sumaron inéditas ideas como la de una tela de seis pisos con Michael Jordan, que sorprendía en la Gran Vía barcelonesa.

En otra vertiente del problema –la profesionalización de los deportistas–, también el equipo de los jugadores-negociantes de la NBA era solo un punto de máxima referencia y no el único.

Atletismo, baloncesto, voleibol y tenis de campo contaban con ricos exponentes (el calificativo no es figurado, sino monetario); pero en otros se reflejaba elitismo solo al alcance de los adinerados como el yatismo o el hipismo.

Se anunció que los profesionales del ciclismo estarían presentes en los juegos, y que también en próximas citas se contaría con rentados del balompié, con la única condición de tener menos de veintitrés años.

Por ese camino se vaticinaba lo que se hizo realidad antes de concluir el siglo: la inclusión de peloteros profesionales en el recién estrenado entonces béisbol olímpico.

De continuar prevaleciendo la mentalidad de «quien tiene puede», con énfasis en las arcas y no en las virtudes físicas, no es disparatado pensar en una futura decisión olímpica, acorde con la brecha económica creciente, que llevaría a que los países compitieran en grupos debido a su solvencia financiera.

Negocios e ideales

Más se hablaba en Barcelona '92 de recuperar inversiones y elevar ganancias que de mejorar sistemas de entrenamiento, modernizar conceptos de juego y lograr que las olimpiadas sirvan también para alcanzar récords del orbe.

Se sabía mucho más del dinero empleado para organizar estas competencias que de los esfuerzos que muchos tuvieron que hacer para concurrir a ellas.

Por todos lados se veían anuncios de los nuevos socios colaboradores y 27 patrocinadores oficiales de esos XXV Juegos, a los que se sumaban 25 proveedores y 41 empresas que suministraban material deportivo.

Los gastos de los organizadores estaban más que compensados por los ingresos por derechos de radio y televisión. Las sumas rebasaban los 1 500 millones de dólares. La inflación y la superconcentración, ocho años después, en Sydney 2000, fijaron esa cifra casi solamente para los derechos televisivos.

Los de Barcelona fueron llamados Los Juegos del Dinero. ¿Cómo podrían llamarse los de la localidad australiana y los venideros, a partir de la tendencia admitida casi como un fatalismo de la época?

En aquella ocasión se calculó por primera vez el precio de una medalla de oro, a partir de su contenido de 13,5 gramos del preciado metal.

Ya entonces se hablaba de ideas en el Comité Olímpico Internacional de eliminar deportes de su programa incapaces de generar audiencias rentables a los intereses de la televisión.

La pirámide empresarial que sostenía a ese tipo de olimpismo radicaba en la ciudad suiza de Lucerna, la International Sport Leisure, creada por el fundador de Adidas y asociada con Dentsu, la mayor firma publicitaria japonesa y del mundo de entonces, que manejaban un programa llamado TOP.

Ellos explotaron los mecanismos del consumidor, que han tendido a asociar los cinco aros olímpicos con el lema mente sana en cuerpo sano.

Desde la capital catalana se produjo un cambio muy importante, reflejado en el ámbito del lenguaje: se eliminó la palabra amateur o aficionado del vocabulario del olimpismo moderno.

El mercantilismo y el profesionalismo –comercio del talento deportivo– comenzaron más que nunca antes, desde entonces, a marcar pautas que relegaron a un segundo plano las metas y logros atléticos del ser humano.

La comercialización: presencia y porvenir

El interior de las instalaciones de los XXV Juegos mostraba un entorno de sobria combinación de azules olímpicos, un panorama inusual en las competencias deportivas contemporáneas, dominadas por las vallas anunciadoras.

La ausencia de atractivos colores y diseños, de la frase original y el impacto subliminal al consumidor, induciría a pensar que la comercialización del deporte de alto rendimiento había respetado fronteras o ya había alcanzado sus metas en este campo del quehacer humano; sin embargo, la invasión de firmas comerciales no cesaba. Por el contrario, aunque aparentemente inexistente en los escenarios, contribuía a la asociación entre los productos y sus fabricantes, y el desarrollo del deporte.

Así vimos cómo en cada detalle le asaltaba al deportista, al aficionado, a los admirados niños y jóvenes que siguen a sus preferidos, las excelencias de una gaseosa, de una marca de vehículos o de un consorcio de equipos electrónicos que eran patrocinadores oficiales de los juegos.

En Barcelona hubo «un líder mundial en sistemas de comunicaciones», el «caramelo de mejor venta mundial», «el motor del 92» y el que proclamaba que «detrás de un gran acontecimiento, siempre hay un gran banco».

El yogur, un alimenticio chocolate y la fotocopidora, cadena de tiendas por departamentos, casa editorial, industria de conservas de productos del mar y tarjeta de crédito formaron parte de la red de firmas a las cuales se les debía agradecer que tuviéramos la vigésimo quinta edición de las olimpiadas modernas.

En los mapas que se regalaban o vendían, en las guías que poseían las decenas de miles de visitantes que desbordaban la capital catalana, en los lumínicos, vallas en el

metro, secciones en diarios, espacios en la televisión –incluida la interna– y en la propia vestimenta, la comercialización se imponía.

Y aun cuando el símbolo olímpico sobre fondo azul en dos tonos predominara a la vista pública, pudiera no estar lejano el día que, a tono con las tendencias dominantes en el mundo, los cinco aros emblemáticos sean acompañados por una marca de dentífrico o una etiqueta de papel sanitario.

ALEMANIA

SER Y NO SER

Imposible encontrar el equilibrio y menos un juicio imparcial. Vivir en dos mundos diferentes obligó al contraste. El análisis de fondo desde nuestra perspectiva sobre la destrucción de uno de ellos sigue pendiente. Mientras, ahí van algunas ideas.

Los años más complejos en mi maduración profesional tienen sabor germano. Las dos únicas plazas en las que residí como corresponsal permanente tenían el mismo tronco nacional, de cultura y lengua; pero eran entonces ramas sociales, políticas, ideológicas y económicas muy diferentes.

Mis experiencias en ellas, primero en la República Democrática Alemana y Berlín oeste y luego en la Alemania Federal, se vieron siempre lastradas por el no dominio del idioma. ¿Cuánto más hubiera penetrado en sus realidades y comprendido sus contradicciones de haber sabido alemán? La respuesta es innecesaria, porque quedaría solo como referencia especulativa.

Tuve que apoyarme en traductoras en un lado y colaborador por media jornada en el otro para desentrañar los misterios que se me presentaban en forma de palabras o expresiones idiomáticas. El tiempo me ayudó para ir comprendiéndolo, sin estudiar, y llegó el momento que podía saber de qué se trataba, hasta con matices, pero era incapaz de eslabonar una conversación sin errores.

Esta consideración autocrítica la expresé cuando me tocó proponer y participar en la selección de corresponsales, incluidos los que marcharían a tierras no hispanohablantes. Sabía muy bien las vicisitudes y riesgos profesionales que podrían atentar contra un buen resultado. Yo tuve suerte.

Claro que a esa fortuna se sumó la creciente habilidad para leer entre líneas, auxiliarme de colegas y amigos bien informados, estar en los lugares oportunos en los momentos clave y centrar mi atención en el mundo latino que me rodeó.

Muchas veces he pensado que si semejante derroche de energías mentales lo hubiese empleado en ámbitos idiomáticos más favorables, incluido el inglés, los resultados hubieran podido ser superiores. Pero eso es también un criterio especulativo.

Lo cierto es que fueron seis años dedicados a extraer información y valoraciones del paisaje germano, en sus dos polos geográfico-políticos. Como muestra de ese prolongado período he escogido algunos pasajes que me son especialmente significativos. No por gusto comienzo esta sección con un relato inédito:

CUBA EN EL CORAZÓN

REGRESO A LO DESCONOCIDO

Vivía en Mainhausen, Alemania Federal, pero podía haberlo conocido en cualquier otro punto del planeta. Su devoción por la patria que nunca había visitado le acompañó por los siete mares.

Andrés Leandro Martínez Navarro es un nombre que no se inscribirá en libros épicos ni aparecerá en relatos de hazañas contemporáneas. Se trata solo de un modesto hombre que se empeñó en conservar su cubanía sin haber pisado jamás su patria.

Su historia cuenta con antecedentes que entrecruzan rutas de España a Cuba y el norte de África, y contiene episodios de apátrida sin rumbo y aventuras en decenas de puertos, para culminar en una familia cuyos hijos mostraban orgullosos sus pasaportes cubanos en un remoto pueblecillo del occidente alemán.

Los abuelos de Andrés Leandro eran de San Juan, en Pinar del Río, de donde emigraron a principios del siglo XX rumbo a África, en busca de la fortuna que habían perdido junto a sus plantaciones cubanas.

En Tetuán, Marruecos, instalaron Las Américas, una tienda en la que dieron sus primeros pasos cuatro vástagos, algunos de los cuales, pasado el tiempo, continuaron sus vidas en su isla del Caribe.

El inquieto Martínez, tras enviudar, liarse con una gitana en España y casarse nuevamente en Cuba, murió en el viaje que emprendió para recoger a sus pequeños, huérfanos de madre, en el lejano Marruecos.

El padre de Andrés Leandro fue internado en un colegio y llegó a estudiar periodismo en una escuela religiosa. Al enfrentar la vida con carrera propia –distanciado de la familia por sus ideas de izquierda– fundó una publicación en Tetuán, de la cual era desde director a gacetillero y repartidor.

Casado con española, la familia Martínez Navarro tuvo que ampararse en la neutral Tánger en 1936, cuando Andrés tenía cuatro años, por ser perseguido su padre debido a sus posiciones radicales y antifranquistas.

Desde el diario *El Porvenir* siguió haciendo de las suyas hasta que la policía española, no respetando el estatuto de ciudad libre, trató de apresarlo. Logró introducirse en el consulado británico con su pequeño hijo, narrador ahora de tantas vicisitudes.

De allí viajó a Barcelona y luego estuvo en el frente español con las tropas internacionalistas. Tras su derrota, recalaron en Francia, y desde Marsella volvieron a Tánger, donde abrió una librería, ya enfermo de tuberculosis.

En aquellas callejuelas estrechas del norte africano un día ondeó una pequeña bandera cubana. Los árabes, al ver la estrella solitaria, a pesar de tener solo cinco pun-

tas, pensaron que era una enseña judía e hicieron pasar un sobresalto a sus dueños hasta que lograron explicarles su procedencia.

Desde entonces tuvieron una especie de guardia de honor simbólica en el Zoco Chico, hasta que se trasladaron a una pequeña granja, donde su padre murió al poco tiempo.

APÁTRIDA CON BANDERA

De su juventud, Andrés Leandro hablaba poco. El recuerdo y enseñanzas de su padre llenaban y marcaban los recuerdos y sentimientos más preciados.

Cuando su madre volvió a casarse, retomando la nacionalidad española de su cónyuge, que asumieron después sus medio hermanos, él prefirió mantenerse apátrida legalmente, ya que no tenía documento alguno que certificara su condición de cubano, pues el cónsul honorario en Tánger le había perdido su pasaporte en 1944, cuando en esa ciudad solo había, además, dos familias coetáneas: los Rojas y los Seguí.

Casi adolescente comenzó una vida nómada como marinero en barcos con banderas piratas o mercenarias, según él mismo calificara.

Recorrió mares como mecánico de mercantes, yates y petroleros. Perteneció a la marina noruega y estuvo casado con una sueca. Viajó desde Hong Kong hasta Constanza –allí conoció a seis marineros cubanos, contacto que guardaba como preciado recuerdo; sin embargo, nunca llegó a las costas de su patria, a pesar de que en una ocasión estaba en su ruta.

Fue en 1963 –me contó aún con rabia– cuando el barco que navegaba desde Montreal debía buscar mercancías en Cuba. Inesperadamente recalaron en Jacksonville, Estados Unidos, y el capitán le explicó que, si llegaba a su destino original, la empresa naviera para la que trabajaban iba a ser bloqueada por las autoridades norteamericanas.

Desde el mismo 1959, con el triunfo revolucionario, le había escrito a Fidel Castro exponiéndole su solicitud de recuperar su estatus legal (viajaba con pasaporte marroquí de apátrida).

Mientras navegaba, siempre estuvo al tanto de los acontecimientos en su isla. Por ello se le pudo ver en Rotterdam (1963) girando 80 dólares como ayuda a los damnificados del ciclón Flora.

Decenas de pequeños episodios relacionados con Cuba y su condición de cubano de corazón brotaban en la conversación aquel domingo de 1985, durante el cual presencié en su modesta casa del sur de Alemania Federal la entrega de los pasaportes cubanos a sus dos hijos.

Él había obtenido el suyo en 1965, en Marruecos, donde conoció a una sonriente testigo de la conversación, la española Luisa Vivas González, con quien se casó en la embajada cubana en Rabat, primera ceremonia de ese tipo que se realizaba allí, según comentó.

De las anécdotas relatadas apresuradamente, en un español cubanizado, algo arcaico y con acentos indefinidos por la amalgama de lenguas aprendidas en su peregrinar,

quedó aquella de cuando se cruzó en Guyana con una embarcación cubana y cómo su emocionado y eufórico saludo seguro no fue comprendido por sus sorprendidos compatriotas. O cuando no pudo desembarcar en Israel, a pesar de sentirse muy mal, por su pasaporte cubano.

Tras sobresaltos con su salud (en Venecia le diagnosticaron problemas cardíacos y luego comprobó que era «extrañeza» de su hogar) abandonó el mar tras diecisiete años de bregar.

Luego trabajó en España en asuntos de petróleo, y en la década del setenta llegó a Alemania Occidental, como otros muchos emigrantes de la Europa infradesarrollada, en busca de mejorar su situación económica.

Establecido como mecánico, reparador e innovador en máquinas textiles, llevó su familia a Mainhausen, donde –al momento de entrevistarlo– esperaba la jubilación para entonces tratar de cumplir sus sueños: viajar a Cuba.

«Europa no me gusta», afirmaba delante de su familia, para la cual no era sorpresa su deseo de regresar al lugar a donde mentalmente siempre había permanecido para «aportar en algo mi experiencia y amor».

Aunque poco amigo de los políticos en su más amplia definición, apreciaba que «Fidel Castro ha llevado a Cuba hacia delante. Ha hecho cosas muy buenas».

Interrogado sobre el origen de esas convicciones, dijo que había escuchado al presidente cubano en transmisiones de radio, a veces cuando navegaba, y leía cuanto material sobre Cuba le cayera en las manos. Por todo lo que ha hecho –evaluaba– «le tengo simpatía».

Sus hijos también se sentían cubanos como su padre. Alexis, nacido en Tánger en 1971, explicó que su progenitor le inculcó el cariño y orgullo por su nación, y siempre que alguien le preguntaba no ha dudado en afirmar su cubanía.

Pasados los años, sin saber si lograron concretar sus planes, vibra como ejemplo muy presente el de esta familia que llevaba su patria en el corazón.

HAMBURGO

En la norteña ciudad germanoccidental viví una aventura que llamé «Pornografía y Sobresalto», derivada de un recorrido inusual para monógamos empedernidos. Había sexo para todos los gustos, incluidas ofertas vivas en vidrieras. Allí también experimenté los sustos de la profesión.

Sobre Saint Pauli se ha escrito mucho. Casi todos los que llegan a la norteña ciudad germanoccidental de Hamburgo lo conocen de referencia. La mayoría no se marcha sin visitar ese barrio. Yo fui uno más.

Estadísticas aparte, si este segmento portuario no ha impuesto récord en densidad pornográfica y de prostitución, ha sido porque otras ciudades costeras del norte de la vieja Europa y del Lejano Oriente encuentran también jugosas ganancias en los bolsillos de marineros, hombres de negocios y otros muchos visitantes de pocos días.

Junto con otros dos compatriotas decidí sumarme a los curiosos que nunca se convierten en clientes y, superando cierta incomodidad localizada en la boca del estómago, afronté un paseo a plena luz del día por aquellas callejuelas y alguna avenida.

Los anuncios de artículos o servicios normales en cualquier lugar competían en desventaja con los que incitaban a entrar en los numerosos locales del sexo.

La ausencia de sombras, luces artificiales y la animación que llegarían con la noche no impedían cierta zozobra en quienes no estábamos acostumbrados al ambiente que genera ese peculiar comercio, según dicen tan antiguo como la civilización, lo que no es precisamente un elogio a sus padres fundadores.

Aquel día de finales de la década del ochenta teníamos que esperar un par de horas antes de concurrir a un mitin de solidaridad con Cuba, y decidimos invertirlas en romper la autolimitación y ver por nosotros mismos una de las leyendas eróticas de la entonces Alemania Federal.

Desde el primer instante se hizo evidente que no era posible pasar por allí inadvertidos. A pesar de ser solo media tarde, desde ventanas entornadas, ojos demasiado maquillados para la hora nos miraban en nuestro curioso deambular. Sobre todo atraía uno de mis acompañantes, lo más lejano a un ario que se pudiera encontrar en aquella latitud.

Aquel más que trigueño amigo tenía atractivos superiores a los que caminábamos junto a él con aspecto de presuntos teutones. El color de su piel y una vestimenta sobria y elegante lo convertían en potencial cliente extranjero, posiblemente con suficiente dinero como para gastar a manos llenas en los placeres de la carne.

Es por ello que –nos tratamos de explicar después– los silbiditos y llamadas discretas nos siguieron a lo largo de aquel recorrido, al cual le imprimimos un creciente ritmo apresurado, como si incursionáramos en una selva plagada de serpientes de cascabel.

Para quien nos observara con cierto detenimiento éramos unos visitantes muy curiosos: evadíamos los *erotic-kino* (cine erótico) y más aún los especializados en la clientela *gay*, caminando por el medio de la vía pública.

Nos llamaba la atención cómo los «clubes privados» podían tener de vecinos inmediatos instalaciones con juegos infantiles y áreas deportivas a cielo abierto, como si esas actividades fueran compatibles.

Un anticipo de aquel sector lo habíamos apreciado en un curioso portón del Museo de la Cultura del Sector Rosa, cuyos altorrelieves dedicados a la práctica del sexo se explicaban por sí solos, más allá de los idiomas.

Un lugar prominente lo ocupaba el llamado Palacio del Amor (en francés, para hacerlo más tentador), con facilidades para aparcar vehículos en un acceso *crazy sexy* (sexo loco) que conducía a un *kontakthof* (sótano de contactos).

Entre pequeños hoteles y «bares íntimos», la edificación de cinco plantas descollaba además por la profusión de banderas estadounidenses que anunciaban «chicas, videos, sauna y solarios» como ofertas permanentes.

La atracción central del área, sin embargo, la constituía una pequeña calle sin acceso a automóviles, bloqueada por unas mamparas metálicas en ambos extremos.

La única advertencia policial que apreciamos en nuestro deambular la vimos inscrita en aquel valladar a la curiosidad: prohibía el paso a menores de dieciocho años y a mujeres.

Si habíamos llegado hasta allí, no se podía retroceder. Teníamos mucho más de la edad límite, y nuestro sexo no estaba discriminado. Todo lo contrario. Tras tomar lo que

pensé sería la primera de una serie de fotos, nos deslizamos entre la abertura dejada por los macizos portones.

Aunque íbamos preparados para conocer una de las calles-vitrinas de prostitutas más famosas del mundo, el lujo y minuciosa restauración que apreciamos en los añejos pero relucientes edificios nos hacía más deprimente la mercancía que mostraban.

No había que mirar a la distancia los ojos excesivamente embadurnados. Allí, casi al alcance de la mano, separados solo por un límpido cristal, se les apreciaba el hastío de sus dueñas.

Señoras ajadas, pasadas de la media centuria, alternaban grotescamente con jovencitas que podrían haber sido sus nietas. Había para todos los gustos, como rezaría en un manido comercial.

Nuestra marcha parecía pasar inadvertida para las marionetas de aquellas increíbles casas de muñecas, de colores claros, toldos franceses y cómodos divanes... hasta que la profesión me traicionó.

Nos faltaba aún la mitad del trayecto para alcanzar el otro extremo de ese inusual pasaje del sexo cuando se me ocurrió levantar la cámara que colgaba de mi cuello para dejar la constancia gráfica de lo que mis ojos veían. Entonces se desencadenó un infierno de insultos y amenazas.

Lo desacostumbrado de la escena me había hecho pasar por alto un pequeño pero decisivo detalle: la fotografía, aunque fuera solo el recuerdo de una imagen y no de un acto, también había que pagarla.

Sin dar muestras de tener la dignidad ofendida, bajé el equipo como si el espectáculo no me interesara («ustedes se lo pierden», les dije en español, entre otras cosas imposibles de reproducir aquí), y le dimos el impulso final a nuestras piernas para evitar encontrarnos con los regentes de aquellas criaturas, quienes de seguro estarían siendo alertados sobre la violación de una ley no escrita.

Por suerte, de aquella aventura solo tuvimos que lamentar el sobresalto que aún hoy casi siento cuando describo el viaje por la pornografía hamburguesa.

ESPOSA POR CATÁLOGO

Leer esta experiencia puede traer paralelos ajenos a la realidad que le daba lugar. Los riesgos valen la pena si se sabe diferenciar esencias y sacar acertadas conclusiones. Mis lectores seguro serán de ese grupo.

En la década del ochenta cada vez más germanoccidentales buscaban en Asia a la mujer de sus sueños, reveló entonces una publicación de Alemania Federal al abordar el tema de las agencias matrimoniales.

El *Reinischer Merkur* *und Welt* indicaba que muchos ciudadanos de ese país, «frustrados por la seguridad en sí mismas de las emancipadas mujeres, inseguros o simplemente tímidos, se dirigen a agencias matrimoniales que se han especializado en el mercado asiático».

Como si se tratara de un producto comercial, la oferta intentaba ser atrayente: «exóticas, baratas y jóvenes», lo cual evidencia un negocio redondo para las agencias, apuntaba la publicación.

Primero ponían anuncios en diarios de lengua inglesa en Filipinas y Tailandia, los principales suministradores de esposas del mercado germanoccidental.

Los datos de las aspirantes que se presentaban iban a engrosar catálogos y folletos, acompañados con fotos de bellas chicas en espera de los clientes, que a veces las destinaban a prostíbulos sin penalización alguna.

El *Reinischer* daba un ejemplo de la propaganda matrimonial: «¿Cómo son las filipinas? Sus encantos, su mentalidad natural y amistosa le entusiasmarán. Se someten y tampoco quieren salir solas. Ellas aceptan que usted sea el amo de la casa. Las tareas domésticas las cumplen a la perfección. Son cariñosas y de temperamento ardiente. La mayoría es católica y además virgen. El encanto y femineidad no lo han perdido aún. Ella está aquí para usted solo».

La operación tenía un esquema parecido. El cliente potencial encargaba un catálogo por unos veinte dólares, que le informaba sobre unas treinta candidatas. Después podía solicitar «cartas exclusivas» con «fotos originales» (cinco por 85 marcos).

Cualquiera podía ser ayudado por el servicio de traducciones de la agencia para redactar cartas de amor a la futura esposa (70 pfennigs por línea), o adquirir una «primera carta a mi futura amiga», en dos variantes (para personas de carácter alegre o serio) por solo 25 marcos.

Si los contactos fructificaban, el cliente hacía el encargo a la agencia para que resuelva las formalidades para el viaje a la tierra de su amada por unos cuatro mil marcos.

La predilección que gozan las asiáticas entre los hombres occidentales, según la publicación, se basa más que a menudo en clichés y prejuicios, pero también es al revés: «La prensa filipina y la televisión norteamericana muestran una tentadora imagen de bienestar occidental».

Expresaba la nota que «estas ideas se ven fortalecidas por la llegada en avión de altos turistas rubios que se pasan el día en la playa, que al parecer no tienen que trabajar nunca y que, sin embargo, disponen de una fuente inagotable de dólares».

Además, indica que para muchas filipinas su única alternativa es sumarse al ejército de más de diez mil prostitutas de Manila, al nuevo El Dorado del turismo erótico internacional o casarse con un extranjero. La realidad de la vida cotidiana disipa con frecuencia el sueño dorado de la joven asiática.

TRÉVERIS: AÑO 2000

Un pilar de un antiguo puente romano, construido en el año 17 a.n.e. en el río que la atraviesa, permite afirmar que Tréveris, en el sudoeste de Alemania, es la ciudad más antigua en tierras germanas.

Por orden del emperador Augusto se fundó Trier como resultado del desarrollo de la civilización romana en la región de los celta-germanos.

El florecimiento de Augusta Treverorum, considerada en su época de esplendor como extraordinariamente rica, fue el factor que determinó que se le otorgara, en el año 16 a.n.e., el título de Civitas Romana.

Etapa en el camino –nudo de comunicaciones en un valle fértil–, fue centro comercial e industrial, Ciudad de las Musas e incluso sede episcopal.

Su origen fue insólito, ya que esta colonia se encontraba en el más apartado rincón del imperio romano, y devino de enclave militar en centro urbano, cuya importancia moderna se centra en su valor histórico.

Dato elocuente de su antigüedad e importancia arqueológica es que los dos tercios de los mosaicos antiguos hallados en territorio germano proceden de la región de Tréveris, donde los celtas o treveranos se asentaron cuatrocientos años antes de la fundación de la ciudad romana.

Al ser reconstruida tras incursiones de los francos y alemanes, a finales del siglo III, la ciudad nuevamente se desarrolló, y culminó con la decisión de Diocleciano de convertirla en residencia imperial y capital del Imperio Romano de Occidente.

La imponente Porta Nigra data de aquella época. Domina en la actualidad una amplia calzada peatonal en el centro histórico de la ciudad, y es punto obligado de referencia para el que busque la huella romana en el norte europeo.

Una de las mejor conservadas del antiguo Imperio Romano, la Porta Nigra, curiosamente no fue construida de piedra arenisca de ese color, sino amarilla, sin argamasa. Su actual tono responde al musgo y a la contaminación del aire en siglos posteriores.

Los baños termales, glorietas y otras construcciones insólitas en estas latitudes constituyen permanente atracción pública. Resume asimismo la historia del medioevo y el despertar cultural, ya que fue metrópoli intelectual del imperio franco, bajo Carlomagno, y electorado dentro del Sacro Imperio Romano Germánico.

Su decadencia comienza a partir de la Revolución Francesa, que elimina los «principados eclesiásticos», de tal forma que su universidad, inaugurada en 1473 y cerrada por los franceses en 1798, no volvió a abrir sus puertas hasta 1970.

Por ello la combinación de épocas, esplendores y frustraciones, también representan cuño original de esta pequeña localidad, en la que disputaron su poder las autoridades espirituales y las públicas, fue objeto de querrela entre alemanes y franceses por su condición fronteriza, e incluso tiene la distinción de haber sido cuna del genial pensador y revolucionario Carlos Marx.

Su situación fronteriza repercutió en el orden económico, ya que no se le prestó atención en ese sentido. Era más una zona de despliegue militar, cuya misión consistió durante los siglos XIX y parte del XX en asegurar las fronteras alemanas.

Los partidarios del dios Baco también conocen a la Tréveris actual como centro de la región vitícola de Mosela-Sarre-Ruwer, una de las más famosas de Europa occidental.

Los atractivos históricos y arqueológicos de la bimilenaria localidad que ahora se levanta a ocho pies sobre el pavimento romano, la hacen uno de los focos de interés más sobresalientes para el turismo en Alemania Federal.

BERLÍN OESTE

LA MANZANA DE LA CONCORDIA

La vitrina occidental que pretendía hacer soñar con una Alemania capitalista de lujo ocultaba una fruta carcomida que muchos pretendieron ignorar.

Una vez oí a un humorista latinoamericano, y ahora me viene a la mente, que si hay algo peor que hallar un gusano en una manzana, es encontrarse con la mitad del gusano.

En el caso de una plaza como la histórica capital germana, las apariencias en su segmento occidental fueron factor de gran importancia para enmascarar realidades muy lejanas al oropel de una propaganda triunfalista.

Así al menos lo percibí a lo largo de dos décadas de frecuentes visitas, tantas que, si me hubieran acuñado el pasaporte en cada incursión, podría haber requerido un documento de identidad tan voluminoso como la Biblia.

Exageraciones aparte, el continuo paso por el punto fronterizo de la Friedrichstrasse, que desembocaba en el sector norteamericano de Berlín Oeste, me llevó por caminos que ahuyentaron misterios y refutaron fábulas con las que se atraía al turismo.

Cada una de mis incursiones al otro lado de esa ciudad dividida –no obstante la rutinaria frecuencia– representaba el tránsito de un mundo estable, acogedor, familiar y seguro a otro pleno de incertidumbre, vertiginoso y de agudos y hasta dolorosos contrastes.

Cada uno de esos tránsitos los realicé a través de un portón muy vigilado de una parte y extrañamente desmilitarizado de la otra, en la cual no se excluían sorpresivos registros policiales, secundados por perros, en busca de contrabando, drogas o simplemente de provocar sobresalto y humillación.

GÉNESIS

Al concluir la segunda guerra mundial, los 884 km² de la ex capital del Reich fueron distribuidos entre Francia (norte), Gran Bretaña (centro) y Estados Unidos (sur), en un gran segmento occidental, donde predominaban los barrios lujosos, y la Unión Soviética, en la parte oriental, muy poblada por obreros.

Los complejos orígenes de ese fenómeno geopolítico, prelude de la guerra fría, nacieron con la negativa occidental a «transformar a Berlín Oeste en una unidad política independiente, una ciudad libre, en cuya vida no habría de inmiscuirse ningún estado».

Según esa propuesta soviética, de 1958, considerada como una «nueva agresión» por sus ex aliados en la coalición antifascista, la ONU podría haber sido la garante de un nuevo estatus para esa fuente permanente de conflicto y litigio internacionales.

La reacción de las autoridades de la RDA ante el incremento del sabotaje, saqueo económico y captación sin escrúpulos de personal calificado –al no ser resueltas las tensiones que producía el libre tránsito– fue convertir el límite interberlinés en frontera estatal, y levantar un muro que con el tiempo fue más mencionado que el de los Lamentos, de Jerusalén.

Lo acertado o no de aquella decisión solo lo podrá enjuiciar la verdadera historia, no la que escriben los conquistadores al calor de pasiones y manipulaciones, sino la que juzga razones y alternativas.

Incluso reproducir hoy argumentos de los entonces gobernantes es riesgo que corro de parecer defensor de una causa perdida. Creo que vale la pena.

Desde la escisión de 1948, Berlín Oeste comenzó a ser gobernada por un Senado; sus industrias florecieron gracias a las inversiones y subvenciones de Alemania Federal y los créditos de Estados Unidos (4,261 millones de marcos de 1947 a 1960).

Durante un breve período de distensión fue firmado un nuevo acuerdo cuatripartito, el 3 de septiembre de 1971, que disminuyó la confrontación, pero dejó sin resolver los problemas conceptuales.

Las autoridades de Bonn, mientras tanto, trataban de apuntalar a esa «ciudad de avanzada» de sus intereses, frenando la constante emigración desde ella con exenciones impositivas a los inversionistas, entregando facilidades financieras a los jóvenes, excluyendo del servicio militar a los germanoccidentales que allí residieran y estimulando su perfil como centro cultural internacional.

EXPLORACIÓN

La primera exploración a fondo, tras esporádicos cruces acompañando a colegas más duchos, como el inolvidable Elmer, tuvo lugar en 1975, guiado por el insustituible Hugo, un simpático colombiano que sobrevivía en la jungla berlinoccidental apoyándose en los siete idiomas y diversos oficios que dominaba, alguien a quien muchos cubanos debemos afecto, conocimiento y respaldo.

Desde Check Point Charlie –como se le denominaba a la parte estadounidense de acceso para extranjeros establecidos entre las dos partes de la manzana–, la primera gran caminata nos llevó a la Puerta de Brandenburgo, por su cara oculta al transeúnte en el este, al Reichstag y al imponente monumento al soldado soviético, con los dos primeros tanques que irrumpieron en el Berlín nazi.

Desde entonces, al deambular por Charlottenburgo, Mitte y otras barriadas, buscaba lo común y lo original, hurgaba y fijaba en la memoria de celuloide de la cámara fotográfica aspectos de aquel caleidoscopio abigarrado y paradójico de aquella ciudad enclavada en territorio extranjero.

De los agudos contrastes entre las dos partes que producía esa anómala situación, tomo como muestra la descripción del 1 de mayo de 1977:

Trabajadores que construyen el socialismo y otros que luchan contra la explotación capitalista celebraron hoy su Día Internacional a unos pocos kilómetros entre sí, en el corazón de la República Democrática Alemana.

En la capital de ese país, cientos de miles de personas desfilaron por la céntrica avenida Carlos Marx con banderas, flores y alegría.

En Berlín Oeste... la fecha motivó dos movilizaciones paralelas: la de decenas de miles de trabajadores y la de destacamentos policiales. En la calle Carlos Marx, y a lo largo de vías estrechamente controladas por los uniformados, flamearon estandartes con consignas de condena al desempleo, a la discriminación y al imperialismo.

La manifestación, en la que también se encontraban emigrantes turcos, griegos, iraníes, españoles, yugoslavos y latinoamericanos, se tuvo que circunscribir este mediodía a unos pocos kilómetros.

...En uno primó un ambiente de seguridad y optimismo, y en el otro de tensión y airada protesta.

De muchas maneras se apreciaban los diferentes conceptos que primaban y distinguían las actitudes de ambos lados. Así los presenté en un vasto artículo de 1987, en uno de cuyos fragmentos apunté:

He caminado en el oeste por calles impensables en el este, no tanto por sus ostentosas vidrieras con zapatos de 200 dólares, sino por las de señoras mustias por el frío y las malas noches –u otras que hubieran podido ser sus nietas– que llaman a cualquiera en busca de un cliente.

He conocido el paso potente de lujosos Mercedes-Benz y BMW por avenidas limpias de nieve gracias a los inmigrantes, en cuyos barrios oscuros sus calles invitaban al peligroso patinazo, mientras ellos buscaban su sustento atendiendo los céntricos bulevares de los adinerados.

He visto, a continuación, el trabajo social al cruzar el puesto de control que desemboca en la Leipziger Strasse, despejada ya por la labor entusiasta de cientos de voluntarios.

Al «otro lado del muro» he conocido a quienes viven del subsidio de desempleado, hacen trucos y oficios de cualquier clase para mal vivir –aunque tengan título universitario– y apelan al engaño como carta de crédito permanente.

En ese singular país dentro de otro he comido en excelentes lugares y luego, como postre, he encontrado la mano de un mendigo en la fría calle; he tenido el temor –por qué no reconocerlo– de entrar de noche en la estación del zoológico, en cuyas penumbras se cobija un amplio espectro del submundo que no se ve en las avenidas iluminadas, en las terrazas de señoras endomingadas ni en los carteles que proclaman, en inglés por supuesto, I love Berlin.

A lo largo de dos décadas di cobertura informativa a visitas como la del presidente norteamericano James Carter, a competencias deportivas (III Campeonato Mundial de Natación, Polo acuático y Clavados) y a numerosos acontecimientos culturales de la dimensión de los festivales anuales de cine.

Aprecié también el trabajo de inesperados agricultores en prados rodeados de modernas edificaciones; asistí al entusiasmo de jóvenes solidarios con Cuba, Nicaragua y otros pueblos tercermundistas, y me alarmé con la xenofobia inculcada hasta en los sectores humildes de la población autóctona.

Esos y otros muchos pasajes, en un contacto directo y no comprometido con lazos históricos ni familiares, me conformaron una visión más allá de la piel y la ilusión, más ajustada a la realidad que la que mostraban la televisión, radio y correspondencia, sistemáticas y erosionadoras gotas de agua ideológicas.

ÚLTIMA IMAGEN

De mi visita en noviembre de 1989 quedé impactado. Solo había pasado una semana de que se comenzara a resquebrajar política y físicamente lo que durante décadas fuera proclamado salvaguarda fronteriza de la RDA: el muro.

Comprendí que la capacidad de asombro no se me había colmado, y que muchas otras aparentes sorpresas se desencadenarían a partir de lo que sucedía en el controvertido fruto llamado Berlín, el cual ya iniciaba el proceso de perder los apellidos que lo habían distinguido durante los últimos cuarenta años.

Confesaba entonces que dos décadas atrás, cuando recorrí por primera vez ese monumento artificial al desarrollo occidental que era su parte oeste, nada anómalo atrajo mi atención.

Como en cualquiera otra gran urbe capitalista, en aquel 1970 los lujosos automóviles no pertenecían a los barrios saturados de inmigrantes. Esos mismos *gaestarbeiter* (obreros-huéspedes, en la cínica jerga de explotación de mano de obra barata) eran quienes cumplían sus mal pagadas tareas sin asomarse a las fastuosas tiendas del centro.

Año tras año había visto casi inalterado a ese Berlín Accidental –como lo designara mi amigo colombiano– a pesar de un éxodo poblacional nacido en la abulia y el desempleo, amenazada por males propios como la pobre asistencia a los más humildes, no obstante gozar de privilegios de un gobierno federal que insistía en tener cada vez más facultades sobre esa porción de suelo en estado ajeno.

La corrosión social llegaba a la degradación humana de las niñas-prostitutas, muchas de las cuales vi «haciendo la calle», amoratadas más por las golpizas que por el frío, y a los cada vez más numerosos muertos con brazos plagados de pinchazos. La apariencia superficial, sin embargo, mostraba a ese gran pedazo de ciudad con el lustre de gran capital, para hacerla relucir como vitrina a los ojos de sus vecinos socialistas. Y solo era un espejismo.

Los edificios céntricos se hicieron cada vez más atrevidos, y se explotó de forma creciente, como objetivo turístico de alta rentabilidad, el comúnmente llamado *muro*, palabra a la que se le daba siniestro significado.

Esa paradoja histórica, a finales de 1989, devino eje de un movimiento mayor y más complejo, cuyas consecuencias eran imprevisibles en el momento en que la muralla comenzaba a desvanecerse ante los golpes dados desde todas partes.

En aquel entonces la monotonía de lo habitual empezó a ser cosa del pasado. Lo inusual constituyó materia para un reportaje de corta vida, porque se transformaba en cotidiano lo que hasta ese momento había estado fuera de todo cálculo.

Nada más lejano a mis intenciones y posibilidades intentar enjuiciar raíces y proyecciones, razones y validez de lo visto en esas últimas fugaces incursiones por la parte hasta entonces vedada, y solo conocida por la mayoría de los berlineses orientales a través de una propaganda sin fronteras que bombardeó a mansalva al socialismo europeo.

Fui testigo de un fenómeno que superaba análisis tradicionales o esquemáticos, que no admitía conclusiones apresuradas, pero que obligaba a reflexionar sobre las consecuencias de la creación artificial de aquel Berlín.

OESTE, ESCENARIO DE LO INSÓLITO

En el proceso de caída del muro, cuando el tránsito entre las dos partes ya no requería de autorización, me llamaron la atención las largas filas que se formaban en el centro de Berlín Oeste de alemanes orientales aguardando un plato de sopa y salchicha gratuitos. El hecho solo se explicaba por la novedad, porque en sus cercanos hogares en el este contaban con todo lo necesario sin tener que apelar a una caridad pública bien manejada por la publicidad.

Entonces fotografié los nuevos negocios que florecían al pie de la muralla pintorreteada durante años, como el de arrendar martillos y cinceles para descarnarla. Más tarde, vender sus fragmentos sería una empresa floreciente. El minúsculo pedazo que conservo fue de los que aún se conseguían gratuitamente.

En la puerta de Brandenburgo, la euforia antiRDA de una semana atrás había perdido fuerza temporalmente, y se podía observar sin empujones las decenas de parabolas instaladas por las grandes cadenas de televisión del mundo para transmitir una inminente apertura, o los incidentes que suponían se iban a producir allí. Un ensayo frustrado de tragedia, que sí les permitió la posterior Guerra del Golfo, porque la apertura definitiva fue pacífica.

Por esos días hubo muchos acontecimientos sin precedentes en la parte occidental, como cines accesibles por entradas a un cuarto de su precio, o taxistas que trasladaban gratis a sus clientes orientales. Entre todos, no me pasó inadvertido un fenómeno nunca imaginado.

En la avenida Kurfürstendamm, casi al pie de la Iglesia del Kaiser Guillermo, confundidos con las colas para recibir alimento como limosna –a cambio de enseñar el carné de identidad de la RDA–, otro numeroso grupo se apiñaba para mirar sus vitrinas o entrar a la mayor tienda pornográfica del llamado centro de Europa.

Lo que la mayoría de los berlineses occidentales soportaba con el fatalismo de lo bochornosamente inevitable resultaba atracción de primer orden para sus paisanos del este. Allí, en el colmo de su deslumbramiento, hacían filas los nuevos visitantes, hasta con niños pequeños.

En ese momento, proyectando la escena hacia un imprevisible futuro, recordé al goloso insaciable del cuento, quien se dio cuenta de que la manzana tenía un gusano en su interior solo cuando la mordió.

ALEMANIAS

AVANZANDO HACIA EL PASADO

El tiempo es otro. La época radicalmente diferente para una de sus partes. Las vivencias guardan extraña validez: unas por persistente vigencia y otras por paradójico contraste.

No por último menos importante. Siempre se dice así para consolar a alguien, para no ofenderlo o también darle igual jerarquía que a sus antecesores.

En este caso, quizás por ser la vivencia más compleja y desgarradora, deben cerrar estos relatos algunos de los referidos a cuatro años pasados en la difunta RDA, y los dos posteriores en la parte que finalmente se salió con la suya y hoy es cabeza de la Alemania de finales de siglo.

Me circunscribiré ahora a una revalorización parcial de un período aparentemente estable y diáfano, el cual puede contribuir a hacer más difícil la comprensión de acontecimientos relativamente actuales.

Ese es el desafío: mirar directo lo que dijimos y pensábamos para, a partir de ahí, detectar errores y horrores, así como qué había de cierto o válido.

Los recuerdos y las comparaciones –riqueza *vs.* estabilidad, ambición contra desinterés– permitirían una serie casi infinita de paralelos.

Insisto, con peligro de parecer pedante, que lejos de sentirme filósofo, estratega ni político, he sido solo un observador, en este caso confundido, asombrado y, en especial, frustrado, no tanto por el camino que tomaron las cosas en suelo germano a la altura de la década del noventa, sino en particular por esos primeros años de estreno como corresponsal, en los cuales admiración y respeto se imponían a las diferentes idiosincrasias.

Hoy solo queda el sabor ácido de haber coexistido en la RDA con una combinación de características subyacentes únicas, sin percatarme del todo de ellas y menos de su magnitud.

¿Hipocresía, chovinismo y oportunismo? ¿Falta de valores o desconfianza en los que decían representar? ¿Resultado de un socialismo impuesto, de sus errores y deficiencias? ¿Terreno socavado por los cantos de una sirena emparentada? ¿Episodio inconcluso de la segunda guerra mundial, que determinó la división de una nación, o inicio de un nuevo capítulo hacia la tercera? A ninguna de esas interrogantes y alternativas doy respuesta.

No apelaré a la catarsis, aunque deseos no me faltan. Solo trataré de presentar algunos episodios vividos y conocidos –a veces oportunamente relatados, aunque no siempre con lector seguro– en los que pretendo mostrar algunas de las cosas que ganan y pierden quienes decidieron, a las puertas del siglo XXI, avanzar hacia el pasado.

JUVENTUD: DOS VISIONES

Con menos de un lustro de diferencia abordé dos realidades palpables, desde el mismo terreno en que se desarrollaban. De aquello conocido, dos botones de muestra:

En la RDA el deporte, el turismo, las actividades artísticas y los centros de baile y reunión formaban parte inseparable del tiempo libre de la juventud. La ley vigente entonces establecía el fomento de la elevación constante del nivel cultural de la juventud, en especial la obrera, que trabajaba en turnos rotativos, y los que vivían y laboraban en el campo.

El deporte ocupaba lugar preferente en ese esfuerzo. El 63% de los comprendidos de seis a dieciocho años realizaban regularmente actividades deportivas, en 34 000 instalaciones de acceso gratuito, entre ellas 319 estadios, 4 000 salas bajo techo y 840 piscinas.

El turismo era otra de sus actividades predilectas. En 1979, por ejemplo, la Juventud Libre Alemana (FDJ) organizó 147 000 viajes al extranjero y 130 000 dentro del país.

A su vez, en las llamadas *actividades extraescolares* había cien mil comunidades, con una participación de un millón y medio de estudiantes. Ellos formaban 5 600 coros, 2 700 grupos instrumentales y orquestas, 1 500 de danzas, 10 000 círculos de interés en pintura, dibujo, cerámica, textiles, escultura y decoración, y 3 200 de teatro.

En su tiempo libre, casi cuatro mil escolares asistían a las 91 escuelas de música del país, que como todas las restantes actividades de la época eran gratuitas.

Salas de bailes, funciones de teatro, encuentros literarios, bibliotecas especializadas, más de doscientas casas clubes y 4 500 clubes juveniles completaban aquella sana oferta recreativo-cultural, en la que términos como *droga* y *hastío* no existían.

Sobre la infancia, el Año Internacional del Niño (1979) había servido para constatar que la más joven generación continuaba en el centro de la atención social. Todo comenzaba desde los cuidados prenatales, las facilidades de licencia para las trabajadoras-futuras madres y el nivel de la medicina, que había llevado la mortalidad infantil a solo 12,9 por cada mil nacidos vivos.

Unos sesenta de cada cien niños de hasta tres años asistían a las guarderías. La mayoría de los que no ocupaban una plaza eran los que sus madres se acogían al derecho de permanecer en casa –con estipendio nunca menor a la mitad de su salario– hasta que el bebé cumplía el primer año.

Por la atención y alimentación de los pequeños, sus padres pagaban anualmente el equivalente a unos cien dólares, mientras que el estado invertía más de mil doscientos.

PANORAMA CONTRASTANTE

Otros eran los temas sobresalientes por abordar en la RFA. La propia prensa se ocupaba de ello a diario, como era el de las drogas. En Alemania Federal había en 1983 más de dos millones y medio de consumidores habituales, la mayoría de los cuales tenía de quince a treinta y cinco años.

Las estadísticas, aunque eficientes indicadores, eran frío reflejo de un mundo de pesadilla cuando de drogas se trata: 464 muertos en el mencionado año resultaba dramático saldo de un problema que iba más allá de los números.

Uno de cada diez germanoccidentales había tomado alguna vez estupefacientes ilegales, según denunciara la revista del Servicio Civil. A los estupefacientes se sumaban el consumo excesivo de alcohol, fumar o utilización de medicamentos.

El adolescente promedio, con unos trece años, por lo general entraba en contacto por primera vez con el submundo de las alucinaciones mediante el alcohol.

Gran parte de los propensos a ser adictos procedían de familias humildes, con problemas económicos y sociales, al punto que se calculaba que un 40% de los drogadictos consuetudinarios habían sido desempleados durante largo tiempo.

El ministro de Asuntos Sociales del parlamento regional de Hez en la década del ochenta, Armin Cluss, consideraba que el alto consumo de drogas estaba en relación directa con las tensiones económicas, sociales y culturales, y que con el incremento de la cesantía juvenil aumentaba la afición.

«Nunca antes han estado los jóvenes tan amenazados por las drogas como hoy», decía a mediados de la década del ochenta el jefe de la brigada antinarcóticos de la policía de Stuttgart, Klaus Mellenthien. Había fiestas y discotecas en las que se encontraba la heroína pura en un 90%. Muchos de los jóvenes muertos por sobredosis se debían a que el polvo se les pegaba a las paredes internas de la nariz y se les sumaba a otras dosis ingeridas con anterioridad.

Aquel era un panorama poco halagüeño de la sociedad germanoccidental, uno de sus muchos talones de Aquiles que la opulencia solo podía maquillar.

INTIMIDAD COMPUTARIZADA

Las expectativas de una supuesta libertad individual de cara al occidente arrastró a amplios segmentos de los alemanes orientales, en especial jóvenes, a la fusión. Yo

aprecié otro tipo de inquietudes en la RFA, por un porvenir controlado policialmente mediante las computadoras. Como lo narré en la década del ochenta lo reproduzco:

La negativa a que existan «hombres de cristal», completamente transparentes para las autoridades, se mantiene vigente en este país, primero del mundo que pretende introducir un minucioso carné de identidad leíble por las computadoras.

En cosa de segundos, dependiendo de si se enciende un bombillito rojo en la máquina lectora, la policía urbana, de carretera o fronteras, sabría si al poseedor de esas tarjetas hay que interrogarlo, seguirlo a distancia o detenerlo en el acto.

Unos consideran que el nuevo carné es un arma criminalística prodigiosa; otros lo estiman un instrumento del estado policial para el control total de los ciudadanos.

Sus objetores denuncian que tanto el censo como la nueva tarjeta suponen un atentado contra el libre desarrollo de la personalidad y la libertad de expresión, que incluye el derecho a negarse a declarar.

Desde junio de 1977 se comenzó a trabajar un nuevo documento de identidad infalsificable para, al decir del *Frankfurter Rundschau*, facilitar los controles de masas.

Uno de los principales argumentos contra la llamada *tarjeta de la discordia* es que las preguntas que se harán para confeccionarla pueden obligar al ciudadano «a declarar contra sí mismo».

Mecanismo destinado a limitar al máximo todo tipo de protesta popular, y para amordazar derechos democráticos llevaría a la práctica con mayor eficiencia el *berufverboten* (interdicción profesional por razones políticas, aplicadas en el sector público a los considerados comunistas) y desanimar la participación en el movimiento pacifista y sindical. Publicaciones como el *Koelner Stadt-Anzeiger* advertían que lo que está en juego «es la dignidad del ser humano, a la que también pertenece la protección de su intimidad».

LA NATURALEZA

Dos preocupaciones de distinto signo sobre la naturaleza se presentaban en las diferenciadas condiciones de los dos estados alemanes. Aprecié una experiencia, en la oriental Senftenberg, y constaté la realidad de otra, al viajar por el centro y sur occidental.

De la primera significué cómo la protección del medio ambiente, utilización de yacimientos agotados a cielo abierto y recreación popular eran disímiles tareas que podían encontrar una solución simultánea en la RDA.

En la sureña provincia oriental de Cottbus se encontraban las mayores minas y reservas de lignito del país, mineral básico para su producción energética.

En donde antes el mineral era extraído por gigantescas excavadoras hasta a cuatrocientos metros de la superficie, se podía encontrar un incipiente pero compacto bosque de pinos o siembras de trigo en una llanura de decenas de kilómetros cuadrados.

Asimismo se creaban embalses para el desagüe de residuos industriales o lagos artificiales para la reproducción de peces y la instalación de centros recreativos, como el de Grosskoschen, que aprovechaba seis kilómetros de playa del lago artificial Senftenberg, disfrutadas por un millón y medio de vacacionistas en 1976.

En el oeste germano, sin embargo, lo que me llamó la atención fueron los bosques moribundos. A mediados de la década del ochenta reporté:

Hay cierta tristeza en las flácidas ramas y una macabra advertencia en los enfermos claros que cada vez abundan más en la floresta germanoccidental.

Hasta los menos expertos notan que el intenso verdor de los paisajes boscosos de Alemania Federal va cediendo paso a matices amarillentos que no son resultado de una bella puesta de sol o la llegada del otoño.

La contaminación ambiental, causa directa del deterioro de un tercio de los bosques germanoccidentales, ha dejado de ser una preocupación minoritaria a la altura de 1984. La tradicionalmente bella vegetación declina a simple vista.

El propio ministro federal de Alimentación, Ignaz Kiechle, tuvo que reconocer la gravedad del asunto a finales del pasado año cuando informó que un estudio realizado en unas 2 500 000 hectáreas arrojó que los perjuicios alcanzan al 35% de la floresta de este país.

Esa afectación representaba una cuadruplicación de los bosques dañados en relación con 1982. Del total, se considera un quinto gravemente enfermo y un 5% ya se da por perdido.

El ácido sulfúrico provocado por una industrialización irresponsable, los vehículos automotores y otras actividades humanas, que dieron lugar a la «lluvia ácida», duplicaba entonces la afectación al suelo, en comparación con treinta años atrás.

Hasta ese momento no se había logrado ni siquiera un consenso internacional en las medidas generales por adoptar para frenar el problema. Se encontraba presente el viejo dilema entre las necesidades generales de los hombres y los poderosos intereses de unos pocos.

ALMACENES HUMANOS

Un concepto distinto de la solidaridad humana, de la actitud ante hechos cotidianos a veces poco trascendentales pero significativos por su proyección, jalonó la visión diferenciada que obtuve de mi experiencia germana.

Una de las grandes incógnitas –por no calificarla con palabras fuertes– estribaba en localizar a dónde se fue aquella vocación altruista y desinteresada que caracterizara al alemán oriental.

Los rincones y bazares de la solidaridad eran acciones comunes y frecuentes, existía un comité al que aportaban todos sin excepción para hacer más feliz o llevadera o paliar las carencias de la vida en otros lugares menos favorecidos. Miles y miles de ejemplos conocidos a lo largo de cuarenta años se convirtieron en solo recuerdo.

Aprecié otro tipo de casos en la parte occidental, reflejos opacos del cristal que deslumbró y atrajo. Narro solo uno de ellos, objeto de mi reporte:

Agobiado por el desempleo y sin tener dinero para mantener a sus cuatro hijos, el geólogo de treinta y siete años Milovan Kovacevic, quien radica en Bremenhaven, Alemania Federal, decidió vender uno de sus riñones. Lo que puede parecer un caso singular ya va siendo un negocio relativamente frecuente en este país.

El semanario germanoccidental Quick, al informar del caso de Kavacevic, quien pide 100 000 marcos por su órgano, indica que la penuria del trabajador extranjero se atenúa porque su mujer gana 1 000 marcos en una fábrica de la industria pesquera.

La suma que obtiene su esposa, unos trescientos treinta dólares al cambio actual (1984), a duras penas alcanza para pagar alquiler, calefacción, seguro médico, agua y electricidad, por lo que la alimentación y vestimenta corre a cuenta de los 500 marcos de la ayuda social que recibe el geólogo, la cual es obviamente insuficiente para seis personas.

Quick indica que hay muchas personas en Alemania Federal que quieren vender una parte de su cuerpo para sobrevivir.

La Cámara Federal de Médicos de la RFA consideraba reflejo de una sociedad clasista la práctica que permite a los ricos comprar un órgano mientras que los pobres tienen que esperar que la muerte les facilite un potencial donante.

PASADO Y FUTURO

Vinculada a esta faceta y a muchas otras posibles de narrar se encuentra la seguridad humana integral, no solo la derivada de la posesión de bienes materiales, dinero específicamente. Como futuro sin incertidumbres visualicé el del ciudadano común en la RDA, en 1979, sin depender de fortuna, clase, grupo ni suerte.

Ahora podrá parecer propaganda engañosa, o ilusión impuesta desde arriba, pero en su momento era una realidad que en el lustro que concluía en 1980 se iban a duplicar las subvenciones estatales para los beneficios de la seguridad social, en relación con el quinquenio anterior.

La seguridad del hombre alcanzaba múltiples aspectos de la vida, empezando por el derecho al trabajo, y garantizando una vejez digna, la protección en caso de enfermedad o accidente y las máximas consideraciones a la maternidad.

La recreación y descanso retribuido, sin excepciones, habían alcanzado altas cotas. En ocasión del aniversario 30 de la república se decidió ceder tres días más de vacaciones anuales a todos los trabajadores del país.

Signifiqué entonces que «la garantía de trabajar, disfrutar, conocer y tener una vejez sin vicisitudes dan una plenitud a la vida en el socialismo real difícil de describir. El hombre promedio no vive con la mirada temerosa ante el eventual desempleo y miseria; se encuentra libre de la ansiedad y el tedio, de la envidia y avaricia».

Si en esta última parte me engañé, continúo convencido de la justeza de la idea matriz, del principio que inspiraba, y más aún, de su vigencia y valor.

El fracaso de lo que fue más socialismo formal que real no invalida el proyecto en sus líneas esenciales. Se demostró que sin la voluntad de la mayoría, consciente, madura y cohesionada, no se logran caminos firmes hacia un futuro más justo.

En aquella tierra de grandes filósofos y poetas la historia parece haber dado una vuelta sobre sí misma. Aún no podemos juzgarla y menos dictar sentencia. El hombre, una vez más, deberá decidir sobre su destino, teniendo en cuenta enseñanzas y aspiraciones.

Las inculcadas en cuarenta años de una sociedad diferente en su parte oriental han debido dejar su huella, aunque los acontecimientos de principios de la década del noventa la hicieron borrosa.

Finalizando el siglo, el resplandor y la euforia empezaron a dejar paso a la cruda realidad de una sociedad clasista, que hizo brotar los problemas que ella genera. Empe-

zaron a sentirse las dificultades en el avance definitivo hacia el pasado, embrión de que quizás haya un futuro diferente.

CODA

Este escrito pertenece al intento inicial por hacer la obra que ha estado leyendo. Es de comienzos de la década del noventa y ahora, comenzando el nuevo siglo, mantiene vigencia. A esa rara combinación de información-reseña-comentario-análisis, solo habría que agregar la observación que por algo los socialdemócratas volvieron al gobierno federal y, quizás más importante aún, los Verdes son ya una fuerza política nada folclórica ni coyuntural.

DE VIAJE CON FIDEL

MIRAR LA HISTORIA

No podía ser de otra forma. Las coberturas de acontecimientos a los que estuvo vinculado nuestro Comandante en Jefe constituyeron la cúspide de mi labor periodística en el siglo XX. Fue un privilegio multiplicador de mi profesión. Enseñanza permanente para tratar de no ser de esos que, cuando el hombre sabio señala a la luna, se quedan mirándole el dedo.

Aunque de lejos al inicio, porque el diseño de la atención informativa así obligaba, estuve durante casi una década en coberturas internacionales vinculadas con nuestro Comandante en Jefe. Desde la Cumbre Iberoamericana de Salvador de Bahía, los periodistas cubanos tuvimos contacto directo con Fidel. Ese es un honor y galardón que me acompañarán más allá de mis días útiles.

La primera ocasión tuvo lugar en la celebración del aniversario 70 de la Revolución de Octubre, en 1987, un jubileo que sería histórico en más de un sentido. Sobre ese punto de viraje escribí mucho en su momento sobre el terreno e imbuido de una sana emoción, la que a veces empaña el paisaje.

Al releer lo dicho, más de una década después, recordé un chiste político que le hubiera venido muy bien a Mijail Gorbachov entonces, si yo hubiera sido pitoniso: al llegar a una encrucijada, el chofer del auto que conducía al poderoso secretario general del PCUS le preguntó qué dirección tomar. El hombre del mapa en la frente le dijo: «Pon el indicador para la izquierda y gira hacia la derecha».

UNIÓN SOVIÉTICA

EL GRAN ENGAÑO

Rememorando hechos culminantes de su historia, plena de heroísmo y sacrificios, el pueblo soviético, representado por los capitalinos, estremecía la multicientenaria Moscú al grito de un prolongado ¡hurra!

Primero fue en el pase de revista de las unidades que abrirían el desfile militar, a las diez de una caprichosa mañana, tan pronto gris, con atisbos de nevada y viento helado, como risueñamente soleada y sin nubes.

Luego cuando la caballería siguió a los capotes pardos del Ejército Rojo y las chaquetas de cuero negro de los chekistas, los primeros que defendieron con las armas el naciente poder soviético, hacía siete décadas. También con el paso de las tropas y la técnica militar, incluidas las legendarias katiushas y los misiles de alcance medio.

Principalmente cuando masas multicolores, alegres y animosas, lo hacía nacer de sus gargantas ante el Mausoleo de Lenin, desde cuya cima los saludaban los principales dirigentes soviéticos y relevantes personalidades extranjeras.

El hurra leído en relatos históricos y escuchado en filmes sobre la guerra se sintió entonces especialmente vibrante en el desfile por el Octubre Rojo, no solo en la plaza, escenario tradicional de la manifestación popular.

Al recorrer las áreas aledañas, por la Avenida Gorki, la Plaza Dzherzhinsky o la calle Kalinin, hombres, mujeres y niños confundían sus voces concluyendo consignas con la inconfundible exclamación.

Unos ciento veinte mil moscovitas, de caras encarnadas por el frío y la emoción, marcharon con cantos y sonrisas durante casi dos horas, dejando a su paso el eco de su grito de combate...

Esas escenas me quedaron como recuerdos finales de lo que fue la Unión Soviética.

ÚLTIMO ENCUENTRO

Comprensión mutua era el saldo aparente dejado en las relaciones cubano-soviéticas por la duodécima visita a la Unión Soviética del máximo dirigente de Cuba, Fidel Castro. Corría 1987.

Tanto en el discurso y el comunicado del encuentro del líder cubano con su homólogo soviético, como en las apariciones públicas conjuntas, se mostró un amplio nivel de comunicación recíproca.

Sin referencias a las alusiones manipuladoras de sectores y prensa occidentales, las máximas autoridades de los dos países echaban por tierra las especulaciones en torno a supuestas dificultades bilaterales.

Para los que presenciamos el desfile en la Plaza Roja moscovita por el aniversario 70 de la Gran Revolución Socialista de Octubre, no pasó inadvertido que a continuación de las tres principales autoridades soviéticas, Fidel fuera la primera personalidad extranjera en la cima del mausoleo a Vladimir Ilich Lenin.

Desde allí, el mandatario cubano presenció la manifestación popular, con frecuentes diálogos con Gorbachov y el presidente del Presidium del Soviet Supremo de la Unión Soviética, Andrei Gromiko.

Un poco más tarde, en la recepción ofrecida en el Kremlin, con invitados de más de ciento veinte países, se volvieron a ver juntos, sentados en el mismo sofá.

Un colega puntualizaba al escribir: «Hemos visto al Comandante en Jefe contento y satisfecho estos días. Resulta evidente el nivel de comunicación establecido... con Gorbachov y demás miembros de la dirección soviética. Cada uno de sus pasos aquí ha estado señalado por la especial deferencia y el cariño de sus anfitriones».

En la víspera del 7 de noviembre tuvo lugar una entrevista oficial entre los dos líderes, que se desarrolló, según la nota divulgada a su término, «en el clima de cálida amistad, confianza y plena comprensión mutua que caracterizan las relaciones entre nuestros dirigentes, partidos y pueblos».

PRIMERA DIFERENCIA

En aquel comunicado se afirmó que el intercambio de informaciones realizado permitía constatar que los procesos de restructuración en la Unión Soviética (perestroika) y de rectificación en Cuba, estaban «orientados al fortalecimiento del socialismo (y que) tiene en su centro a los partidos» respectivos.

La vida demostró que en la Unión Soviética ya se incubaba la autodestrucción del socialismo y la aniquilación del Partido Comunista como fuerza dirigente de la sociedad. Era muy prematuro para detectarlo. Aún las ideas de renovación contaban con gran simpatía en las fuerzas progresistas de todo el mundo.

Entonces se podía seguir contando con el estado soviético como aliado en la lucha por el desarrollo de los pueblos. Fidel había abordado el tema ante representantes de partidos y organizaciones de 120 países reunidos en Moscú por esos días.

Al abogar por un mundo de coexistencia, puntualizó que «pensar en la paz sin desarrollo carecería de realismo». Quienes defendemos el socialismo como futuro de la humanidad, dijo, «debemos estar en esta batalla que no es todavía la del socialismo, sino la de un mundo distinto librado de la miseria y la opresión».

La desigualdad que prevalece en el mundo, precisó, «tiene que ser eliminada o no será librada nuestra tierra de las violentas explosiones sociales y respuestas en que los pueblos neocoloniales, preteridos y explotados, se abrirán paso frente a todos los valedores con su propia fuerza y la necesaria solidaridad de otros pueblos».

Aquel episodio en el que intervino Fidel debía de haber sido el inicio de un proceso de acercamiento y unión en pro de la paz y el desarrollo de fuerzas de los más diferentes signos.

La abrupta e inesperada destrucción de la Unión Soviética y del campo socialista mató la naciente criatura, pero a la vez hizo más necesario llevar adelante las propuestas del líder cubano.

GORBACHOV

Una pieza clave del rompecabezas que comenzaría a desarrollarse públicamente a partir de aquella cita histórica fue Mijail Gorbachov.

En ese entonces, su discurso entusiasmaba a los que sabían o suponían los peligros que se cernían sobre el primer país socialista del mundo a partir no solo de la confrontación global con el capitalismo, sino también de sus propias deficiencias e insuficiencias.

Casi nadie podía suponer que tras su convocatoria a conocer la verdadera historia como experiencia para el futuro podría estar el germen que desembocaría en su arbitraria negación y su uso para desmontarla.

Para Gorbachov, en aquellos días de noviembre de 1987, un análisis veraz de la historia debía de ayudar a solucionar los problemas del hombre y la sociedad. Conceptos tomados del ayer e interpretados entonces tenían vigencia permanente.

De la posición capituladora de los troskistas y la extrema centralización del período posterior a Lenin a los abusos de poder de la época stalinista y las distorsiones sobre el papel de la Unión Soviética en el inicio de la segunda guerra mundial, Gorbachov decía extraer enseñanzas válidas para asuntos de actualidad.

Cuando criticaba el voluntarismo posterior a Stalin, la falta de un vasto despliegue de los procesos de democratización y los desfasajes en la política interior y exterior de la Unión Soviética, señalaba que no se podía continuar diciendo una cosa y haciendo otra. Ahora parece que ironizaba y adelantaba su actuación posterior.

En su reflexión sobre lo heroico y lo trágico, las victorias y los reveses en la historia soviética, Gorbachov apeló a enseñanzas leninistas para explicar de hecho, salvando distancias en tiempo y condiciones, los fundamentos de lo que estaba sucediendo en su vasto país.

Elogiaba el pensamiento leninista por distinguirse «en el rápido cambio de las formas y los métodos de trabajo, por la flexibilidad y las soluciones tácticas nada ordinarias».

Sin embargo, «la audacia política» que citaba como elemento de «modelo brillantísimo de mentalidad antidogmática, auténticamente dialéctica», a la que llamó *una nueva mentalidad*, se convirtió al poco tiempo en negación y regresión, un concepto oportunista para el desmantelamiento político, económico y social de la Unión Soviética.

La historia le preguntaría a Gorbachov qué pensaba realmente cuando concluía entonces: «Así y solo así piensan y actúan los verdaderos marxistas-leninistas, sobre todo en las épocas cruciales, críticas, en que se deciden los destinos de la revolución y el mundo, del socialismo y el progreso».

De aquella intervención de 105 páginas, en lectura de casi dos horas debido también a más de treinta interrupciones por aplausos, emergía que el concepto *perestroika* era la síntesis de la nueva filosofía política que resumía enseñanzas, revitalizaba estilos y anunciaba nuevos métodos, pero no para regresar al capitalismo, sino para perfeccionar el socialismo.

En palabras de Gorbachov, *perestroika* entonces no solo era «la superación del estancamiento y conservadurismo del período precedente», una rectificación de errores, sino también «la superación de rasgos de la organización social y los métodos de trabajo históricamente limitados» que han agotado sus posibilidades.

Él habló de setenta años de socialismo en el poder como punto de partida más que como objetivo alcanzado, y de la *perestroika* como una etapa histórica en el camino de «imprimir al socialismo una nueva calidad».

UNA NUEVA MENTALIDAD

¿Fui ingenuo y superficial al sentirme optimista y escribir: «Aires de octubre rojo, redimido y actualizado, estremecen mohosas estructuras y hacen tiritar a conservadores y timoratos. Bajo el nombre de *perestroika* hay sabor a revolución en la Unión Soviética»?

Algunos podrán pensar que no es necesaria la valoración autocrítica de este pasaje de mis vivencias como reportero internacional; sin embargo, no sería fiel a mí mismo si obviara uno de los episodios trascendentes en una experiencia que sobrepasa ya las tres décadas. O peor aún, reflejaría temores y alma pequeña que no corresponden con mi forma de asumir también mi propia historia.

Como la «etapa alemana», esta constituye un hito en lo tocante a maduración y razonamiento político e ideológico: haber sido testigo del principio del fin de una fortaleza aparentemente inexpugnable y haberle exaltado en los valores revolucionarios de sus postulados iniciales. Este me resulta compromiso por enfrentar en mi saldo del siglo XX.

Porque más de uno se quedó mareado con lo dicho en Moscú en aquel otoño de impresionantes desfiles y discursos, y no se percató después de contradicciones medulares y fatales. Me siento seguro al enjuiciar lo que pensé entonces porque nunca estuve, ni estoy, entre los que creen con fe ciega, sin reflexionar a fondo. Por eso aspiro ser de los permanentes revolucionarios de corazón y cerebro.

Cuando entonces escribía, elogiándola, la *perestroika* era proclamada como una forma profunda y progresista de ver el mundo, la sociedad y su futuro, de apreciar el papel del hombre, la importancia de su conciencia y su participación consciente en los destinos de la sociedad.

Había un lenguaje revitalizado, con enfoques incluso atrevidos en la solución de viejos males, sobre todo nacidos del anquilosamiento, la rutina y la subvaloración de principios clave para el socialismo, en un mundo en el que aún era, y es, un sistema minoritario y en desarrollo.

Documentos, discursos y declaraciones de períodos posteriores a la fundación del primer país socialista del mundo habían dejado de contar entre su fraseología con el concepto que Gorbachov daba rango relevante en sus primeras presentaciones públicas: revolucionario.

De ahí que llamara la atención que el principal discurso por el aniversario 70 del triunfo bolchevique en la Rusia zarista fuera titulado «Octubre y la perestroika, la revolución continúa».

RUPTURA DE ESQUEMAS

La forma de ver al mundo y sus fenómenos sociales que exponían los líderes soviéticos de entonces no era nueva para los marxistas, al menos desde el ángulo teórico. Lo que había sucedido era que quienes interpretaban esa doctrina como colección de recetas no podían, ni pueden, comprender que su elemento principal es su dialéctica revolucionaria. Por aquellas jornadas se citaba a Lenin cuando señaló que en la creación del mundo nuevo «más de una vez tendremos que terminar, rehacer o volver a empezar alguna cosa».

Como lo interpretaron muchos, se trataba de dejar atrás el falso y cómodo presupuesto de que «ya se llegó», y asumir valientemente los retos continuos de un mundo complejo, contradictorio e interconectado, con la mentalidad transformadora de la que han hecho gala, en especial, procesos revolucionarios de un entonces llamado tercer mundo y que en el siglo XXI es el segundo.

Por los días previos al aniversario del Gran Octubre fue publicado un artículo que hubiera sido insólito unos años atrás, cuando no imposible.

Titulado «La vocación: revolucionario», el influyente semanario *Tiempos Nuevos* dedicó un largo trabajo a lo que denominó «Enseñanzas morales de Ernesto Che Guevara», en otra época estigmatizado como romántico y aventurero por quienes no eran capaces de aceptar sus soluciones a los problemas de su tiempo.

En el análisis de esa figura de la historia latinoamericana y mundial, sin la cual «algo le faltaría a la humanidad», volvía a citarse a Lenin, en su plena vigencia: «un ejemplo vivo, mostrando cómo se resuelve el problema en un país cualquiera, es más eficaz que todas las proclamas y conferencias».

HISTORIA COMO SIMIENTE

En la Unión Soviética se retomaba a Lenin –el mismo que luego quisieron extirpar de la Plaza Roja– desde ángulos hasta entonces poco comunes, para mostrar cómo hacer lo que faltaba, modificar lo defectuoso y superar lo gastado y obsoleto.

La visión crítica de su pasado derivó después en un monstruo de mil cabezas que engulló su propia historia. El pretexto fue encontrar las causas de los errores, en el camino de superarlos y no repetirlos, en bien de una sociedad consciente y no formalista.

Gorbachov decía que «si hoy nos fijamos en nuestra historia, a veces con mirada crítica, es únicamente porque queremos imaginarnos mejor, más plenamente, el camino del porvenir».

No me tocaba ni podría dilucidar poco después la disyuntiva de si Gorbi engañó o fue solo una pieza ingenua de un monstruoso engranaje de engaño. Lo cierto es que desencadenó un fenómeno aún insuficientemente estudiado y que constituye una de las más dramáticas lecciones en la historia de la humanidad, en la que fueron demolidos cimientos ideológicos, políticos, económicos, sociales y ético-morales edificados en siete décadas de una experiencia pionera en el mundo.

PRONTUARIO

Como epílogo a este pasaje citaré textualmente algunas de las expresiones de Gorbachov que animaban a los sectores progresistas de todo el mundo con soñar en mejoras del socialismo. Léalas sin detenerse a pensar en quién las dijo:

- El pueblo soviético busca conjugar hoy la continuidad y la innovación, la experiencia del bolchevismo y del socialismo contemporáneo.
- Dar al socialismo formas más modernas, a tono con las condiciones y los requerimientos de la revolución científico-técnica, convertirlo en una etapa histórica en el avance progresivo de nuestra sociedad, e imprimirle una nueva calidad.
- Revelar los inmensos recursos sociales del socialismo de forma que se active al factor humano, mostrándolo como «régimen del humanismo efectivo que sirve al hombre y lo eleva».
- Una sociedad para la gente, para el florecimiento de su trabajo creador, bienestar, salud, desarrollo físico y espiritual.

- La democratización de la sociedad como eje del cual depende «el porvenir del socialismo». Se trabaja por crear un «mecanismo seguro y flexible de incorporación real de todos los trabajadores a la solución de los asuntos estatales y sociales» y por «desarrollar y consolidar los derechos humanos, fomentar la cultura política moderna de las masas».
- La paciencia revolucionaria no consiste en quedarse quietos o seguir la corriente, sino en la capacidad de ser realistas, no rendirse ante dificultades, no caer en el pánico ni perder la serenidad, tanto ante los éxitos como por los fracasos.
- En la economía, llevar a cabo profundos cambios estructurales, conseguir una inflexión determinante en la aceleración del progreso científico-técnico, culminar en lo fundamental la reestructuración del mecanismo económico y encarrilar así la economía nacional por las vías de la intensificación.
- Restituir en sus derechos el interés material de los trabajadores, reforzando al mismo tiempo la atención prestada a sus formas colectivas. No subestimar los incentivos socioculturales y psicológico-morales, excepcionalmente importantes para el desarrollo normal de las relaciones de colectivismo y camaradería y del modo de vida socialista, para afirmar nuestros valores.

A PUNTO DE ENTREGAR ESTA OBRA A LA EDITORIAL

Leo que Gorbachov acaba de admitir que su objetivo, desde un inicio, fue destruir el socialismo no solo en la Unión Soviética, sino en toda Europa oriental. Le atribuye a su esposa Raisa un papel determinante en esa postura, y con ejemplar cinismo se lamenta no haber podido liquidarlo en China. No menciona a Cuba, pero la pequeña gran isla del Caribe le debe representar una espina atravesada en su oportunista garganta.

ECUADOR

MAGIA EN LOS ANDES

La toma de posesión de Rodrigo Borjas en Ecuador, en 1988, me sumó a un torbellino maravilloso de trabajo reporterial, con Fidel en el centro de todas las atenciones. Lo que más me impactó fue ser testigo de una relación que más tarde reflejé en el siguiente artículo:

Maravilla y ternura

Dos gigantes intercambiaron sueños en las cumbres andinas. Sonrisas para el visitante en jornadas que hicieron historia.

Atmósfera familiar a pesar del centenar de asistentes. El calor humano se había impuesto a distantes geografías y procedencias. La dicha de llamarse humanos y tener sueños propios los hermanaba gracias al eje insuperable de ellos, como respectivos maestros de la estrategia y de la plástica.

El anfitrión gozoso y el homenajeado sorprendido se enfrentaron a un inmenso pastel horneado en casa, iluminados tanto por las obligadas velitas como por las sonrisas emocionadas de los asistentes a aquella insólita ceremonia. Culminaba una fructífera visita al primer país de América Latina en el cual el jefe de Estado de Cuba asistía a un cambio presidencial.

Aquel epílogo informal de una cargada agenda de contactos y actos oficiales tuvo el sabor de ambrosía terrena. La visión de dos corpulencias distintas –como reflejo de la diversa altitud de sus existencias cotidianas y de sus propios orígenes– tenía muchos puntos comunes. La fraternidad fue el que más impresionó mi memoria de afortunado testigo.

Fidel Castro celebraba su onomástico fuera de Cuba, por primera vez de forma voluntaria, y mostraba en cada una de sus palabras y gestos que se sentía en familia, satisfecho y alegre. Así lo subrayó cuando expresara que ese era «uno de los días más felices de mi vida».

La iniciativa de festejarle su aniversario 62 en aquella casa llena de mística, arte e historia, se debía a su dueño, el pintor Oswaldo Guayasamín, cuya amistad –«un privilegio tan grande»– fue el eje emotivo de la velada que marcó además la última jornada de la visita del líder cubano a Ecuador.

Pocos días después de aquel memorable encuentro fui en busca de quien fuera llamado por Fidel «mi hermano Guayasamín». En su vasta residencia del barrio Bella Vista, en el Batán, a medio camino de la cumbre quiteña opuesta al majestuoso Pichincha, me proyectó sus impresiones. De ellas se desprendía un entrañable afecto recíproco. Fui testigo de una afirmación excepcional, la de Fidel Castro cuando consideró un privilegio el haber conocido y contar con la amistad de Oswaldo Guayasamín, a quien llamó su hermano.

Muchas otras expresiones avalaban los profundos sentimientos del líder cubano para el insigne artista ecuatoriano. Por eso le pedí que me hablara de las sensaciones dejadas por la primera visita del presidente de Cuba a su casa, a su ciudad, a su país. Tal y como me lo dijo lo reproduzco:

«Desde hace muchos años, cada vez que hemos estado juntos en La Habana, siempre había sido preocupación mía invitarle a venir a Quito, que llegara a mi casa. Y por fin esa ambición, ese deseo, se cumplió. Ha sido una apoteosis para la ciudad, para el país y para mí, personalmente, el que haya venido y haya podido atenderlo como en cierta manera lo soy cuando voy a Cuba. Para mí fue cumplir un viejo deseo...

»Hemos sido testigos de las múltiples actividades que desarrolló y aún estamos sorprendidos por su gran vitalidad. Yo me considero un buen trabajador, de catorce horas al día, pero cuando lo veo a él, me sorprende. En Quito a veces ni durmió dos horas en un día.

»A mi casa vino una vez, a las cuatro de la tarde. Era la primera reunión de mi familia con él solo; conversamos de cosas tiradas, de cuando dejó de fumar y por qué, cosas pequeñas de la vida de un ser humano, vivo y vital... Fue algo bello, maravilloso.

»Después vinieron casi trescientas personas para su cumpleaños, gentes de todos los partidos, algunas extrañas para mi pensamiento, para mi vida diaria, gente a las que incluso les tengo cierto resquemor. Me dije: “Bueno, Fidel sabe lo que hace”. Y por eso le expresé: “Mira, tú eres un genio en esto de la política internacional, así que haces y deshaces lo que tú quieras aquí”.

»En todo Ecuador, a todo nivel, desde gente de derecha hasta todas las gamas de la izquierda, es el personaje que más ha conmovido al país. Es un hombre de gran sabiduría. Para cada cosa tiene una respuesta perfectamente clara. Cada frase de él, cada pensamiento, es verdaderamente un monumento, una granación hecha piedra para muchos años.

»Cuando habló de mi mural del congreso, casi me saca lágrimas. Cosas así no se ven fácilmente, además viniendo de quién vienen, de un hombre que tiene una sensibilidad extraordinaria.

»No puedo definir con palabras convencionales los sentimientos que producen en mí el que me haya considerado su hermano. Imagínese, tener hermanos de esa estatura es para mí... hablar de placer, de maravilla, felicidad... es demasiado poco. Una tontería. Es la cosa entrañable de piel adentro que a uno le conmueve hasta la raíz de los pelos.

»Vino a pasar el día que llegó, a las cuatro, porque yo lo había pedido desde hacía mucho tiempo. Los retratos que le he hecho siempre han sido en La Habana y tengo la ambición (no tengo ambiciones pero en este caso sí), la ambición –¿sabe?– de hacerle un retrato aquí, en mi estudio, en mi propia salsa, con mi música, mis espátulas, mi paleta enorme... Pero el día que vino a posar, todas esas gentes que había recibido en mi casa me dejaron completamente cansado. Será para la próxima cita.

»Fidel siempre está con la voz clara, de una especie de deseos a nivel colectivo. A partir de la revolución cubana hay una voluntad que va haciéndose cada vez más incontenible, de una unidad latinoamericana, y Fidel es tan susceptible a esa voz colectiva que la hace pensamiento de su propia voz. La única salvación frente al monstruo del norte es la unidad de América Latina, y él lo dice. Ese es un pensamiento ahora incontenible en Latinoamérica. Todos estamos hablando de lo mismo. Yo hablo de eso desde hace veinte, treinta años. De borrar las fronteras hasta donde sea posible, fronteras que, además, son absolutamente estúpidas, las cuales, por otro lado, son muy jóvenes, pues apenas tienen ciento cincuenta años...

»Aquí somos una misma identidad cultural... Ojalá que algún día desaparezcan banderas, himnos, para solo cantar una cosa, distinta: la unidad de América Latina».

Y aunque solo fueron eslabones en los intensos cinco días de actividad de Fidel en el corazón de los Andes, en sus contactos con Guayasamín se resumieron vivencias inolvidables, como fueron su encuentro informal con el parlamento ecuatoriano en pleno, su visita a la Mitad del Mundo (Paralelo Cero) y el recorrido por el casco histórico de Quito.

Entre las curiosidades de aquella estancia descolló que el líder cubano fue prácticamente el único punto de no fricción entre los gobernantes saliente y entrante, a pesar de que ninguno de ellos, por otro lado, compartía su ideología.

Aquella madrugada de cumpleaños, Fidel subrayaba la gran calidad del recibimiento que le dispensaron en Ecuador, multiplicación del cariño y admiración que en esa velada personificaban Guayasamín, su familia e invitados.

La amistosa acogida también se había hecho patente durante una multitudinaria conferencia de prensa en la que como buen maestro de masas, la afabilidad y energía, su forma didáctica y jaranera, le conquistaron el respeto y admiración de varios centenares de periodistas de las más diversas corrientes de pensamiento.

Un episodio singular, sin embargo, me impuso la increíble faena de narrar lo que no pude presenciar. Una falla en el mecanismo de aviso me hizo llegar tarde a una de las primeras apariciones públicas del jefe de la revolución cubana en las calles ecuatorianas. Salí de aquel atolladero profesional con el siguiente relato:

Las sonrisas que dejó a su paso por la plaza grande de esta capital compensaron con creces nuestra llegada tardía a la cobertura de la ofrenda floral del presidente cubano, Fidel Castro, ante el monumento a los héroes de la independencia.

Al concurrido parque frente a la casa de gobierno llegamos un grupo de periodistas solo unos minutos después que el comandante Fidel Castro, como le dicen aquí familiarmente, realizara una de sus primeras actividades públicas, a escasas dos horas de arribar a Quito.

Al indagar entre las decenas de personas que entre curiosas y admiradas leían la dedicatoria de la corona de flores al pie del obelisco que domina la plaza, una amplia sonrisa nos respondió, invariablemente, acompañada de «sí, estuvo aquí, lo vi con mis propios ojos».

Un anciano nos repetía esa expresión llevándose los dedos al rostro, como para subrayarnos por dónde le había llegado la imagen, en una reiteración llena de orgullo.

El limpiabotas de los portales del arzobispado, dependientas de una tienda, e incluso el policía de tránsito del cruce de las calles Venezuela y Chile, a pocos metros del monumento, liberaron amplias sonrisas al referirse al presidente cubano y su breve permanencia por ese sector del casco quiteño.

Cierta euforia se sentía en los comentarios recogidos al paso, una especie de simpatía por encima de ideologías, respuesta tácita al fraternal saludo que hizo el presidente cubano a su llegada al país.

Quando abordamos al genial artesano de las formas, ya sin la presión de tener presente a su ilustre huésped, aún se reflejaba el orgullo y la satisfacción por aquellos encuentros. A ese hombre pleno de amores y odios, impaciente con el futuro e implacable con el presente, le dejamos con solo una insatisfacción, la que le impedía culminar la magia que le nacía con los Andes, pintar un cuadro de Fidel, acompañado de un concierto de piano de Schumann, «una maravilla... terriblemente tierno».

CODA

Poco tiempo después, Guayasamín volvió a la cumbre de sus sueños pictóricos. El nuevo lienzo de Fidel se hizo realidad, y luego se multiplicó en miles de réplicas que llegaron a quienes hicieron íntimamente público el homenaje al Comandante de América, en su septuagésimo aniversario.

Pocos años después, el pintor, sin advertírselo a casi nadie, fue a cobijarse junto a las raíces de aquel árbol que me mostrara una vez en el amplio jardín de su casa de Quito, y su Capilla del Hombre quedó, como la historia misma, sin concluir.

Pero el recuerdo de aquel gnomo genial, tierno y terrible como su obra, sonriente y amable, al tiempo que enérgico y seguro, continúa marcando el maravilloso y eterno ejemplo de amor y dedicación al ser humano que nos legó.

CARACAS

NI EL DINERO NI LA SOMBRA

Treinta años de sistemática campaña anticubana no impidieron que la expectativa de muchos y el recelo de unos pocos se convirtieran en fascinación mayoritaria ante la presencia de Fidel Castro.

A juzgar por los anuncios pagados que inundaron la prensa plana venezolana a principios de 1989, el repudio al legendario comandante de los cubanos, Fidel Castro, debía ser masivo cuando arribara a Caracas para la toma de posesión de Carlos Andrés Pérez.

La vida demostró desde las primeras horas de su visita que tras las andanadas de epítetos solo había dinero, resquemores de siquitrillados y ninguna fuerza social.

Los que buscaron reforzar la imagen adversa del presidente cubano no salieron del anonimato, y se eclipsaron hasta de las propias páginas que les sirvieron de madriguera propagandística.

Deben haber estado muy atentos a las primeras reacciones de la opinión pública venezolana ante la presencia del objeto de sus ataques, y lo que vieron y oyeron les aconsejó mantenerse en las sombras y casi mudos.

Ya había sucedido en Quito y México, y se repetiría poco después en las tres más importantes ciudades brasileñas: el entusiasmo popular espontáneo ante la legendaria figura sobrepasaba los cálculos más optimistas.

En Caracas la catarsis de afecto fue más sorprendente aún, ya que el intenso ataque publicitario emponzoñaba la atmósfera desde hacía tres décadas. Constituyó liberación de un muelle comprimido por años de espera, el cual saltó hacia el lado que no esperaban los detractores de la revolución cubana.

En los medios de prensa, incluso en los que abrían espacios pagados a la campaña anticubana, el despliegue de todo lo relacionado con el visitante caribeño llegó a eclipsar otros momentos cimeros de las jornadas vividas en la capital venezolana y, como dato curioso, nadie se manifestaba en público demasiado celoso de ello.

El propio Carlos Andrés, su anfitrión, intuía lo que sucedería. Se decía que cuando se encontraron en Ecuador, entre bromas, Fidel le había preguntado si lo iba a invitar a su toma de posesión y él le dijo que tenía que pensarlo porque el comandante era capaz de aceptar y entonces se formaría un gran revuelo. Y así sucedió.

La atención que concitó fue tanta que, simultáneamente, llegó a aparecer entrevistado en un canal televisivo (como la mayoría, no partidario de la revolución), mientras que otro lo mostraba en un homenaje al Libertador Simón Bolívar y un tercero lo incluía como noticia prominente en una reseña de la jornada.

Era el hombre-noticia de la cumbre caraqueña, con titulares singulares como aquel de *El Nacional*, que evaluaba «la perestroika tropical de Fidel Castro» o el de *El Diario de Caracas*, que consignaba: «Fidel ríe poco, pero es preciso en el humor».

Ninguna otra de las personalidades de las 88 delegaciones presentes fue objeto de tanta atención, no obstante concurrir otros 17 mandatarios, ocho jefes de gobierno, un número similar de ex primeros ministros y el casi inadvertido vicepresidente de Estados Unidos.

Alojado en el céntrico hotel Caracas Hilton, como los restantes invitados de alto nivel, sus desplazamientos a las distintas actividades del traspaso de poderes ejecutivos eran seguidos por una nube de periodistas, camarógrafos y fotógrafos.

Uno de ellos, de la televisión, por su intuición y perseverancia, se convirtió a su vez en noticia al ser el único en obtener declaraciones de él a su llegada, imprevista para la prensa, al aeropuerto de Maiquetía.

De ese episodio nació la versión de que el reportero había derribado a dos escoltas para obtener la primicia, algo muy dudoso, pero que enriqueció la anécdota.

Otros profesionales venezolanos entrevistaron al líder cubano y pugnaban por ser los primeros en divulgar sus palabras. Incluso se produjeron casos inéditos como interrumpir programas estelares para dar fragmentos de sus expresiones o reproducirlas íntegramente en la madrugada para repetirlas en la mañana, algo insólito en una televisión comercial, más al servicio de anunciantes que del público.

Estos son solo algunos de los elementos que permitieron afirmar que la presencia de la leyenda viviente de la Sierra Maestra fue un éxito rotundo, a despecho de los que le auguraron un estrepitoso fracaso.

El mito cubano se había hecho imborrable realidad para los venezolanos. Los del dinero y en la sombra no pudieron ni impedirlo ni empañarlo.

CODA

Más de una década después, la pretensión de restar respaldo popular a Hugo Chávez por sus estrechos vínculos con Fidel, entre otros factores de la publicidad contrarrevolucionaria, pareciera haber obtenido el efecto contrario.

La rotunda victoria del mandatario venezolano en julio del año 2000 confirmaba, para los que vivimos el episodio relatado, que la justicia social que encarnaba el líder cubano y su verdad seguían siendo un baluarte inmovible en la conciencia del pueblo de Bolívar y Chávez.

BRASIL

EL TITÁN VERDE

Tres ciudades, tres mundos. Un acontecimiento sin paralelo. Una fugaz visión del gigante de América.

Como sueño de infancia convertido en cruda realidad –pleno de los colores de una selva infinita– un espejismo de música, risas e identidades culturales se deshizo ante mi curiosa mirada y dejó más incógnitas que las develadas.

Desconocido a pesar de tan familiar, toqué Brasil en un momento de encrucijadas. Asumía el primer presidente electo en las tres últimas décadas. El escaso margen de su victoria representaba la voluntad de más de treinta millones que deseaban el triunfo de su oponente de izquierda.

Como fugaz testigo de esa nueva época asistí a un nuevo episodio del contacto cimero subcontinental y acompañé el vertiginoso paso de Fidel Castro por ese colosal país.

Fueron muchas imágenes, en secuencia acelerada y de amplias dimensiones, para poder asimilarlas a plenitud. Más que todo me quedó la sensación de haber vislumbrado un importante capítulo de la historia latinoamericana contemporánea.

LA ILHA DE VERA CRUZ

Ese gigante de más de ocho millones de kilómetros cuadrados, limítrofe con casi todo el resto de Sudamérica, soportó la mirada unánime del mundo ante el primer cambio de gobierno entre civiles en las últimas tres décadas.

Faltaban pocos días para que se cumplieran cuatrocientos noventa años del momento en que Pedro Álvares Cabral avistara el monte Pascoal, en el actual estado de Bahía, y luego de desembarcar llamara a la tierra que pisó «Ilha de Vera Cruz».

Hoy pocos recuerdan al tenaz Martim Afonso de Sousa, quien recorrió en dos años casi todo el actual litoral brasileño, tras el cual llegó, en 1549, el primer gobernador general, Tomé de Sousa, que junto al padre Manuel de Nobrega se consideran los verdaderos fundadores de Brasil.

Las luchas contra la penetración francesa en el sur, las invasiones holandesas durante la dominación española, la organización de *bandeiras* para colonizar el inhóspito interior del país y la efímera República Dos Palmares, integrada por esclavos rebeldes, son episodios insoslayables de la historia brasileña.

Poco parece pesar ahora en las perspectivas sociales de los más de ciento cuarenta millones de habitantes de esa nación el significado de los esfuerzos emancipadores del precursor independentista Tiradentes (Joaquim José da Silva Xavier) y la abortada conjura minera de 1789.

A revueltas, guerras y continua agitación popular se sucedió la independencia, el 15 de noviembre de 1889, tras un pronunciamiento militar incruento dirigido por el mariscal Deodoro da Fonseca, dos años después, primer presidente de Brasil.

Desde aquel mandatario de origen militar a Fernando Collor de Mello –el que invitara a Fidel a su toma de posesión– había transcurrido casi un siglo en el que la bandera verde-amarilla, con el globo terráqueo punteado con 24 estrellas simbolizando sus estados, ha representado a uno de los gigantes del tercer mundo.

Por ello advertí en vísperas de la nueva etapa que «el equipo de gobierno tendrá que dar respuestas que también contemplen las aspiraciones de los 31 millones que dieron sus votos a la oposición de izquierda, para encontrar un camino propio por el que Brasil logró ser consecuente con su historia y potencialidades».

Recordaba en el análisis de los retos lo que un amigo brasileño siempre insistía, aparentemente en tono jocoso: «Brasil e o país maior do mundo». Siempre atribuí la afirmación a su aparente chovinismo. Entonces estuve a punto de creerle.

Su vasta geografía, el carácter múltiple y diverso de una misma nacionalidad, los problemas económicos y sociales que lo atenazaban –y siguen hoy vigentes– y los ambiciosos planes que prometía acometer el entonces nuevo gobierno, le daban condición de coloso planetario a esa tierra sudamericana.

Entre otras peculiaridades, Brasil es el único país de esta parte del mundo que tiene fronteras con otras diez naciones; es el quinto del orbe por su extensión geográfica –mayor que Estados Unidos sin Alaska–, la octava economía capitalista y su producción industrial es superior a la de Canadá.

De climas subtropical y templado en los tres estados meridionales y a la semiaridez del interior del país, hay un abanico de características que corren parejas a la diversidad de sus habitantes.

Antes del sorpresivo «feriado bancario» con el que comenzó ese período –que trastornó precios, cambio monetario y otros parámetros afines– señal, que «sus macroproblemas económicos y sociales son tan enormes como compleja su solución. La inflación, que duplica los precios en solo dos meses, es considerada por Fernando Collor como causa central de la violencia social que alarma al brasileño medio».

Apuntaba que «este es un país de agudos contrastes, ya que mientras un 10% de la población gana más de quince salarios mínimos, el 64% si acaso llega a esa cota, de unos treinta y ocho dólares al cambio paralelo de hoy» (12 de marzo de 1990).

Otros índices también dibujaban el gigantismo de los conflictos por resolver: que el 85% de la masa trabajadora tenga un máximo de tercer grado de escolaridad, la alta mortalidad infantil lo colocaba en el lugar 70 a nivel mundial y la pobre expectativa de vida en el 80.

Esos retos y realidades requerían más que buenos deseos y voluntad para enfrentarlos y dar respuestas eficaces. Al pensar en ellos tuve que darle razón a mi amigo Aroldo Wall, ahora fallecido, cuando proclamaba que Brasil es el país más grande del mundo.

BRASILIA

Tras casi cuarenta y ocho horas de acciones y aeropuertos, llegué allí unos días antes de que el país tuviera un nuevo presidente, y escribí:

Con calma que antecede a la tormenta, la capital de Brasil aguarda el momento de convertirse en un nuevo escenario del diálogo continental.

Eslabón de los encuentros latinoamericanos al más alto nivel, iniciados en Quito con la asunción de Rodrigo Borja, el de la próxima semana tendrá por sede a la ciudad sin esquinas, donde el peatón escasea como los árboles en el desierto.

Solo ligeras y aisladas señales dan prueba que aquí se espera en pocos días a una veintena de jefes de estado y gobierno, la mayoría de América Latina.

Ante la ausencia de carteles y otras habituales expresiones de propaganda, la joven Brasilia parecía ignorar el inminente traspaso de poderes presidenciales al vigésimo mandatario de su república y los acontecimientos vinculados a esa ceremonia.

La paulatina saturación del tráfico aéreo –ya de por sí intenso por ser la habitual vía de acceso a la ciudad–, las reservaciones congeladas en el sector hotelero y la presencia de los primeros destacamentos de periodistas y personal foráneo y nativo especializado en otras habilidades eran indicios poco visibles para el común de los habitantes.

La mayoría de los *brasilienses*, gentilicio inexistente hace solo un cuarto de siglo, tampoco podía percatarse de los preparativos por su hábito de observar la vida exterior desde un vehículo en movimiento.

Las propias características de esa capital ideada por Oscar Niemeyer impiden la intensa interacción individual de otras grandes urbes. Vastos terrenos baldíos, por lo general con césped bien cuidado, se interponen entre los núcleos habitacionales, las grandes edificaciones de un centro sin vórtice y la serie de ordenados ministerios encabezados por el Congreso Nacional.

Por eso resultaba casi un espejismo la visión de caminantes en esa ciudad sin aceras, en la cual las distancias se miden en minutos de tránsito, y por lo tanto varían según el horario y el día de la semana en las que se pretendan salvar.

Concebida como metrópolis administrativa, Brasilia solo produce leyes, discursos, debates y éxitos o fracasos políticos. La mayoría de sus habitantes son funcionarios o empleados de estos, con un segmento dedicado a venderles alimentos, vestuario y demás medios de vida o a darles otro tipo de aseguramiento vital.

Enclavado en el estado de Goias, en la región centro-oeste del país, el distrito federal creado en la década del sesenta cuenta con unos seis mil kilómetros cuadrados de superficie y casi dos millones de habitantes en el momento en que lo visité.

Dada su dimensión y peculiares características, las impresiones de solo unos pocos días de estancia no pueden ser categóricas porque esa capital rompe tradiciones de otras ante la casi ausencia de vida nocturna y de masas de paseantes por un casco histórico o cultural, en este caso inexistente.

Por ello, al resumir el impacto inicial concluí que allí la anatomía tiende a transformarse –parodiando la clásica definición– para hacer que el hombre cada vez más se divida en «cabeza, tronco y ruedas».

ESPERA Y ACCIÓN

Un ambiente distinto, que rompía con la abulia de la espera, comenzó a sentirse el día que fue abierto un centro de prensa en el cinco estrellas Horsa Nacional de Brasilia, donde baterías de máquinas de escribir, télex, fax y teléfonos aguardaban por casi dos mil periodistas acreditados. Aún no era la época de las computadoras personales.

Los de mayores posibilidades económicas, como las grandes agencias occidentales de noticias, disponían de sus propias y modernas facilidades. Incluso los norteamericanos instalaron un centro para ellos en el mismo hotel, donde se albergaba ya una amplia avanzadilla de la tropa de seguridad del vicepresidente Don Quayle.

Las cosas comenzaron a animarse, además, por la primera manifestación pública contra el venidero gobierno, en protesta por la inflación y el costo de la vida y de condena a los «tiburones», élites de grandes empresarios.

Desde un vehículo con altoparlante, próximo al complejo comercial Centro Nacional, se exhortaba a manifestarse contra la política de privatización de las empresas estatales, una de las primeras acciones acometidas pocos días después como parte del programa económico de la administración Collor.

Ya se podía advertir que al día siguiente arribarían las 120 delegaciones extranjeras y las principales autoridades del país para asistir a la fiesta presidencial. En la víspera narré:

Aunque el grupo Kaoma deja sentir aquí a todas horas su pegajosa lambada, hoy la estridencia de las sirenas, entre otras algarabías, dominó el ambiente sonoro de la capital brasileña.

Caravanas de vehículos transitaron a altas velocidades, aprovechando la amplitud de las modernas vías, dejando sentir desde lejos la advertencia de sus sirenas.

Fueron decenas, casi un centenar, los grupos de autos custodiados por motocicletas policiales que se movieron de los aeropuertos internacional o militar –según llegaran las misiones invitadas en vuelos regulares o especiales– hacia el centro de Brasilia.

Los aviones disputaron el centro de la atracción a los autos y sirenas, cual si fuera un tributo a esta ciudad, cuya visión desde el aire semeja a un gigantesco aparato supersónico.

El cuerpo central de esa aeronave llamada Brasilia lo forma la explanada de los ministerios, su cabina es el congreso y sus alas, ligeramente inclinadas en relación con el eje, las integran los edificios desplegados, con exacto orden geométrico, en los sectores sur y norte.

Nuevas conmociones se produjeron en esa habitualmente tranquila urbe, entre la que destacó la llegada del Comandante en Jefe de los cubanos, Fidel Castro, una vez más el visitante que mayor atención acaparaba en un traspaso de poderes, desde que los gobernantes de América Latina comenzaron a aprovechar esas ocasiones para dialogar.

Por contraste, el acto oficial más importante del día fue la silenciosa y mesurada ceremonia de presentación de credenciales de las misiones especiales, una de las últimas actividades del mandatario saliente, José Sarney.

En esas jornadas de tanto movimiento y bullicio, político y económico, la furia de la lambada parecía entrar en receso.

PACÍFICOS APRETONES

Con la simple acción de estrecharse las manos por parte de Sarney y Collor se consumó aquella transición pacífica de poderes.

Los actos fueron más complejos y ceremoniosos, pero el gesto, no por protocolar menos significativo, culminó un período convulso, incluida la campaña electoral, la cual por momentos pudo convertirse en espectáculo pugilístico por el ardor de los debates y, a veces, por algún que otro golpe bajo.

Resultó significativa la presencia militar custodiando las ceremonias entre civiles en una capital que se estrenaba como escenario de cambios en la cúpula de poder ejecutivo mediante la acción del voto.

La Caballería de Dragones, remedando la época imperial brasileña, escoltó al estrenado mandatario en su recorrido entre el Palacio del Congreso y el del Planalto, sede de la presidencia.

Otro anacronismo se apreció al ser trasladado quien proclamó que construiría un nuevo Brasil, en una añeja *limousine* descapotable Rolls Royce, regalo de la británica reina Isabel cuando visitó este país, en época de gobierno militar.

Collor de Mello se pasó la mayor parte del día demostrando que se encontraba en buenas condiciones físicas, ya que el apretón de manos no fue acción privativa entre mandatarios saliente y entrante, tras intercambiar la banda presidencial.

Con ese tradicional saludo despidió a las decenas de ministros del anterior gobierno y acogió a otros tantos propios, recibió a cada uno de los integrantes de las 120 delegaciones invitadas y se dejó agasajar por todas las autoridades de la nación, incluidos hasta los colaboradores más cercanos de los titulares de su flamante gabinete.

Ese increíble maratón me llevó a escribir que «casi como castigo anticipado por los problemas futuros, la mano derecha de Collor sufrió más presiones que todos los golpes dados en su vida de karateca, no obstante ser una transmisión pacífica».

CONCRETO

La intensa secuencia de actos de la toma de posesión y de actividades del Comandante en Jefe en Brasilia solo fue prelude de uno de los episodios profesionales más complejos que he vivido.

Desde la espera interminable para partir a una hora imprecisa –que se aplazaba y postergaba gracias a las necesarias medidas de seguridad– hasta el atropellado arribo al

Memorial de Las Américas, en Sao Paulo, en busca de nuestro objetivo noticioso, merecerían crónicas a la ansiedad periodística.

Sin embargo, no es posible describir la desolación sentida cuando el IL-62M, tras mostrarnos desde el aire una sabana interminable de concreto –Sao Paulo– «taxeaba» en un área desierta del aeropuerto: Fidel y su delegación no estaban por todo aquello. Nos habíamos perdido la noticia de su llegada.

Una sensación cercana a la angustia, imposible de narrar, nos ganaba en la medida en que el tiempo transcurría y aguardábamos, como inquieto rebaño, a que nos condujeran. La marcha en grandes autobuses nos llevó a través de kilómetros y kilómetros de autopistas y avenidas hasta el vasto memorial, donde los visitantes cubanos ya concluían su recorrido.

La suerte al fin sonrió a los hombres –y una mujer, Irma– de la prensa al ser testigos de la llegada de Daniel Ortega, su encuentro con Fidel y la celebración de un acto en el que se rindió homenaje a Orlando y Claudio Villas Boas, legendarios soportes de las comunidades indígenas brasileñas.

Como bálsamo para los disgustos, por su trascendencia, apreciamos el mensaje continental proclamado en esa institución latinoamericana cuando Fidel convocó a la unión política como única forma de evitar ser «los nuevos indicios del mundo actual...», porque «nos necesitamos todos sin excepción». Las palabras del presidente cubano rendían tributo también a quienes como los Villas Boas han hecho de la solidaridad humana una de las tareas más hermosas del hombre.

La historia de ellos comenzó en la década del treinta, cuando simularon ser analfabetos para enrolarse como braceros en una arriesgada expedición a Manaus para conocer la vida de los aborígenes.

El Parque Nacional de Xingu fue creado por los Villas Boas en 1961 para dar a los continuadores de los primeros brasileños un destino mejor que el que les deparó la colonización a sus ancestros. Ese sitio fue calificado por la UNESCO como el más bello mosaico de lenguas puras del mundo, en el cual viven decenas de comunidades indígenas que conservan su cultura, lengua y hábitos.

Con tan importantes reflexiones en la libreta de notas, aún pendiente de reportar la llegada de la delegación cubana a la ciudad-estado más grande de Sudamérica y al no haber en el memorial forma de comunicar al exterior, subimos corriendo a los transportes con la esperanza de llegar rápidamente a un télex o teléfono redentor.

ANGUSTIAS DE UN REPORTERO

Las tribulaciones entonces se multiplicaron. Cuando ya habíamos obtenido la valiosa información, todo conspiraba para que nos atragantáramos con ella, lo que representa el peor de los suplicios en esa profesión destinada a reportar acontecimientos.

El asunto es peor aún si se trabaja para una agencia de noticias, y el tema del que se trata es de la importancia del que teníamos entre manos. Agravante crítico: todavía no habíamos dado a conocer que la visita seguía su curso normal.

Tras un vertiginoso y prolongado viaje por un laberinto de calles, camino a la periferia, desembocamos en una academia de la policía brasileña, hospedaje insólito sobre todo por lo distante e incomunicado.

Apresuradas gestiones, sin tocar el equipaje, nos permitieron volver a la civilización a un pequeño comando, que recaló en un local de la Televisión de los Trabajadores, desde donde logramos el primer enlace telefónico y ubicación en un Apart-Hotel cercano a la Avenida Paulista.

Un traumático feriado bancario, por el cual nuestros escasos dólares cada vez valían menos, se unía al receso de fin de semana que mantenía cerradas las instalaciones habituales para las comunicaciones internacionales.

Instauramos la narración telefónica, ya aplicada desde Brasilia alternativamente, como vía informativa única, gracias a un eficaz equipo de apoyo en la distante ciudad de La Habana.

El apacible edificio de apartamentos arrendados de la calle Campiñas se convirtió en sede de redacción y transmisión de nuestras notas, las que recogieron desde los encuentros con Lula, representantes de otros partidos políticos e intelectuales hasta una concurridísima conferencia de prensa.

Otra impaciente espera y fuerte lluvia nos despidieron de esa nueva etapa. Llegamos al aeropuerto tras atravesar aquella mole urbana, plena de contrastes y paradojas, a la que solo nos asomamos durante cuarenta y ocho horas y que nos dejara impresiones encontradas, desde admiración hasta pena.

SEXO O RELIGIÓN

De aquella breve estancia rememuré después, en un artículo titulado «El discreto comercio de los acompañantes», aquella moral decadente que se ofertaba en guías hoteleras paulistas, que curiosamente compartían espacio con la Biblia en la mesa de noche de cada cama.

Algunos de sus pasajes señalaban que «desde universitarias y secretarias hasta apuestos mozos forman un selecto ejército al servicio de turistas adinerados».

La imagen de «Paulo escort men de alto nivel», con el añadido de *english spoken* para que las turistas del norte del continente pudieran también conversar, se sumaban a otras empresas que anunciaban Boys and girls –24 horas.

En la guía dejada en cada habitación, los caballeros teníamos más donde escoger. El servicio Aline ofrecía «acompañantes del más alto nivel, belleza y discreción, para cualquier evento», mientras que en Glamour las había «para todas las fantasías y momentos».

Al conjuro de unos extraordinarios ojos claros, Marina incitaba a que «si estás solo, no estés triste. Llámame. Estoy esperando». El pago podía hacerse en tarjetas de crédito como dinero.

Las chicas de London también *parlan italiano*, mientras que, como latino-caribeño de cuna y corazón, estaba excluido de los masajes que se ofrecían en Toyo, cuya clientela más segura habla inglés.

Otra concepción de la vida y de las cosas me mantuvo apartado de las excitantes ofertas, aunque quizás, como dije en broma en el citado artículo, «gracias a un descuido evité la tentación fatal cuando pasé por alto a Requite, cuyo anuncio contaba con un gancho especial: «Hablamos español».

Al marcharme me percaté que por el manoseo de sus páginas, la curiosa guía turística había sido mucho más consultada que el libro sagrado adjunto.

Solo dos apresuradas noches pasé en Río de Janeiro, la otra pata del trípode brasileño, y casi me uno al poeta Vinicius de Moraes para afirmar que «nadie es carioca en vano».

Las primeras horas fueron, otra vez, de crítica tensión, aunque el brillo del sol, el increíble paisaje vivo de lo conocido, solo de referencia desde lejos, y la afabilidad reinante amortiguaron el impacto de llegar, nuevamente, a la zaga de los acontecimientos.

La agilidad y perspicacia profesional de los que quedaron en casa suplieron con creces la reiterada ausencia de medios de transmisión, al punto que aún no había depositado la maleta en la recepción del Excélsior de Copacabana, y ya mi nombre resonaba desde la carpeta: me llamaban desde la Central habanera para que improvisara el reporte de los primeros sucesos de esa etapa final del viaje.

Los pocos días en ese paraíso de arena no me permitieron tampoco seguir el consejo de aquel sublime carioca de «ver pasar a las muchachas y hablarles con los ojos», aunque ahora mi esposa, al leer estas líneas, desconfíe de mi repentina ceguera.

Me tuve que conformar con correr a la carrera, entre breves paradas para fotos turísticas destinadas a los archivos, de Leblón a Ipanema, Leme, Botofogo y Flamengo, sin obviar la imprescindible Copacabana. Playas todas carentes a simple vista de las bañistas cuyos «hilos dentales» permiten un dorado casi sin frontera. Aún no era la temporada.

Lejos del ambiente bucólico apto para captar turistas, las narraciones de advertencia, hechas por amigos, giraban en torno a la delincuencia, la inseguridad y el costo de la vida sin paralelo, que retaban la gestión del nuevo gobierno desde su mismo comienzo.

No hubo mucho tiempo para apreciar la música que caracteriza a esa tierra y sus gentes. Había inflación desmedida, deterioro caprichoso de la divisa y tiendas sin clientes. El gansterismo pugnaba por adueñarse de sectores de aquel tesoro de la naturaleza. Tras cada muestra de mendicidad se podía ocultar un fiero salteador.

Allí me enteré de penosas hazañas de pandillas que desvalijan edificios de viviendas completos, a pesar de que todos cuentan con porteros-guardianes, y de enfrentamientos armados entre grupos rivales, a los cuales la policía trata de llegar tarde para no tener que exponerse a un volumen de fuego que puede superar el propio.

La primera jornada, tras comer con dos colegas en un cercano y modesto restaurante, decidí caminar por las calles paralelas a Copacabana para constatar el ambiente por mí mismo, sin dar crédito a los «cuentos de policías y ladrones» con los cuales los amigos nos pretendían aleccionar.

El entorno bullicioso y animado, tan parecido al caribeño, invitaba a deambular y curiosear, a pesar de una fina llovizna y lo avanzado de la noche, antes de regresar a mi habitación y esperar una llamada telefónica para entregar las últimas informaciones.

No obstante la ausencia de prejuicio, rostros, ademanes, intentos de preguntas y expresiones ininteligibles que coseché en poco más de quinientos metros, me aconsejaron buscar la más iluminada Avenida Atlántica y acelerar el paso hasta el hotel, esgrimiendo un puntiagudo paraguas con aire despreocupado pero a la vez enérgico.

Tras una madrugada agitada por los contactos finales con la Central, a la mañana siguiente comenzaba a nacerme un cierto sabor a vergüenza por el sobresalto nocturno cuando uno de mis compañeros de cuarto narró un episodio que acababa de sucederle y que borró mi íntima autoflagelación.

Mi compatriota, quien viajaba ese mediodía hacia Caracas, había salido a las siete de la mañana hacia la suave planicie de arena y mar que nacía al otro lado de la avenida, como yo había hecho hacía solo unas horas antes: buscaba apreciar una realidad únicamente conocida de oídas.

Mi amigo era también novicio, como la mayoría de las decenas de miles de turistas que sufren algún tipo de asalto durante su visita a Río.

En la desierta playa –contó– fue abordado por una mujer llorosa, cuyo portugués no comprendió hasta que del agua salió un único bañista alertándolo sobre la presencia de ladrones y exhortándole a que se marchara de allí.

Sin mediar más explicaciones regresó, y al relatar su extraña experiencia nos dimos cuenta que a su incursión había ido vestido para viajar, con saco y corbata, lo que lo convertía en codiciada presa de los muchos buscavidas que dormían bajo las estrellas y comenzaban su faena con la salida del sol.

Aún comentando las penurias humanas que subyacían entre tanto ornato y publicidad para atraer al turismo, me percaté, al asomarme a la ventana de nuestra habitación, que dos espigados adolescentes aún dormían sobre unos cartones en la acera a nuestros pies.

Unos raídos pantalones recortados y unas camisetas de color indefinido por la suciedad eran su única vestimenta. Se amparaban de miradas curiosas aprovechando el espacio dejado entre autos estacionados, pero tampoco eso debía preocuparlos.

Cerca de las ocho de la mañana, con el ir y venir a su alrededor en su apogeo, se despertaron. Tras mirar indiferentes el entorno, un poco orientándose, salieron hacia la cercana playa en busca de algo para sobrevivir. La suerte de mi compañero, quizás, se había decidido porque, ese día, el sueño de aquellos vagabundos era profundo.

Al marcharme con la visión nocturna de un infinito de luces llamado Sao Paulo, en la escala hacia Lima sentí más que nunca antes que dejaba atrás un mundo sin conocer, complejo y fabuloso, al tiempo que dramático. Solo le rocé la piel casi por un instante; pero ese leve contacto bastó para que la fascinación, la intriga y el drama me marcaran.

Me fui soñando en las cosas por descubrir en ese gigante de América un Titán Verde de cuya eventual victoria sobre el Júpiter de nuestra época puede depender, en buena medida, que el tercer mundo alcance el lugar que le corresponde.

IBEROAMÉRICA

DE CUMBRES Y CIMAS

Reportar las primeras cumbres iberoamericanas, desde sus escenarios mexicano, español y brasileño, me permitió trascender el acontecimiento político que nos convocó a centenares de periodistas. Vi entornos diferentes, singulares en su cotidianeidad, pero que a la vez mostraban el rostro común de los problemas que hacían imprescindibles los encuentros entre los mandatarios que allí se reunían.

Como botón de muestra de esa serie de experiencias presento la primera nota de fondo que motivó el inicio de este movimiento, y una primera experiencia práctica en el extranjero sobre lo que significa un discurso de Fidel. Salto sobre los pasajes españoles de la segunda cita cimera para recrear, finalmente, algunos de los brasileños de la tercera.

GUADALAJARA

EL DESPEGUE

Si incas, araucanos, aztecas y caribes, entre otros muchos pueblos autóctonos, fueron incapaces de pensar en unirse porque incluso desconocían su existencia recíproca, con Simón Bolívar y José Martí se llegó a los umbrales de una conciencia latinoamericana.

En la década del noventa se comenzaron a revitalizar añejos empeños comunes al sur del Río Bravo, de sumar inquietudes y aspiraciones de hermanos dispersos ante las apetencias acrecentadas por un nuevo reordenamiento mundial de riquezas y poder económico.

Volvieron a resonar con singular relieve las palabras de Simón Bolívar, después de Ayacucho, quien veía en la integración de la América Nuestra –así definida por José Martí– la única forma de garantizar la independencia conseguida tras cruentas luchas anticoloniales.

SOLO SIGLAS

El camino había estado plagado de intentos, a veces en la memoria continental recordados solo por sus siglas, tras el frustrado Congreso Anfictiónico convocado por el Libertador en 1826.

Léanse SELA, GEPLACEA, NAMUCAR, CARICOM, UPEB, ALALC y ALADI y se tendrá un panorama de esfuerzos mancomunados de diversos signos y suerte similar, aspiraciones de coordinar, sumar y proyectar para hacer menos débiles las estructuras económicas y de intercambio comercial, y buscar caminos propios en los afanes de desarrollo.

Pacto Andino, Grupo de Río y Mercosur –entre las más frescas de esas iniciativas– constituyen aproximaciones a una aventura obligatoria de nuestra época: la cohesión de intereses afines por razones históricas, culturales, geográficas, económicas e incluso de idiosincrasia.

De cara a ese reto definitorio del siglo XXI, las naciones latinoamericanas dieron un paso de singular e imprevisible trascendencia, pero sin duda, en el sentido correcto: por primera vez todos sus mandatarios se dieron cita, en la mexicana Guadalajara, para hablar de lo que los unía, sus problemas y anhelos, su visión de soluciones.

Por paradojas de la historia o quizás debido a ella misma, las ex metrópolis ibéricas fueron partícipes del nacimiento de un necesario entendimiento, una visión vital que supere resquemores, viejas heridas y suspicacias de variada índole.

La subhistoria republicana de la región cuenta en su haber con más disensiones que acuerdos, más litigios –a veces dirimidos con sangre– que proyectos conjuntos fructíferos. Una suma de celos geopolíticos, avatares supranacionales y egoísmos mercantilistas han sido barreras habituales al ideal bolivariano.

El orgullo común por lo propio se había dado –aún sin la fuerza que merece– en el ámbito de la cultura; pero poco más, como tener honor de ser primogénitos en el campo deportivo, con los más antiguos juegos regionales del planeta.

Las coincidencias en la arena internacional, a pesar de evidentes diferencias políticas, se expresan continuamente en foros como la Organización de Naciones Unidas, bajo la tutela cuando no la batuta de Estados Unidos.

CONTROVERTIDA CITA

En las raíces del árbol social de Latinoamérica –en los anhelos por el desarrollo económico– la dispersión y la unilateralidad han facilitado que casi a finales del siglo XX, más que nunca antes, hubiera menos capacidad para su propia y eficaz realización.

El inicio de las citas iberoamericanas no pudo contar con detractores públicos. Los que la veían con recelo, como muestra de voluntad propia de quienes tienen mucho en común, no podían oponerse abiertamente. La coyuntura la hacía más que propicia, impostergable, ya que, sin quererlo, los amos del dinero la provocaron con sus ansias de expansión.

La táctica por su parte se presentó más sutil que con una simple advertencia. Hablaron con insistencia de los beneficios de relaciones bilaterales especiales o los perjuicios de enajenarse la buena voluntad de potenciales y presuntos benefactores inversionistas.

El silencio era la primera y cauta reacción del poderoso vecino estadounidense, que se dedicaba a ofrecer por separado –que recuerda el refrán de «divide y vencerás»– la salvación económica a una crisis que él se había encargado de crear, alimentar y hacer endémica.

En los inquietos por la cita en la capital de Jalisco parecía haber un compás de espera con la esperanza, basada en los antecedentes, de que en la cumbre no se pasara de las intenciones y los buenos deseos. Poco a poco la misma vida se ha encargado de ir haciendo concreciones útiles.

En aquellos primeros momentos, solo una pequeña campaña adversa desató la celebración de Iberoamérica I. Su objetivo lo constituía Cuba.

Secuaces de poca monta, los llamados representantes del exilio cubano corrían de un país a otro buscando enrarecer la reunión debido a la significativa presencia que tendría Cuba.

Una fórmula que han repetido gracias a los cuantiosos fondos que dispone la mafia miamense comenzó a aplicarse: encuentros y almuerzos con personalidades de algunos de los países también invitados buscaron promover críticas y condicionantes a un hecho imposible de opacar ni impedir: Cuba estaría por derecho propio en la reflexión iberoamericana.

Otros expedientes se ensayaron o desempolvaron, como el de supuestos suministros cubanos de armas a los insurgentes salvadoreños, refutado de forma tan rotunda que pocos propagadores continuaron repitiéndolo.

Desde entonces se hizo casi un hábito que ante cada reunión cimera reaparezcan acusaciones cavernarias, se inventen nuevas violaciones a cualquier derecho o se intente vincular a la isla con cualquier calamidad. Se supo antes de finalizar el siglo que también el terrorismo y sus planes de atentados contra Fidel no estuvieron ajenos a esa campaña cíclica.

Aquella cumbre significó mucho, en más de un orden, y por ello los que deseaban su fracaso apelaron a maniobras de todo tipo para evitar nuevos éxitos como el que representó la presencia cubana en ella.

Y aunque el camino sea largo y con él no pudieron soñar Atahualpa, Caupolicán, Huemac y Hatuey, la visión bolivariana y martiana ha ido adquiriendo así nuevas vigencias en la hora clave para la conciencia latinoamericana.

ATENCIÓN PRIORITARIA

De las muchas notas y crónicas escritas entonces dije en una: «En solo un instante, las grabadoras se multiplicaron por cinco ante los televisores del Centro Internacional de Prensa en la Cumbre Iberoamericana: Fidel Castro iba a hablar».

Esa escena la vi repetida, incluso incrementada, en cada comparecencia de nuestro Comandante en Jefe en cualquier foro internacional, hasta en la famosa Cumbre del Milenio de Naciones Unidas, ámbito nada habituado al entusiasmo reporteril.

En aquella ocasión, 1991, unos doscientos periodistas de todo el mundo escuchaban con tranquilo profesionalismo las primeras intervenciones de los mandatarios, en la sesión inaugural de la cita cimera, cuando por orden alfabético de su país le tocó el turno al presidente cubano.

Entonces, la decena de grandes televisores instalados en la sala principal del hotel Carlton, de Guadalajara, fue rodeada por un público expectante, más insólito porque estaba integrado por hombres y mujeres fogueados en coberturas internacionales de todo tipo.

El silencio fue casi absoluto porque las máquinas de escribir no tenían dedos que golpearan sus teclas; los teléfonos estaban desiertos y la alfombra amortiguaba los rápidos pasos de quienes se incorporaban a los que ya oían al líder cubano llamar a la unidad latinoamericana.

Solo una telefonista, al llamar por un altavoz a un usuario, provocó el silbido típico de quien pide silencio, salido de un coro de decenas de bocas: el interesado nunca se enteró que lo solicitaban y es posible que no le importara.

Como en todo conglomerado humano, al margen de la profesión, en el gremio periodístico hay preferencias y disconformidades. Sin embargo, ante la concluyente palabra de Fidel Castro, la atracción de su personalidad y mensaje, sumaron, de pie ante las pantallas, a gentes de diverso signo.

Lo usual tuvo colofón de similar categoría cuando concluyó el mandatario cubano: los aplausos nacieron de diversos lugares, con la espontaneidad que mostraban los primeros efectos de un mensaje a la integración soberana de los pueblos del subcontinente.

LENGUAJE PRECISO Y VOLUNTAD UNITARIA

Los esquemáticos pudieron ser sorprendidos por el pensamiento dialéctico, los retóricos por la fuerza de sus concisas palabras, los demagogos con la franqueza de sus criterios. Fidel Castro habló por y para Latinoamérica en un momento único y crucial.

La advertencia sobre la hecatombe económica, realizada en la apertura de la Cumbre Iberoamericana, no era nueva, pero así les pareció a quienes ignoraban o menospreciaban el profundo dominio del líder cubano sobre las historias y realidades de nuestra época.

El intercambio para América Latina era en ese momento peor en un 21% que hacía diez años, la deuda sobrepasaba los cuatrocientos mil millones de dólares y se habían transferido hacia el exterior recursos por unos doscientos veinte mil millones en solo ocho años. No eran cifras desdeñables incluso para los neoliberales más entusiastas.

Fidel no tuvo reparos en analizar ilusiones develando sus misterios, para demostrar que el hambre, las enfermedades, el analfabetismo y la miseria son las causas que desgastan y desestabilizan sociedades y gobiernos.

Alertó con palabras precisas, cada una de las cuales meritaba estudios enciclopédicos, lo que se ha hecho contra la región: dividir, agredir, amputar, intervenir, sumir en el subdesarrollo y saquear.

Él impugnó la imposición de sueños y modelos de consumo enajenantes y despilfarradores... incompatibles con las necesidades racionales de 4 000 millones de personas.

Quizás algunos, como el presidente de Uruguay, no interpretaron en toda su cruda verdad la expresión «pudimos serlo todo y no somos nada».

El reto para alcanzar la unidad radica en que Latinoamérica debe partir de casi cero, empeñada, expoliada, penetrada, subordinada y, paradójicamente, entusiasmada por fantasías como la Iniciativa para las Américas –elogiada por el mandatario argentino–, hecha en Washington para ilusionar y no para multiplicar los panes.

El presidente cubano habló de enfrentar a grandes grupos que hoy dominan la economía mundial, y significó que las grandes potencias no tienen amigos, solo intereses. Varios de sus interlocutores, sin embargo, las defendían como aliadas seguras.

Único entre los 23 oradores, el líder cubano denunció el hegemonismo existente en organismos como en Naciones Unidas, que permite atentar contra la independencia y soberanía de cualquier estado.

Un llamado a eliminar el veto en el Consejo de Seguridad, por anacrónico, peligroso e injustificado, resonó con fuerza en mentes que quizás no estaban preparadas para ver el ángulo que precisó a continuación, y que no ha dejado de explicar y exponer nunca.

Para hablar de democracia –dijo– tenemos que comenzar por democratizar la organización de Naciones Unidas. Ese era un concepto que varios otros dignatarios compartían, como el venezolano Carlos Andrés Pérez, según me lo confirmó él mismo, pero que ninguno se animaba a defender a fondo.

Fidel evaluó que solo ante un mundo mejor y más justo las naciones pueden ceder una parte de sus prerrogativas, incluida Cuba. Para los aún escépticos resultó una nueva lección la afirmación de que Cuba está dispuesta a pertenecer a una América Latina integrada y unida, no solo en lo económico, sino también en lo político.

En ese contexto puntualizó que Cuba estaría dispuesta a derramar su sangre, defendiendo lo que es hoy la primera trinchera de independencia y soberanía de nuestros pueblos, términos poco usuales en el lenguaje de los políticos tradicionales de la región.

Invocando la legendaria advertencia martiana sobre los peligros que representa Estados Unidos para nuestra América, Fidel Castro convocó a construir una gran patria común, concepto que ya cobraba la fuerza de una necesidad vital.

Fue un discurso programático, que con matices según la coyuntura, estaría presente en lo adelante.

III CUMBRE

SALVADOR DE BAHÍA

La II Cumbre pasó por mis manos con numerosas notas –previas, durante y conclusivas–, pero nada nuevo en el ámbito iberoamericano se pudo decir más allá de lo que Fidel había establecido un año antes. Entre otros acontecimientos de su estancia en España, el principal a mi juicio fue su visita a Galicia, que merece nota aparte. En ella trataré, de paso, lo acontecido en Madrid.

Así fue que, en 1993, llegamos a la localidad costera de Brasil llamada Salvador de Bahía, donde más allá de la cumbre me adentré en su realidad en crónicas que ahora sintetizo por su valor permanente.

SALVADOR, NUEVA CAPITAL DE IBEROAMÉRICA

Mar, sol y sonrisas, música canela y la crudeza de los contrastes del subdesarrollo marcaban a Iberoamérica cuando Salvador, capital del estado brasileño de Bahía, se convertía en sede de su III Cumbre.

La belleza de un paraje tan singular que llevó a los colonizadores portugueses a instalar allí la primera capital de Reino de Brasil, en 1545, un invierno casi tan cálido como el verano tropical y una cordialidad a prueba de avatares, ofrecían buenas condiciones para el nuevo encuentro bicontinental de lusos e hispanohablantes.

De esa región se dice que es la más caribeña de todas las de Brasil, y quienes procedíamos de esa zona solo nos percatábamos de su lejanía por el idioma diferente que nos envolvía y contagiaba.

Encrucijada de culturas, los conquistadores preservaron la de los nativos, y sumaron a la suya, europea, la de los africanos que a la fuerza poblaron Bahía, mestizaje que permite ver al pie de una estatua de un pensador de la antigua Grecia a las vendedoras de orishas con sus blancas vestimentas y multicolores collares.

Esta ciudad «penetrada por el mar al oriente del oriente», según su musa patriarcal, Jorge Amado, no puede describirse sin asombro ante el contraste de fortines, iglesias y palacios más que centenarios de su casco histórico, y las modernas edificaciones de barrios exclusivos, salpicados de la pobreza resumida en las favelas.

Tanto el Pelourinho, zona céntrica Patrimonio Cultural de la Humanidad, como el museo Carlos Costa o el de Arte Sacro, eran escenarios por donde las autoridades iberoamericanas palparían historia y herencia de esa tierra, cuna de la guerrillera María Bonita, Reina de los Cangaceiros.

Salvador, acceso a la gigantesca Bahía de Todos los Santos y colofón de la Costa de los Cocoteros en el noreste brasileño, era también reflejo de las contradicciones acentuadas en esa región empobrecida, donde la alegría del turismo que daba sustento a muchos de sus pobladores era casi una paradoja ante la seriedad de una crisis que se hacía cada vez más angustiosa.

La más africana de las ciudades americanas, al decir de entendidos como el cineasta Orlando Senna, con sus 400 centros de santería, un centenar de templos evangélicos y una iglesia católica por cada día del año, pediría a sus dioses y esperó de los gobernantes huéspedes una acción efectiva que contribuyera a que la sonrisa fuera como el sol de Salvador: patrimonio común para todos los iberoamericanos.

TRADICIÓN Y BUEN GUSTO EN MESA RÚSTICA

El *acarajé* descansaba rodeado por amplias porciones de *carurú* y *batapá*, cuya acentuación aguda hubiera delatado su origen yoruba si hubiera pasado inadvertida la sonriente bahiana vestida de blanco que los ofrecía. Algo imposible.

Cobriza cual la masa que nos brindaba como anticipo al almuerzo, la gruesa matrona de andar pausado pero seguro nos reveló con orgullo los secretos de su cocina, con aromas que ni el salitre de la playa de Buranquinho podía desvanecer.

Como apreciamos en el arenoso estuario del río Joanes, al norte de la capital del estado de Bahía, la comida típica –la verdaderamente popular en su origen y confección– es uno de los orgullos inocultables de este pueblo mestizo oscuro.

A la influencia del arte culinario de los portugueses, con su aceite de oliva, y de las innumerables hierbas que aderezan y recuerdan los platos aborígenes, se suman las magistrales, a veces secretas y quizás mágicas, combinaciones africanas, de condimentos, contenidos y formas de prepararlas.

Las casi obligatorias *lambretas* no impresionan al caribeño. Son una especie de híbrido de ostión y almeja que, con el picante que debe acompañarlos, son buena justificación para degustar *caipirinhas* bien fríos, ese brebaje aparentemente inocente compuesto de azúcar, limón, hielo y aguardiente, primo cercano del mojito cubano y que causa efectos similares.

El *acarajé*, sin embargo, tiene escasos parecidos. La torta de frijoles blancos, descascarados uno a uno, según nos dijeron, aderezados con ajo y cebolla y frita en aceite de *dendé*, otra reminiscencia africana para denominar al palmito, tiene los sabores que el comensal desea.

Todo dependerá si unta sus fragmentos con *carurú*, un tipo de quimbombó mezclado con maní, almendras y camarones secos, o en *batapá*, en el cual el pan y el aceite de *dendé* sustituyen al vegetal.

Desde la «carne de sol» (tasajo de res) al «caldo de *sururú*», hecho con moluscos parecidos a la almeja, son por lo general introducción al plato sagrado de los hombres de la costa, los *peixe* (pescados) que el usuario selecciona aun casi palpitando de su extracción del agua.

De esa forma se puede tomar contacto, en cientos y miles de pequeños puestos rústicos del Atlántico nordestino, con esa tradición de buen gusto que identifica la comida bahiana.

COMPRES HOY QUE MAÑANA, QUIZÁS, NO PUEDA

Con una dialéctica aterradora para los bolsillos, nada era inmutable en Brasil si de precios se trata. Y hoy no debe haber cambiado mucho ese panorama.

La inflación que presencié y sufrí en 1993 saltó de los libros y conferencias a una realidad cotidiana, abrumadora sobre todo para los que no cuentan con respaldo financiero más allá de su salario.

La depresión de los ingresos de los trabajadores y empleados tenía un ritmo superior a lo que podría recuperar si hubiera habido ajustes mensuales, una tibia aspiración que entonces enarbolaban.

Esto explicaba que una familia que ganaba un sueldo mínimo no podía comprar ni la mitad de la canasta básica alimenticia. Muchos no tenían ese problema porque ni siquiera contaban con ingresos estables.

La capital bahiana, según estadísticas publicadas entonces, gozaba del lamentable privilegio de estar entre las que el costo de la vida aumentaba en mayor ritmo en relación con las de otros estados de Brasil: un 32,9% mensual.

Hay productos que incrementaban su precio a diario, como el pan, el azúcar y los frijoles. La carne, el banano y el tomate sobrepasaban el 50% de aumento mensual, por lo que con el mismo dinero solo se podía comprar la mitad de productos de un mes a otro.

Mientras el salario mínimo de junio fue de poco más de tres millones de cruzeiros –cuyo equivalente era menor a cincuenta y cinco dólares–, el grupo de 13 productos considerados básicos, para una pareja con dos hijos, costaba casi siete millones.

Según las frías estadísticas, las necesidades mínimas de esa familia típica debían de haber sido satisfechas con 23 699 000 cruzeiros, suma inalcanzable para un trabajador.

Por ello la fiebre de las ofertas parecía haber contagiado el comercio de Salvador de Bahía. Los que disponían de algunos recursos perseguían los estantes donde se asegura había artículos menos caros –el término *barato* fue borrado del diccionario del consumidor medio–; pero caían en la trampa de adquirir lo que le interesaba al vendedor y no lo que necesitaban ellos.

Era comprensible de todas formas que quienes tenían algún dinero lo invirtieran comprando algo útil, porque al día siguiente, quizás, no les alcanzara o no lo tuvieran.

DE LA TIMBALADA A OLODUM, CON LA MÚSICA EN EL ALMA

Los tambores retumbaban en la favela de San Lázaro, entre los barrios Ondina y Jardín Apipema, cerca de lujosos hoteles. Era noche de San Juan y la celebración religiosa parecía dar excusas para el despliegue de una musicalidad ancestral.

El canto a los dioses africanos arraigados en esta región nacía de voces humildes por su condición económica, pero orgullosas en adorar a sus orishas, un legado cultural que es tesoro imposible de devaluar, incluso en un mundo donde la riqueza material es rasero habitual para medir valores y méritos.

En los bahianos se encuentra a flor de piel un elevado sentido de su cultura y tradiciones, en las que la música es, quizás, la expresión pública más difundida y popular, sin menoscabo de otras vertientes con singulares representantes como Jorge Amado en la literatura o Glauber Rocha en la cinematografía.

Si las grandes guitarras tipifican a los charros mexicanos, las maracas a los caribeños y el bandoneón a los rioplatenses, aquí los instrumentos percusivos sobresalen por su variedad y, a veces, por su aparente sencillez y, al mismo tiempo, compleja ejecución, como el *berimbau*, proyectado al mundo por Nana Vasconcelos y Airto Moreira.

El arco rústico, cuya sola cuerda tensada produce un sonido difícil de describir, entre lamento e invocación, comparte el orgullo de ser símbolo de esta región nordestina de Brasil junto con los tambores yorubas que estremecen los sentidos más embotados.

Una de sus más impactantes muestras, reciente por entonces, se llamaba *timbalada*, expresión que daba nombre a un ritmo y al grupo que lo ejecutaba, nacida de la masiva utilización de tambores de origen africano, en especial uno cónico denominado *timbal*, hermano mayor de los *jimaguas*, que con igual nombre dieron fama a los músicos antillanos hace décadas.

La agrupación que dirigía el bahiense Carlinhos Brown, integrada por 80 músicos, 69 de los cuales tocaban tambores de todas las clases, estaba en aquellos días haciendo furor en San Pablo tras dejar extenuados a sus coterráneos en cercanas festividades.

En otro lugar preponderante, aunque con dimensiones más vastas, se encontraba la compañía Olodum, «divinidad suprema, señor de todos los destinos», según su significado yoruba, que en el campo musical había resaltado en discos como *The Rhythm of the Saints*, de Paul Simon, y en la creación de una nueva línea: el samba-reggae. Más tarde hasta la gran estrella pop Michael Jackson hizo con ellos, y en su ambiente, un popular videoclip.

Sin embargo, el proyecto de esta organización radicada en el histórico barrio del Pelourinho se expandía desde la atención a los niños a la educación de adultos, aunque es en su centenar de tambores –en época de carnaval– donde se constataba con mayor fuerza la atracción y valores artístico-culturales que cultiva.

Cada barriada popular de la capital estadual contaba con sus propios *blocos afro* y *afoxes*, como los Ile Aiyé, Muzenza y Ara Ketu; pero en Olodum era donde se alcanzaba el clímax de una negritud que trasciende etnias.

En ese sentido cabría interpretar declaraciones de su entonces presidente-director Joao Jorge Santos Rodríguez, cuando precisó que la música de Olodum refleja «nuestra batalla por los derechos humanos y contra la discriminación racial».

Esta es una tierra también cuna de solistas de gran renombre internacional como Margaret Meneses, Caetano Veloso, Gilberto Gil, Gal Costa y, la más reciente entonces, Daniela Mercury, la denominada Reina de la Axe Music, pop afro bahiano cuyo sentido comercial tendía a mediatizar a esta música sin igual.

En el extremo de este arco iris sonoro, lejos de las estrellas pero pegados a sus raíces, surgían a diario de las entrañas de la madre tierra los vibrantes y poderosos cantos y repiques de un pueblo respetuoso de sus diversos orígenes, que no

necesita de celebraciones como las de San Juan como excusa para proyectar su alma musical.

LA RISA Y EL LLANTO EN LA TIERRA DEL SOL

La costa bahiana, cara brillante del nordeste brasileño con sus cocoteros y playas que invitan a la risa, estaba también marcada por una dramática realidad, desde la ecológica a la económica.

Esta *terra de felicidade*, como se le anunciaba en la propaganda que mostraba sus multicoloras aguas y sonrientes y hermosas mujeres, era, al mismo tiempo, parte de una región que sufría su mayor sequía del siglo.

Si para el turista es un don de la naturaleza que en esta «tierra hospitalaria el sol brilla el año entero», esa característica, llevada al extremo, representaba una desgracia que conducía a la ruina a agricultores y ganaderos.

Sin alejarse mucho de sus novecientos kilómetros de playas, hacia el interior de Bahía comenzaban a sentirse los rigores de una falta de lluvia récord, que en todo el nordeste de Brasil afectaba a más de once millones de personas, el 67% de la población rural.

El área crítica cubría más de un millón de kilómetros cuadrados. En el caso de Bahía llegaba a sentirse en el 71,4% de su territorio, aunque el estado que peor lo estaba pasando era el más norteño de Ceara, donde solo un 0,3 de su superficie escapaba al desastre.

La industria del ocio poco se resentía por este fenómeno, aunque sus desafíos no le podían ser del todo ajenos, ya que el flujo migratorio hacia las ciudades y puntos costeros en busca de formas de subsistencia enrarecían y hacían más complejo el entorno social, ya de por sí resentido por recesión, inflación y otros males de la época.

A nivel sindical, me informaba entonces un dirigente bahiano, la crisis económica se reflejaba en un decrecimiento constante y creciente de afiliados por pérdida de puestos de trabajo.

Tanto en la metalurgia como en otros sectores industriales –indicó Norman Oliveira, director administrativo de los Químicos– la situación resultaba tan angustiada como en la campaña.

Una presentación turística de Bahía, por otro lado, decía que la economía de este estado, basada en la agricultura hasta mediados de la década del cincuenta, con el cacao como su principal exportación, dejó de ser una suministradora de materias primas y productos intermedios.

Salvador reflejaba el proceso de urbanización y crecimiento de actividades terciarias que tuvo lugar en la década anterior, no obstante «desfavorables condiciones económicas», según las calificaban los edulcorados mensajes de promoción para extranjeros.

Sin embargo, esta cabecera estadual tampoco escapaba entonces a una contracción que llevó a que solo en el sector de los químicos y los petroquímicos su membresía sindical se redujera de 20 000 a 11 000 en apenas tres años.

Avances y retrocesos, alegrías y amarguras, sueños y desilusiones se daban la mano aquí con tantos otros puntos de la vasta y variada geografía del tercer mundo, de

esta propia Latinoamérica que debe empeñarse en una concertación que haga prevalecer la risa sobre el llanto de sus pueblos.

LA VIOLENCIA, PELIGROSA COMPAÑERA

Tras la sonrisa y gente divertida que sobresalen en esta ciudad del nordeste brasileño latía también la tragedia de vivir en una sociedad violenta, que no por ser común y conocido en muchas partes dejaba de ser noticia cotidiana.

La realidad resultaba tan habitualmente dramática que la gente no temía tanto por la inseguridad de sus bienes como por la posibilidad de disfrutar de su propia vida.

Por ello era común que se transitara con poco dinero efectivo, distribuido en diversos bolsillos; pero teniendo la precaución de contar con lo suficiente al alcance de un eventual asaltante para que este saliera complacido de su acción y no descargara su frustración sobre la víctima de encontrarla sin un cruceiro.

Las narraciones de asaltos a personas de todo tipo eran tan habituales en Brasil como en Perú, Caracas y Colombia, entre otros países de la región. Por eso solo ocupaban espacio en la prensa los actos delictivos con saldo trágico.

De solo los dos primeros días de una semana, en el diario *A Tarde* se extraían muestras elocuentes de lo peligroso que se vuelve vivir en sociedades donde la pobreza extrema lleva a extremos de la violencia.

Que en el mismo día nueve ómnibus fueran asaltados en suburbios de Bahía, muchos a plena luz del día, tuvo como contrapartida la lección dada por una multitud en Río de Janeiro que linchó a tres ladrones de un autobús en la localidad de Cinco Bocas. La asociación de ambos actos parecía sugerir una convocatoria a que se siguiera el ejemplo de justicia por propia mano.

En la misma página del periódico se podía leer desde «un detective asesinado en Cerro» y «tres arrestados por hurto en viviendas» hasta que «un conocido ladrón fue eliminado a tiros en un barranco».

De un disparo murió un soldado en Beirú (Bahía), de golpes un taxista, cuyo cuerpo fue incinerado después, y de un tiro en el corazón un joven en la avenida Paralela, vía de acceso a la ciudad por donde transitarían los mandatarios iberoamericanos.

Los sindicalistas estaban de luto por el asesinato del ex diputado federal Demístocles Batista Da Silva, líder obrero en las décadas del cincuenta y el sesenta, mientras la policía buscaba un fugitivo que cometió dos homicidios al huir.

Ni siquiera los profesionales de la palabra y la imagen estaban a salvo, como lo atestiguaba Raimundo Varela, comentarista de la televisión Bandeirante, asaltado una noche por la avenida Princesa Isabel, en el céntrico barrio salvadoreño de Barra.

Casualmente la noche anterior al suceso yo había caminado por esa aparentemente apacible calle, con altos edificios, todos custodiados por guardias personales. Tuve la violencia como peligrosa compañera y, casi como buen brasileño, la desafié inconscientemente, porque la vida, trágica y dramática, había que seguirla viviendo.

EN BUSCA DE HORIZONTES COMUNES

Como colofón de aquella cobertura resumí y evalué los resultados de la III Cumbre Iberoamericana. La vigencia del análisis al momento de preparar estos textos me anima a incluirlos:

La necesidad de sobrevivir primero y evolucionar después hizo al hombre aprovechar el fuego y crear la rueda. Antes había descubierto que la mano era un instrumento, y si blandía un garrote se convertía en arma. Cuando se irguió pudo ver mucho más lejos, y constató la existencia de horizontes amplios y promisorios.

¿Paralelo antropológico descabellado o símil que puede explicar los desafíos contemporáneos de una comunidad aún dispersa, que habla idiomas parecidos cuando no comunes y sin embargo muchas veces no se entiende; que al comenzar un nuevo siglo parece no haber comprendido aún cabalmente la potencialidad de su fuerza y lo imprescindible que se hace integrarla para tener espacio propio en un planeta dominado por corrientes neoliberales exterminadoras de los débiles, sin que exista el contén de una alternativa social diferente como sistema?

En el mundo actual no hay alternativa a la máxima «en la unidad está la fuerza» y más vigente aún la que advierte y encabeza la de los que dominan el dinero: «divide y vencerás».

Al margen de errores en la puesta en práctica de principios y conceptos, de la labor sistemática y bien realizada de zapa, distorsión y agresión, el derrumbe de un aparente sólido sistema internacionalizado como el socialismo europeo es un ejemplo de ello. El resultado: enemistad étnica, guerra fratricida, mendicidad, desempleo, terrorismo, odio, bandidismo... El dolor del regreso a las cavernas de la prehistoria moderna.

En este extremo del planeta las lecciones de la sociedad no son tan dramáticas, pero sí elocuentes. Desde que los latinoamericanos, acompañados por sus ex metrópolis europeas, decidieron comenzar a reunirse en el ámbito de gobernantes, muchas cosas han sucedido como para alertar y alarmar a los hombres sensatos que ocupan las más altas posiciones y responsabilidades por el destino de sus pueblos.

En América Latina ocurrieron desde autogolpes –aceptados a regañadientes unos y frustrados, y por tanto repudiados, otros– hasta la estrepitosa caída de figuras que relumbraron en las dos primeras cumbres, a quienes en la que acababa de terminar ni siquiera se les dedicó un minuto de silencio. Especial atención llamó la omisión absoluta de uno de los que se proclamaba entre los principales líderes de la región, Carlos Andrés Pérez.

Que haya índices económicos que frenaron relativamente su deterioro parece haber satisfecho a muchos de los reunidos en Salvador de Bahía, pálido reflejo de un nordeste brasileño entre las áreas más empobrecidas del subcontinente.

Que haya promesas de capitales foráneos, de ayuda y atención, que las palabras hayan sido mansas y democráticamente alentadoras para los que cumplan determinados modelos sugeridos –impuestos desde el norte–, parece también complacer a quienes aún ven su futuro inexorable pero auspicioso, uncido, como vagón de cola, a un tren supuestamente pujante, sin percatarse que su camino conduce al despilfarro enajenador, a la salvación de los más fuertes, y por esa vía, a la extinción de los valores de las demás especies, ecologismo aparte, que solo les servirán como instrumentos, materia prima, laboratorio y basurero.

Sin embargo, tras las palabras más o menos habituales de muchos de los concurrentes a la tercera cita iberoamericana, comenzó a percibirse un mayor realismo, una toma de conciencia quizás aún imperceptible por muchos de sus propios protagonistas, que no

se refleja tangiblemente en documentos, fórmulas ni proyectos fundamentales, pero sí ya mostraba signos, intenciones y matices.

En Salvador se habló de democratizar las Naciones Unidas –y en eso las voces de México y Cuba fueron las más claras–, de eliminar la pobreza como factor imprescindible para la estabilidad presente y la búsqueda de un certero futuro; de sumar en la diversidad esfuerzos relevantes como los educacionales, culturales, científicos y tecnológicos; de avanzar en busca del desarrollo sostenible en los ámbitos comercial y financiero...

Se estaba llegando a las zonas críticas y medulares, donde radica el fondo de los males: la dependencia, la subordinación, la exportación de capital económico y de talento humano, que promueve la miseria de la sociedad subdesarrollada a costa de equilibrios mundiales provechosos para los que tienen mucho que perder si las cuentas fueran diferentes.

Cuba volvió a ser foco y faro. Envuelta en una crisis única por el reforzamiento de una agresión inhumana, por lo vasta, prolongada y dañina para sus ciudadanos, y la desaparición de relaciones éticamente justas que garantizaban su desarrollo integral, la mayor de las Antillas insistió en apuntar sin adornos a la diana de los problemas comunes de ese mundo llamado tercero y que cada vez baja más de categoría.

El presidente Fidel Castro expuso elementos para la reflexión como lo viene haciendo desde Guadalajara, y desde mucho antes si pensamos en la época del Moncada, cuando con las armas buscó –y más tarde encontró– un camino para enfrentar y resolver los problemas de su pueblo.

No pudo pasar inadvertida su denuncia de que «la pobreza crítica se extendió a casi la mitad de la población latinoamericana, el desempleo se incrementó, el salario real disminuyó, más de ocho millones de niños menores de cinco años están desnutridos y cerca de setecientos mil mueren anualmente antes de cumplir esa edad».

Y aunque admitiera como un éxito que los latinoamericanos y sus eventuales aliados trasatlánticos se reunieran sin permiso de nadie, llamó la atención de que «es un sueño imposible en un mundo dominado por gigantes industriales y políticos» que cualquier país piense en salvarse por sí mismo.

En la esencia de ese mensaje estriba uno de los pasos subjetivos más importantes –sino el mayor– de los dados en el camino necesario, imprescindible, en el amable Salvador: retomar raíces. Historia emancipadora y cultura, idiosincrasia y riquezas, es base de partida para la creación de una gran comunidad de pueblos estrechamente unidos.

Que concluya la diáspora a la que fue sometida Latinoamérica por las fronteras quebradoras de los sueños bolivarianos depende de la voluntad mancomunada de nosotros mismos, desde los sindicalistas que aún excluyen a similares por estrechas concepciones ideológicas hasta los empresarios que siguen cantándole a un neoliberalismo decadente y asfixiante; desde los periodistas dignos, que ejerzan su función en bien de la sociedad y no de sus bolsillos, hasta los movimientos populares, indígenas y negros que amplíen su marco de acción.

Parece ser la hora de que América Latina se yerga, sienta que tiene fuerza y poder para hacerse respetar, desarrolle su propio fuego y rueda, y mire hacia horizontes de paz, independencia y seguridad como sus pueblos se merecen y requieren para ocupar un lugar digno en una época de colosales desafíos.

CODA

Desde Buenos Aires contribuí a la información de la cumbre argentina de Bariloche y permanecí al borde de las que se desarrollaron en Margarita, Oporto, La Habana y Panamá. Sobre todas tendría cosas que decir, pero ateniéndome al sentido de experiencia profesional que pretendo dar a estos relatos, me quedo con mis consideraciones en el tintero.

GALICIA

POR LA TIERRA DE LOS CASTROS

Fue como el imposible regreso al lugar donde nunca estuvimos, tierra de antepasados cercanos y cuna de relatos de infancia, vinculados a trabajos y penurias de aquellos inmigrantes que por América buscaban cobija y fortuna, desde hace casi medio milenio.

Dos nietos de gallegos anduvimos en busca de respuestas por ese terruño, agreste en su interior, de vastas rías y mil doscientos kilómetros de costas bañadas por un océano y un mar, en el extremo occidental de la cornisa cantábrica española.

Solo vislumbramos de pasada algunas de sus 800 playas; sin embargo, sentimos de cerca la impresión sobrecogedora de sus montañas y disfrutamos del amplio abanico de esmeraldas de su ondulada campiña, en la que aún radican –a pesar del constante éxodo– buena parte de sus cerca de tres millones de habitantes.

Las emisiones en *galego* –que reflejan el interés por conservar la lengua y cultura autóctonas– nos saludaron aun antes de pasar por Pedrafita de Cerbeiro, escarpado punto limítrofe con Castilla-León y uno de los dos accesos principales al resto de la geografía española.

CARA DE UNA MONEDA

Cargados de textos y comentarios de diverso signo nos enfrentamos al momento crítico de ponderarlos, mas allá del entusiasmo o incertidumbre de unos y otros, y de la propia imaginación violentada por la realidad, en la que el campesino gallego abandonó el mulo y la boina para enfrentar los peligros de una reconversión económica que no da lugar a su ancestral minifundio.

Para unos, el sector alimentario (lácteo, cárnico, vinícola, de pesca, de conservas) representaba el 40% de su producción bruta, y en eso basan expectativas de auge económico. Para otros, la inserción en la Comunidad Europea (CE) hacía cerrar la industria naviera tradicional. Antes de 1992 España era la segunda nación en la captura de peces en el mundo, y Galicia representaba el 40% del total.

En ese año había que importar el pescado hasta de Francia. Siendo los más importantes productores de leche del estado español, los ganaderos gallegos eran los prin-

cipales afectados por las cuotas de la CE, y denunciaban que se buscaba concentrar capital y aupar a las grandes transnacionales, lo que no tenía nada que ver con la historia y posibilidades gallegas.

Los primeros apuntan que la producción de madera, basada en el 23,8% de su superficie total, alcanzó en 1989 los 4,7 millones de metros cúbicos. Según los segundos, hay una amenaza de desastre ecológico por la reforestación con eucaliptos y pinos, ya que los primeros extraen demasiada riqueza al subsuelo y en sus alrededores no puede cultivarse nada. Al destinar la Cornisa Cantábrica a la producción de pasta de papel, lo que se logrará, además de un territorio desertizado, es la desocupación.

Galicia, que se destaca en la minería por su producción de lignito, con reservas calculadas en 405 millones de toneladas y cuyas canteras representaban el 75% de la producción total nacional, tenía potencialidades para garantizar un sostenido desarrollo, lo que habría que evaluar en la dinámica de los resultados generales de la integración española a sus vecinos eurooccidentales, entre los cuales, España, según su gobierno central, quería aparecer en el pelotón de avanzada en esa década.

HISTORIA Y ACTUALIDAD

Aunque su emigración fue preponderante en relación con la catalana, señalan estudiosos que, tras la independencia de Cuba, el regreso de los oriundos de Cataluña permitió en esa provincia un auge industrializador superior al de Galicia, que quedó en la periferia del desarrollo económico español de este siglo.

Por otro lado, la situación aislada y atlántica de la que devino Comunidad Autónoma a partir de 1981, modeló a su gente, que en condiciones adversas tuvo que ejercer, a veces, «fuera de su tierra, la iniciativa y la creatividad de que están dotadas».

Las expresiones de Fraga Iribarne, en la introducción de un minucioso estudio llamado «Galicia, más cerca», apuntan también a actuales «acciones vigorosas en infraestructuras que promuevan la creación de riquezas y empleo», en función de la inserción española a su entorno europeo.

Los problemas por superar con esa aspiración son notables, si se tiene en cuenta que en 1985, según Información Comercial Española, el nivel de pobreza del país en su conjunto era más de dos veces superior a la media comunitaria y un cuarto de su población habitaba en zonas rurales.

Aunque sectores de izquierda admiten avances ante la institucionalización del país gallego, también apuntan graves insuficiencias, que incluyen medidas que no tienen en cuenta la existencia mayoritaria de pequeños propietarios, y ante las cuales reclaman la reinversión de los recursos propios en su región y la creación de un sector económico de carácter público que sea capaz de generar riqueza para sus ciudadanos.

Un juicio concluyente sobre la existencia de una profunda conciencia gallega, no solo folclórico-cultural, rebasaba los propósitos y posibilidades de aquel breve recorrido por el suelo natal de muchos cubanos; sin embargo, sentimos coincidencia en la necesidad de propiciarla, asentarla y profundizarla, en lo que hasta opositores reconocen pasos positivos a la Xunta de Gobierno de la época.

El «individualismo único», del que algunos se vanaglorian y otros se lamentan, en la idiosincrasia creada por el medio gallego, no excluye la hospitalidad que sentimos en

todo momento. Ese rasgo puede haber sido la piedra angular de la tenacidad y esfuerzo voluntarioso que heredamos los nacidos en la ribera occidental del Atlántico, de ancestros más volcados al mar que al continente que tenían a sus espaldas.

Mientras los ciudadanos de sus cuatro provincias, como apreciamos en Santiago de Compostela, su capital, así como en Vigo y en Lugo, son muy semejantes a sus contemporáneos de otras urbes europeas, en la Galicia profunda, en sus valles y cerros, se preservaban más puras las características de cultura y costumbres seculares vinculadas a pequeñas comunidades.

Un dato singular es que, ocupando solo el 5,9% del territorio español, Galicia contaba con la mitad de las casi sesenta y cuatro mil «entidades de población» del país, de las cuales más del 70% tenía menos de cincuenta habitantes.

LÁNCARA, UNA MUESTRA

En la región sudcentral de la provincia de Lugo encontramos un botón típico de los municipios rurales gallegos, Lánacara, en plena meseta, pero con ondulaciones que la enlazan con los macizos orientales.

Con solo 121 km² y poco menos de cuatro mil habitantes, esa zona tiene un atractivo adicional para los cubanos: fue donde nació el padre del presidente Fidel Castro.

Su alcalde, el dinámico y emprendedor Eladio Capón, nos sirvió de anfitrión y guía en un rápido recorrido a principios de 1992, que volvió a mostrarnos la tierra gallega y su gente sin velos ni afeites, en esa ocasión un poco más cercana a lo que atesoramos en nuestros recuerdos familiares primeros.

Las 28 parroquias que aglutinaban a los pobladores –la mayor con unos doscientos y la menor con treinta– tenían como referencia histórica a los «bimilenarios Castros», construcciones colectivas visigodas devenidas muchas veces fortalezas, las cuales, por su abundancia, hacen de su derivación un apellido muy común.

Su localización es idónea para la ganadería y la agricultura, con un concepto de trabajo familiar cuyos excedentes pueden ser trasladados a la cercana capital provincial y que crea una atmósfera íntima propia del campo galaico.

Desde el puente romano de Carrecedo –uno de los orgullos de sus habitantes– hasta el arrullo del Neira, Lánacara se nos presentó como una postal viva y multicolor del bucólico paisaje que muchos ansiamos en momentos de tensiones y agitación propiciados por la vida moderna.

Pero como todo ensueño, la realidad supera la primera imagen, y aunque es un «lugar para vivir tranquilo», como nos dijera Eladio –constructor de oficio y agricultor por tradición–, la tendencia al éxodo –a las ciudades más que al extranjero, como antes–, también la despuebla poco a poco, como sucede en el resto del entorno de pequeños propietarios agropecuarios.

Y aunque minúsculo en relación con otros muchos de los 313 municipios de la Comunidad Autónoma, entre sus satisfacciones cuenta con ser cuna del principal poeta gallego, Pedro de Armea; del único torero de esa nacionalidad, Alfonso Cela Vieto (Celi-ta) y «de la familia del líder cubano Fidel Castro», oriunda de la localidad de Armea.

Al respecto, Lánacara, para vivir –un paneo por la historia y la actualidad de la zona– consigna que, en alusión a sus antepasados, el presidente de Cuba señaló: «Quizás mis

genes revolucionarios me vengan de mis bisabuelos, campesinos explotados en Galicia».

MORRIÑA A LA INVERSA

Al finalizar nuestra estancia, camino al norte, dejábamos atrás la seguridad que algunos ven como una bonanza perspectiva y la crítica de otros a las disparidades en el ingreso: las loas a la integración comunitaria y las denuncias a la subvaloración de los agricultores. Como cualquier rincón del mundo, esa es una nación con sus sueños, búsquedas y contradicciones, a la que los hechos y el tiempo darán su veredicto.

Rumbo a la costa asturiana, casi tocamos la Villalba originaria de la abuela de Alfredo, quien le transmitió expresiones y gustos culinarios, y alcanzamos Trabada, de donde partió, a comienzos de siglo XX, mi abuelo para eludir el llamado militar y encontrar fortuna.

Al enfrentar, con espesa neblina y tiempo lluvioso, el riesgoso camino que nos llevaría a otro destino, evaluamos lo conocido –referencias constatadas, relatos verificados e historias confirmadas– y volvimos a lamentar, como al principio de estas jornadas, que el tiempo no fuera una dimensión amoldable a los intereses humanos.

Más allá de lo aún por aprender, en un proceso infinito o al menos multimilenario como el pueblo gallego mismo, por un momento sentimos al alejarnos, con intensidad insospechada, la morriña anticipada de los que añoran una tierra muy querida.

Pocos meses después de aquella visita volvimos a la región, como parte de la comitiva de prensa que cubrió la del Comandante en Jefe. Entonces no pudimos ni siquiera estar muy cerca de los lugares por los que habíamos caminado ni de las personas con las que habíamos hablado, incluida una prima segunda de Fidel; tal era la movilización oficial y popular y el despliegue de todo tipo que le rodeó.

Pero el conocimiento de primera mano ya adquirido nos sirvió para las descripciones, ubicación y antecedentes que hicieron de aquellas jornadas una curiosa «cobertura virtual» desde el propio terreno.

La secuencia de acontecimientos comenzó desde que di por un teléfono celular la orden de lanzar los *flashs*, urgente y ampliación ya preparados en Madrid con la llegada de Fidel y su comitiva al aeropuerto gallego. Su desarrollo fue de tal magnitud que no hubo tiempo para la crónica que recreara el ambiente ni diera contexto subjetivo a una avalancha informativa de primer orden.

Extenuados caíamos en la cama los miembros del equipo de periodistas cubanos que atendíamos la visita. Gracias a tener en el hotel nuestra propia sala de prensa, no había que perder tiempo en vestirnos de calle para transmitir las novedades de última hora. Podíamos hacerlo hasta en pijama.

Esto no está escrito gratuitamente. Tiene que ver con un episodio sobre aquel maratón lleno de emociones y momentos históricos al que solo le faltaba la declaración personal del jefe de la revolución, el contacto exclusivo con la prensa que no estaba contemplado en el programa oficial.

Sin embargo, la tenacidad y sagacidad de uno que no se da por vencido, Luis Báez, propició que se realizara una conferencia improvisada con unos cuarenta periodistas que permanecían de guardia permanente en el recibidor del hotel en el que se encontraba

Fidel. El propio Luis sirvió de moderador y, aunque se vio limitado a preguntar en esa tarea, no olvidó poner a funcionar su grabadora.

Yo fui de los que disciplinadamente nos habíamos acostado ante el anuncio que nada más sucedería esa noche –última vez que dejé dormir mi profesión en plena campaña– y me molesté inicialmente ante la insistencia de unos golpes en mi puerta que me despertaban en plena madrugada: era Luis con la primicia contenida en el pequeño artefacto de grabación.

Alfredo y yo bajamos de inmediato y comenzamos a escuchar y tomar notas para preparar despachos. Le pedimos a Luis que esparciera la noticia entre los otros colegas, y fueron llegando, casi todos con caras de pocos amigos por el fiasco profesional y escasamente dispuestos a convertir el revés en victoria.

Nosotros seguimos en nuestro teclear, animados por tener en nuestras manos la posibilidad de reproducir el pensamiento de Fidel de que «América Latina está casi tan desunida como en los tiempos de Cristóbal Colón» y su observación de que «los ideales de Simón Bolívar han sido simplemente sueños, hasta ahora».

En ese contexto indicó que en la II Cumbre no se habló de la unidad latinoamericana, ni de integración. Estimó útil la presencia de España y Portugal en esas reuniones porque pueden ayudar al desarrollo cultural y científico de América Latina, aunque dudó que pudieran hacerlo en lo económico y político, ya que pertenecen a un mundo diferente, el europeo.

Sobre la ausencia de mención al bloqueo estadounidense contra Cuba dijo que no insistió porque hubiera dividido al foro, ya que «todos no somos lo suficientemente valientes para decir las verdades».

Fidel también abordó otros temas de mucha actualidad, como las elecciones en Estados Unidos, en las que no se inclinaba por alguien en especial, y el secuestro del general Antonio Noriega en Panamá, juzgado porque se negó a acatar las órdenes de Washington.

Desde fecha tan temprana, al hablar sobre el aspirante presidencial William Clinton, dijo que «los políticos norteamericanos son esclavos de la politiquería». Los dos mandatos de ese presidente demócrata le darían la razón en muchísimas ocasiones.

Ese miércoles 29 de julio, iniciado tan temprano, concluyó la visita de Fidel a Galicia con una romería a la que llegaron asturianos simpatizantes de la revolución. Les acompañaba un grupo artístico cubano en esos días de gira por la cercana Asturias que dio acento criollo al jolgorio.

Las últimas imágenes que guardo de aquella entrañable jornada fueron la de Fidel jugando dominó con Fraga y otros acompañantes en una tienda, y la de una gigantesca comparsa improvisada por quienes festejaban la visita, en la cual nos mezclamos todos, sin distinción alguna, coreando al ritmo de los tambores y las trompetas: «Ay, malembe, los cubanos ni se rinden ni se venden».

EL RETORNO

Las emociones siempre se me han concentrado en un solo objetivo, luego de cumplir una misión: el regreso. No importaba si hacía casi un año que no se me humedecían los ojos ante el panorama de mi isla desde lo alto, como en la década del setenta, o

regresaba solo unos días después de haberme marchado. Esa es la sensación que más he disfrutado de mi trabajo internacional.

El nudo en la garganta que se va formando en la medida en que me he acercado a casa nada ha tenido que ver nunca con temores ni aprensiones. Esas se presentan en la boca del estómago, y el mío siempre ha estado dispuesto a funcionar a plenitud en cualquier condición de vuelo.

No obstante, en uno de esos viajes a casa, luego de haber pasado por allí unas cuantas veces, necesité liberar en palabras un torbellino que se me agolpaba entre el pecho y el cerebro. Parece que un ancestral duende se adueñó de mi ánimo. Y nació este epílogo...

GÁNDER

ENSUEÑOS Y REALIDAD

*La línea perfecta atrae la mirada,
la hipnotiza y proyecta:
al azul, en pensamientos de liberación infinita;
al gris, en supuestos sueños inacabables.*

*Paulatinamente se adentra en ese campo,
amorfo e imponente,
que sin proponérselo supone ocultar
peligros del averno.*

*Se mueven lentamente las colosales sabanas de algodón sucio,
reafirmando la hipnosis de la raya absoluta,
y trasladan la mente a viejos pánicos infantiles,
nunca totalmente olvidados.*

*Vibra junto a los ensueños cuando todo desaparece
en el gris brillante del atardecer,
luego que el añil se difumina poco a poco,
como la vida se nos escapa, a cada instante,
mientras la vivimos.*

*Se sabe que la zozobra no está justificada y, sin embargo,
se piensa, repasa y resurgen las figuras más queridas,
los hechos relevantes y episodios decisivos,
en una especie de adiós anticipado a la luz.*

*De pronto, una vez más, fría y desierta en este caso,
la masa firme, estoica al tiempo y a los hombres,
aparece tras infinitos minutos en el limbo etéreo.*

*Solo queda cobijarse en su regazo,
tras el golpe del sólido que llega con el que siempre está,
para dar fin a esa eterna y efímera agonía
llamada aterrizaje.*

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	5
<i>Propósitos</i>	9
París	13
Mundo extraño	13
Karlovy Vary	16
Trago de dioses	16
Bulgaria	19
Hora de definiciones	19
Bucarest	22
Angustias en Transilvania	22
Nicaragua	27
Etiqueta de colosos	27
Nicaragua II	31
Globalizar la revolución	31
Ginebra	33
La combinación perfecta	33
Ciudad Ho Chi Minh	36
Cobra picante	36
Kampuchea	40
Sin regreso a la horda	40
Panamá	43
Migaja amarga	43
Panamá II	43
Una nueva mirada	46
Albania	49
Atentado a la sobrevivencia	49
Belgrado	52
Cumbrita	52
Crisis de la crisis	60
FELAP: cinco letras de diamante	67
España	72
Cerca y lejos	72
Deportes	79
Pasión desde las gradas	79
Alemania	92
Ser y no ser	92
De viaje con Fidel	111
Mirar la historia	111